

TRISTAN MAROF

BIBLIOTECA DE
Raúl De la Quintana Condarco

La Ilustre Ciudad

(HISTORIA DE BADULAQUES)





BIBLIOTECA DIGITAL

TEXTOS SOBRE BOLIVIA

TEATRO, BIBLIOGRAFÍA, LITERATURA, AUTORES, SUS OBRAS Y LO ESCRITO
SOBRE LOS MISMOS, MASONERÍA BOLIVIANA

LITERATURA

AUTORES, SUS OBRAS Y TEXTOS QUE COMENTAN SUS LIBROS

FICHA DEL TEXTO

Número de identificación del texto en clasificación Bolivia: 5785

Número del texto en clasificación por autores: 10894

Título del libro: La Ilustre Ciudad (Historia de badulaques)

Autor (es): Tristán Marof

Editor: Editorial A. Gamarra

Derechos de autor: Dominio público

Imprenta: Talleres Graf. A. Gamarra

Año: 1950

Ciudad y País: La Paz – Bolivia

Número total de páginas: 215

Fuente: *Digitalizado por la Fundación*

Temática: Tristán Marof



La vieja ciudad de los cuatro nombres con su mirada siempre alerta.....

TRISTAN MAROF

LA ILUSTRE CIUDAD

(HISTORIA DE BADULAQUES)

EDITORIAL A. GAMARRA
LA PAZ - BOLIVIA

BREVE HISTORIA DE MIS LIBROS

Escribir en Bolivia quiere decir dedicarse al peor oficio, porque no renta, no produce sino insatisfacciones y el escritor es considerado menos que cualquier chisgarabís de sociedad si no posee dinero. No hay todavía madurez en la sociedad boliviana para rendir consideración a sus escritores y artistas, salvo que estos se conviertan en escribas oficiales y pintores de presidentes y damas relamidas. Sin embargo todo el que tiene manos escribe en Bolivia y los diarios están plagados de colaboraciones gratuitas y de pensadores que orientan al país..... Pero no hay escritores verdaderos que vivan de su pluma y meros escritores rebeldes con conciencia y plenitud que marquen una renovación espiritual y señalen una ruta. Los políticos también son escritores y sus elucubraciones altamente apreciadas durante el tiempo que son protegidos por su estrella fugaz. Pero más difícil es publicar libros en Bolivia. No hay editores y lo que es peor no hay lectores. En una población de cerca de cuatro millones de habitantes el éxito editorial más extraordinario no pasa de dos mil ejemplares y esto contando con el favor oficial. De ahí que los hombres mejor dotados de la pluma tengan que vivir miserablemente, dedicados algunas veces a menesteres vulgares para sobrevivir, y otras envenenados en la lucha de facciones políticas sin poder recobrar su independencia económica.

El éxito en estas tierras andinas es político y mediocre. Los hombres de ingenio y de verdadera cultura, si son pobres, tienen que llevar sobre sus espaldas un vía crucis largo y doloroso. Y si son ricos, la única manera de ser cotizados y oídos por las gentes es mantenerse alejados en una especie de torre de cristal, con buenas rentas y desprecio por esas mismas gentes.

Todo lo que acabo de decir, en realidad se debe a la falta de riqueza general y a la cñatura moral y mental de los ciudadanos que no han roto sus cadenas y que no creen en que solo la labor cultural los salvará de sus prejuicios, de su miseria, y de su servidumbre.

*

* *

Pero me alejo del preámbulo y lo que deseo precisamente es relatar parte de mi vida literaria desenvuelta en el extranjero. Se me conoce como periodista y como líder político, pero muy poca gente ha leído mis libros. Casi todos ellos fueron editados lejos del país. Y tampoco los escribí con calma y sosiego. Viajando de un lugar a otro, ganándome el pan en circunstancias difíciles, son fruto de la inquietud y de la sinceridad. Se me conoce en la literatura americana más que en Bolivia, y no obstante la lucha que he sostenido es por la emancipación de este suelo y de sus gentes. Llegado a la madurez tengo que hacer estas confesiones sin escrúpulo alguno y sonriendo como el gladiador sobreviviente que todavía tiene que enfrentar a las fieras del circo sin otras armas que su pluma.

Comencé a escribir a los diez y siete años, y a esa edad sin mayor experiencia fui encarcelado por el régimen liberal del general Montes. Mis artículos eran de índole política e histórica y debieron disgustar a las autoridades de entonces para merecer tan severo castigo. Mas tarde tomé parte en la revolución del 12 de Julio con el caudillo Saavedra y jugué mi vida a la ventura. De esa época son dos libros juveniles y sin importancia: "Los Cívicos", novela política y "Poetas e Idealistas de Hispano América". No los considero en el catálogo de mi producción literaria.

No siendo conformista e inquieto por temperamento emigré del país y continué escribiendo. Mi espíritu burlón y la ironía esgrimida aún sin necesidad en un medio solemne y poco cultivado granjeóme sinnúmero de enemigos, y si a esto añadimos las ideas socialistas que abracé desde temprana edad, se comprende con facilidad que no haya llegado jamás a las gran-

des alturas donde mis amigos —todos ellos categóricos y jactanciosos— están cansados de ser ministros y presidentes..... aún los que apenas pueden dibujar su nombre en el papel. Pero este es otro asunto que no me interesa.

Viviendo en Francia escribí un libro que se publicó en Barcelona en la casa Maucci y que la crítica lo calificó como libro de "caballería", es decir de los que pretenden desfacer entuertos y castigar follones. "El Ingenuo Continente Americano" produjo hasta una reclamación diplomática. Don Bautista Saavedra hombre de luces y verdadero amigo de los escritores que no se ahogaba en poca ni en mucha agua, defendióme y el asunto quedó zanjado. El libro se ocupaba de las liviandades de los suramericanos y de su incorregible cursilería llevada a la política, la diplomacia y la vida social. Henry Barbusse me escribió una carta y también don Miguel Unamuno y Pío Baroja. No sabían si se trataba de uno de esos escritores del viejo continente que debutan con libros agrios o de esos que ambulan por las calles de París. Don Miguel al escribirme su tarjeta amable me reprochaba la dedicatoria en francés y me decía que conocía la obra de González Prada. (Se refería a que mi obra poseía el temperamento del escritor peruano). Más tarde publiqué una novela que tuvo singular éxito y que yo desearía poseer un ejemplar. La editó Pueyo en Madrid y se hizo una segunda edición. Las escenas de esta novela son escabrosas y "Suetonio Pimienta" personaje central es cualquiera de esos diplomáticos que envía el "Continente Ingenuo" a Europa, finchados y llenos de vanidad pero pobrísimos en el fondo, prácticos en eso de cobrar dólares y cínicos cuando se trata de sostener gobiernos; en resumen diplomáticos de carrera. Rufino Blanco Fombona gran amigo mío y extraordinario hombre de aventura y de letras rió a carcajadas la noche que le leí algunos capítulos en Hendaya. Me rogó que le prestase el libro y este es el mejor elogio que pudo hacerme. Unas semanas después me escribía: "Pero Ud. se divierte con los hombres, con los países y los maneja a su antojo. No sólo emplea la ironía que es débil y complaciente en medios que se dicen cultos; Ud. arremete con la

burla y el sarcasmo a cada paso; siento que sus obras no sean leídas en todo el continente y que no se les dé una difusión que merecen para desasnar gobernantes y pueblos". En Bolivia excepto dos mal hilvanadas crónicas de escasa importancia el libro prácticamente no ha sido comentado. En México, la Habana, Ecuador, sí. Augusto Guzmán y Enrique Finet se ocupan de mis obras en la "Historia de la Novela Boliviana" e Historia de la Literatura Boliviana. También Luis Alberto Sánchez en "Literatura Suramericana".

La "Justicia del Inca" publicóse en Bruselas bajo los cuidados del belga Víctor Orban. El libro fué enviado a todas las librerías de habla española. Se lo comentó en París y en Cuba.

*

* *

Llegado a Bolivia después de seis años en Europa el presidente Siles amable y ceremonioso pretendió subyugarme y más tarde unirme a sus huestes nacionalistas — y posiblemente habría sido uno de sus dirigentes si me conmuevo ante las dádivas que me ofreció a porfía. Más mi destino era otro. Tenía que ser encarcelado, perseguido y desterrado al extranjero. Allí estuve el espacio de once años. Viví en México, en Cuba, Nueva York, Uruguay, Brasil y Argentina, y en todas partes luché poniendo mi corazón y mi incurable sinceridad. De esa época solo me quedan cicatrices, recuerdos y una historia de tratamundos.

En Nueva York leí los originales de un relato a varios amigos mexicanos. Se maravillaron. Pero esto es mejor que la novela de Hamsun y más realista me dijeron, animándome a publicarlo. No obstante era difícil conseguir editor y quedó guardado entre mis papeles hasta que llegué a Montevideo en un barco de carga en treinta y tantos días. En Montevideo se hizo la publicación en la editorial "Argentino-Uruguaya" y recuerdo con afecto al Sr. Ocampo amigo comprensivo que me alentó en mis trabajos. A pesar de los comentarios elogiosos en todas partes el libro no tuvo salida en un comienzo. Más tarde se

agotó y se hicieron ediciones clandestinas en Chile y en otras partes de América. "WALL STREET Y HAMBRE" es algo más que un relato novelesco; es la vida real de los que tienen el corazón juvenil y en llamas; sufren, penan y se diluyen en ese país enorme. No es libro para turistas o diplomáticos. Los personajes de esta historia padecen hambre por sus ideales y son los abanderados de un mundo que se forja en las tinieblas y en la sangre sin piedad ni misericordia. De Wall Street y Hambre" se han ocupado la mayoría de los diarios de América menos los de Bolivia, juzgándolo los críticos al nivel de los relatos de los mejores escritores norteamericanos. Augusto Guzmán cree que la obra está cerca de Mayakosky. Mi amigo Enrique González Tuñón puso un prólogo cálido y lleno de fervor.

* *

∴

Encontrándome a la ventura, sin rumbo fijo, vagando de una provincia a otra de Argentina, perseguido por mis ideas socialistas y porque sin ambages me declaré enemigo de la guerra que se desencadenó entre Bolivia y Paraguay en un tiempo en que los escribas oficiales y los sicarios lamían los pies de ese viejito testarudo y sin perspectivas internacionales que se llamaba Salamanca, escribí un libro que titulé "La Tragedia del Altiplano" que tuvo singular éxito de librería. Antes había publicado en Buenos Aires "México de Frente y de Perfil", ensayo de las enseñanzas que obtuve en ese grande y noble país, al cual dediqué mis entusiasmos y mis esfuerzos honrados. Podía haber escrito un libro de elogio a la manera de Luis Araquistain disculpando muchos errores en nombre de la revolución, pero mi deber de hombre de América, entonces y siempre, me obligó a ser duro en algunos capítulos y a juzgar con sarcasmo a muchos de los actores del drama mexicano. El tiempo dirá si procedí con pasión o si volqué por el contrario mi incurable sinceridad. Recuerdo que este libro provocó una de las polémicas más ruidosas con el malogrado y recordado escritor argentino Aníbal Ponce.

Otros libros como "La Verdad Socialista", "Conferencias" que dí en México, y que fueron editadas por el Ministerio de Educación de ese país, "Habla un Condenado a Muerte", impreso en Córdoba con lamentables errores y, finalmente "El Experimento" panfleto político sobre la farsa nacionalista en Bolivia, que tuvo éxito editorial prueban que no he desmayado en esta fatigosa e ingrata tarea de escribir, sobre todo en este país pétreo y de epidermis poco sensible, donde el escritor no tiene el menor estímulo, silenciado a veces por los grandes intereses cuando no los defiende o se pone incondicionalmente a su servicio. País primitivo, de pasiones tremendas, sin críticos y sin autores o más bien con adoraciones monolíticas. País que algunas veces se exalta, quiere vivir otra vida y que luego vuelve a caer en el ritmo diario de su frialdad e indiferencia. País sin conductores de garra, de mentalidad cambiabile, exigente y de una ingratitud para los que hacen algo o tratan de aliviarlo. País donde triunfan los que se arrebañan y los que rebajan la política a la pitanza minúscula y diaria. País donde triunfan los caciques solemnes sin otro bagaje que su absurda seriedad y su falta de lectura. País de golpes de cuartel y de aventureros sin risueña aventura, de Ginecillos de Pasamonte convertidos en gobernadores y de partiquinos de Gil Blas en diplomáticos y presidentes.....

*

* *

Cuando se liberte mi país por el estudio, la elevación de su cultura y el equilibrio de su juicio; cuando en el ambiente irrumpen los valores intelectuales sin pleitesía a los poderosos y se haga crítica de lo bueno y de lo malo, creándose el sentido de lo humano por encima del color localista y las gentes hagan justicia en su corazón, entonces este país tendrá derecho a proclamarse libre en el conjunto de las naciones americanas. Mientras tanto hacen falta escritores candentes que le digan sus defectos y que describan sus miserias, aun a costa de ser odiados

y de vivir al margen del aprecio popular o social, suprema aspiración del mediocre.

"LA ILUSTRE CIUDAD", es un libro festivo, escrito hace años, que pretende interpretar el lado humorístico de una de las sociedades más conservadoras del país. Pido perdón al lector si en alguna de las crónicas pudiera dañar su delicada sensibilidad. La intención es sana y no hay motivos de resentimiento o de rencor.

TRISTAN MAROF



Agnes

La torre de la iglesia de San Miguel de Sucre, cuyas campanas hacen estremecer a sus habitantes.

CAPITULO I

ILUSTRES CABALLEROS E ILUSTRE CIUDAD

Las campanas de la iglesia de San Miguel, de la muy ilustre ciudad de los cuatro nombres, hicieron estremecer a sus habitantes a las once de la mañana de un día domingo. Cada tañido prolongado y lastimero era un llamado a la fe, repercutía de una orilla a otra de la población y se perdía en las faldas de los cerros venerables Sicasica y Churuckella. La tradición cuenta que uno de ellos es macho y el otro hembra. En efecto el cerro macho es viril y cubierto de escamas y riscos; el hembra es de piel suave, accesible y con curvas. Era día de fiesta y ningún habitante que estimase en algo su puntillosa honorabilidad podía faltar al sagrado acto. Todo, menos sellar con su ausencia, el menosprecio al servicio religioso que estaba elevado a la categoría de precepto social en la culta e histórica Charcas, llamada también La Plata, Chuquisaca y finalmente Sucre.

Doña Hipólita Trajines de Lanas, dama ilustre chuquisaqueña, con varios escudos heráldicos en su prosapia, había comenzado a confeccionar su tocado a las ocho de la mañana, ajustándose el imprescindible corsé que le apretaba la cintura hasta parecer una avispa y elevaba sus senos como una ofrenda griega; fuera de esto, tiñóse el cabello con agua de nogal y echóse a la cara una célebre "pomada del Oriente", de fabricación casera; calzóse los botines de abrochar y, satisfecha de dar órdenes perentorias al pongo y a la cocinera de servicio se miró en el espejo para agradar a su esposo y a Dios. Sus hijas mayores Leonorcita y Ofelia, de veinte años la primera y

la otra en sus quince abriles concluían de lavarse los pies en una palangana con agua caliente. Luego de terminar la breve operación de higiene se pusieron calzones nuevos con bordados al tiempo que reían y discutían sobre asuntos baladíes. Pintáronse los ojos y deshiciéron con cierta voluptuosidad los rulos de su cabellera atados con trapitos de todo color contemplándose en el espejo maravilladas de su belleza y juventud.

Doña Hipólita vestida de saya negra de gros, adornada de chaquiras a la española y complicados bordados, además de un enorme sombrero con pluma de avestruz tenía el aspecto de una de esas recordadas damas que todavía subsisten en revistas y albums de familias aristocráticas. Buena administradora de su casa, todo lo había dispuesto; a la cocinera le midió los centavos para el mercado; al pongo le ordenó el sacrificio inmediato de un gallo entrado en años y el aseo del corral. Una vez que hubo terminado sus instrucciones fué de la cocina al dormitorio con paso rápido, y nerviosa se le oyó decir: —Manuel, pero Manuel, acaban de sonar las últimas campanadas. Chicas, apúrense por Dios.....

Leonorcita en ese instante orinaba en una bacinilla dejando ver al acaso un pedazo de nalga rosa y gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Pero mamá que no se olviden de echar los meados!
¡Ponguito, pongó!.....

Ofelia se arreglaba las ligas frente al espejo de luna teniendo especial placer de ver sus piernas delgadas y bien formadas. Cayó el devocionario por el suelo y al recogerlo se santiguó repetidas veces. Luego se puso en cuclillas orinando con rapidez en tanto se oían voces nerviosas de mando en el patio.

Don Manuel Lanas del Céforo, gran ciudadano y pro-hombre de Sucre sin haber hecho nada meritorio, bajó de sus habitaciones vestido de levita gris con solapas de seda, zapatos de charol con botonadura al lado y con aire imponente como indicaba su dignidad. Tenía en la mano derecha un bastón con puño de plata y guantes negros. Tosió varias veces, más bien

lanzó al espacio varios de sus acostumbrados eructos y les dió esa entonación sonora y patriótica de los prohombres. También llamó al pongo dándole órdenes conminatorias y de ejecución inmediata. Religioso y severo como era preguntó si sus hijos varones habían cumplido con el deber religioso de la misa. Tranquilizado su espíritu dió el brazo a su respetable esposa, y precedidos de sus hijas salieron a la calle. A su paso las gentes humildes se destocaban el sombrero.

La casa de don Manuel estaba situada en una de las calles principales de Sucre, próxima a la histórica Plaza 25 de Mayo, donde tantas hazañas sucedieron desde hacía varios siglos. Era una casona vetusta con paredes de barro, ventanas con verjas primorosas de hierro y balcones de clásico estilo español. Detrás de las ventanas tupidos visillos desde los cuales el ojo experto del murmurador sin ser visto vigilaba a las gentes. Un zaguán con poyos de barro daba a la mansión ese aspecto colonial que aún se conserva. En efecto las dos hojas de las puertas estaban tachonadas de clavos de bronce y el tocador simulaba un lagarto. El zaguán tenía diversos usos: de día servía de sala de espera a los pedigueños y artesanos políticos que venían a consultar la sabiduría de don Manuel; de noche se transformaba en morada del pongo y del perro Olin. Este zaguán estaba construído al estilo del país con sus arcos de punto entero, un arcángel armado de espada de fuego daba muerte al dragón y una virgen dolorosa se veía atravesada por siete puñales.

Floridos y vastos patios llenos de rosas y claveles perfumaban el ambiente y a los lados las habitaciones alineadas ostentaban sus pesados muebles de cedro. Alfombras mullidas dejaban a los pies hundirse en ellas y en las paredes cuadros de Pérez Olgún o copias de santos milagrosos atendían a los devotos.

Lo más pintoresco de la casona era el corral. Como en ese tiempo no habían hecho su aparición los servicios higiénicos la mansión carecía de baño y "water-closet". Sin embargo, en la residencia solíase utilizar una vieja tina para bañarse

allá por pascua florida o en peligro mortal y, entonces los afortunados cerraban las puertas herméticamente, considerándose el baño un secreto de Estado. En este corral había un hermoso parque zoológico, desde los caballos de silla, corderos cebados y cochinitos que los engordaban para las fiestas, gallinas de plumaje diverso y gallos cantores tan soberbios como los dueños de casa, patos, gansos y conejos de Indias, destinados al sacrificio ocasional de los grandes cumpleaños o de los invitados de calidad. En el segundo patio un loro procaz imitaba a los vecinos, un gato perezoso tendíase al sol. En la cocina mugrienta se criaban diferentes animales domésticos y la cocinera los alimentaba con desperdicios mimándolos como si fueran sus hijos. El corral era un lugar de espectáculo darwiniano, una palestra de lucha por la subsistencia. Cada vez que ingresaba una persona se armaba una algarabía y los discretos volátiles picoteaban sin consideración las manos y las nalgas.....

Crescencia y Anastasia, mujeres del pueblo, cholas robustas que mezclaban el quechua con el castellano y hacían una algarabía por el menor asunto, eran las criadas del muy ilustre señor Lanús del Céfiro. La una de cocinera, encargada del alto menester de agradar el paladar de la familia, y la otra de "a la mano" es decir de "corre ve y dile", viejo oficio colonial y más útil aun en la República. Al lado de estas sirvientas ayudaba en los quehaceres domésticos una tonta llamada Clorinda a quien las gentes sin otros trámites bautismales la calificaban de opa por sus pequeños alcances y sus pariciones frecuentes. El mozo Eugenio se ocupaba de los caballos y del comedor, y en rango era superior al pongo y a los demás sirvientes de la casa; esta superioridad le permitía preñar a la opa en competencia secreta con los sobrinos de don Manuel. El pongo de turno que llegaba de la hacienda todas las semanas limpiaba la casona, mondaba las papas en la cocina y rumiaba las sobras de las comidas, al lado del perro Olin, su amigo y confidente. A pesar de que el noble animal le disputaba las sobras había entre ellos una tierna camaradería. Para los de la casa su alma estaba deformada o en transición.....

Crescencia la cocinera, aunque hacía varios años que guisaba succulentos platos para la familia Lanas del Céfiro ganaba un sueldo ridículo, pero como buena chola y de una perspicacia de hormiga se desquitaba en las compras diarias cizandando centavos y peleando como los canarios por granitos de alpiste. Anastasia la "alamano", con lomos de veinte años, morena y de piernas robustas sabía la manera de ganarse unos billetes "extras" brindando sus gracias y regateándolas a algunos badulaques del barrio y a un magistrado solterón. No obstante aparentaba una severa religiosidad y comulgaba con frecuencia acompañando a las niñas Leonorcita y Ofelia. Clorinda la tonta, no ganaba un centavo, educada en los santos canones de la familia para opa. Su venganza confiaba a las mandíbulas feroces, pues devoraba todo lo que podía, gozando de una excelente salud.

El día domingo los criados se levantaban al clarear el alba y su primera obligación consistía en ir a misa y purificar sus almas recibiendo la sagrada hostia. El pongo y la tonta estaban eximidos de esta gracia divina y se quedaban en la casa, a encender el fuego, cuidar los animales domésticos y preparar el desayuno. Naturalmente estos seres humanos de tan ínfima personalidad no necesitaban de ninguna gracia para estar bien con Dios. Eran las ruedas del molino sobre las que descansaban el honor y la fortuna de la ilustre familia Lanas del Céfiro.

*

* *

Don Manuel Lanas del Céfiro, su esposa e hijas ingresaron al templo de San Miguel. Daban las once de la mañana y las naves estaban llenas de la más ilustre sociedad. Este templo de San Miguel, se distinguía de los demás por su torre elevadísima en forma fálica y sus campanas plañideras. La misa que se oficiaba el día domingo constituía enorme felicidad para las jóvenes casaderas. Más que un acto religioso consistía en la exhibición de bellas mujeres, derroche de sedas y cambio de miradas ardientes en pos del matrimonio. El que pronunciaba

el sermón era, generalmente el Padre León, jesuita de ojos escrutadores y sotana de seda, muy ducho en el arte de enredar ojos y encajes y muy sabio en su materia. Cuando en un reparo del sermón se refería a la virgen dolorosa, atravesada por siete puñales, sus ojos beatos diéronse tiempo para intimar con su mirada la mirada de mujeres elegantes que escuchaban sus palabras absortas y prendidas del hilo mágico. Ahí estaba en el templo todo lo que Sucre había producido en varios siglos; descendientes ilustres, castellanos soberbios, mujeres en cuyas venas circulaba la sangre azul más azul que una onda de mar..... Ahí estaban contritos y arrodillados los varones de rica prosapia y las hembras de respeto. Don Aristóteles Vientos y su estimable esposa, doña Beatriz, junto con sus jamones de cuarenta y cinco años en plena sazón del tiempo; don Mateo Mirtos y sus tres hijas casaderas a cual más dispuestas, esperando un noble europeo rico y buen mozo; don Atilo Acridio y su joven esposa recientemente llegados de la costa; don Macedonio Barzola y su distinguida señora, luciendo unos senos enormes y patrios; don Estanislao Sandía y su numerosa prole en homenaje a la literatura, pues se jactaba de ser uno de los neoclásicos de la ciudad; don Barómetro Romero célebre orador que en una ocasión dejó paralizada a toda la sociedad porque en su discurso habló de los horribles dinosaurios y de los terodactilos amaestrados. Y la lista continuaba; el doctor Peinado, el doctor Agamenón del Espacio; los famosos banqueros Urquidí, escrupulosos y sefarditas de apariencia, los magistrados de la Suprema, el Fiscal General de la República, doctor Laguna, de quien se decía que hablaba el griego, que traducía el sanscrito y que dialogaba con los espíritus. Todo el mundo de Sucre, luciendo trajes negros y zapatos de charol estaba de rodillas en el templo. El sacerdote bendijo a la concurrencia, sonó la campanilla, el incienso se esparció por las amplias naves y el sacrificio de la misa quedó concluido. Hubo frú, frú de seda y ruido de zapatos nuevos. Cada cual se levantó y pidió a Dios el goce de su perfecta salud y la conservación de sus haciendas. Dirigió leves sonrisas a sus vecinos y comenzó el desfile.

Agnes

FOTOGRAFIA
PARISIENSE

F. Palmero

MEDALLA DE
ORO EN PARIS

Se opera todos los dias
Ampliaciones y reproducciones
Las planchas son conservadas

Leonorcita y Ofelia, niñas casaderas y románticas

Los jóvenes se situaron a la salida del templo. Las mujeres decidieron ser admiradas, y los respetables caballeros aceptaron ceremoniosamente el saludo de los demás con majestad olímpica.....

CAPITULO II

MURMURADORES

La retreta de las once de la mañana en la ilustre ciudad de Sucre es extremadamente divertida. Retreta de sabor colonial y que todavía la República no la ha modificado. Es de suponer que en los tiempos de la Real Audiencia de Charcas las damas paseaban arrastrando largos vestidos con crinolina, seguidas de sus negros y negritas, y los respetables oidores lucían sus chalecos carmesí y sus finas gorgueras al igual que sus patillas. El tiempo no ha cambiado sino los trajes. Las retretas al son de una banda de música del regimiento que ejecutan "Aida", "Carmen" y airecillos del país, constituyen algo más que una feria de vanidades. Las únicas que sufren de la murmuración y soportan resignadamente son las estatuas de la libertad: Monteagudo y Sucre sonrien y aunque reciben el calor y el frío, se les ve ponerse verdes de las charlas inconvenientes y de los discursos catastróficos. Al son de un tango de moda las mujeres caminan luciendo sus encantos, en tanto los hombres las cotizan risueñamente como si se tratase de acciones de bolsa. Algunas de las cotizaciones son singularmente teñidas de un comentario quevedesco. Luego vienen las reflexiones mundanas y la filosofía casera en función. Así, por ejemplo, un sujeto barrigón y de ojos saurios se atrevió a decir:

—El sucrense por lo general es amable, parlanchin, adaptable y maleable, según las circunstancias.....

—El sucrense es de naturaleza sórdida, práctico a su manera, avaro cuando reúne unos centavos y largo cuando se tra-

ta de hacer paradas de a mil y de a diez mil..... — replicó el circ.

Finalmente un tercero hizo exposición somera de lo que era el habitante de la ilustre ciudad:

—El sucrense es romántico en apariencia, muy escrupuloso de su persona y muy puntilloso, pero dispuesto a corromperse a la menor flaqueza. Altivo y soberbio aún en las más difíciles circunstancias. Sujeto lleno de contradicciones, de claroscuros, de bajadas y subidas. El sucrense posee, por lo general, aguda imaginación y se siente defraudado; de ahí su locuacidad, su complejo psíquico de herir a los demás gratuitamente, sintiendo solaz y goce porque en su alma yacen pasiones dormidas y tremendas, fáciles a despertar a la menor alusión. En el fondo de su alma hay un tejido de despecho, un resentimiento sexual, una envidia de la fortuna de los otros y una ansia de sentirse poderoso y alcanzar gloria.

—¿Es usted de Sucre? — le interrogaron varios, algunos sonreían, otros le oían con atención para responderle con enojo. El expositor articuló tranquilamente.

—¿Yo? Soy de Sucre, pero llego a mi tierra de vez en cuando, a criticarla. Es la costumbre de todos nosotros. En efecto, cuando no encontramos un extraño nos mordemos entre coterráneos y las heridas no se cicatrizan jamás. Esta ciudad agradable y risueña es la cuna de los apodos y de los complejos. Cada habitante posee un veneno especial con el que actúa y se defiende. Por lo demás el sucrense es mundano y no se enoja de la crítica a su persona, a su lar y a su fama. En el fondo sabe usted, el chuquisaqueño inteligente se mea en todo el mundo, sin excepción. El más insignificante, el muerto de hambre, el gusano de Sucre se cree superior. No obstante de esta superioridad, vive eternamente atormentado, por que anida en su alma un individualismo suicida y una perfumada desconfianza de todo lo que le rodea.

—Tal vez esa superioridad de que usted habla no sea más bien un complejo de inferioridad.

—Es posible.

Siguieron comentando diversos casos y uno de ellos se extendió sobre el tema de la ilustre capital.

—Sucre es Sucre; no se parece a ninguna ciudad del Continente. El sol es un presente del cielo y su cielo azul incomparable. Un sol faústico, amable, tan tierno que calienta con amor las carnes sin quemarlas.

Extendió su mano y señaló hacia la Recoleta. El paisaje era admirable. Recostada la ciudad de los cuatro nombres en las faldas de los cerros Churuckella y Sicasica, sus calles se extendían sin premura. Sus casas eran solícitas y tiernas. Desde un balcón cualquiera tenía al frente una cortina de cerros azulados, geométricos que pretendían enmarcar la ciudad y guardarla como una joya preciada. La tranquilidad era tal que el menor ruido se oía, y el susurro de la paloma y aún el suspiro de la novia se comentaban en la lejanía.

—¿Y qué me dice usted de las retretas de Sucre? — volvió a insistir uno de los badulaques.

—Academias al aire libre — respondió otro.

—Se afilan las lenguas y se hiere al que pasa. ¿No ve usted? Dorándose el sol, estirados en los bancos, entre un bostezo y otro los baludaques festejan las ocurrencias en medio de feroces carcajadas, sobre todo cuando alguno de ellos enfoca bien a una pareja y su maledicencia tuvo éxito. Entonces el chiste corre de boca en boca, y se convierte en la comidilla de los círculos por algún tiempo o para siempre.

Dos de los grupos que se formaron a la hora de la retreta y que se distinguían por su veneno, después de haber discutido los más variados temas y puesto puntos y comas a los prohombres de la ciudad que constituían la mayoría, luego de gustar y regustar a las mujeres bonitas que pasaban en desfile cadencioso por las aceras se tendió en los bancos de la plaza. Uno de los lenguaraces apellidado el "Chato" por su nariz en forma de miga de pan se atrevió a decir:

—¡Qué Buena Leonorcita! Carnecitas primaverales y tiernas..... Esta otra y la de más allá..... ¿Ofelia? Yo no sé cual de las dos sea la más bella y..... en cama deben ser un primor.

—Ese que pasa se acuesta con su sirvienta porque su mujer no vale un higo.

—Pero su mujer notando esa debilidad agregó — se diraza de sirvienta y total que el afortunado es una especie de sultán criollo. — ¡Lo que nos viene a contar usted! Todos hacen lo mismo o si no que lo digan.....

—¿Y no saben lo que pasó a don Manuel Lanús del Céfiro?

En ese instante el respetable caballero daba sus vueltas protocolares acompañado de su dignísima esposa, antes de entrar al "Club de la Sabiduría" a beber su acostumbrada media docena de "cocteles".

—No che; no lo sabemos.

—¡Vaya! dónde viven ustedes, ¿No lo saben?

Y sin más preámbulos soltó el chisme:

—Ha hecho parir a su opa.....

Se escuchó una estruendosa carcajada. Sin embargo los pillastres saludaron a don Manuel con fina y delicada cortesía.

—¿Pero es verdad?

—Evidente — expresó el comentarista con seriedad — añadiendo:

Y como es natural, para disculpar su debilidad, el zapatero de la esquina es el culpable.

—Pero me han dicho que la tal opa pare todos los años — insistió otro.

—Eso por descontado; pero como es opa, no habla; hace señas a los que pasan.....

Por segunda vez se oyó una carcajada general. Alguien quería saber detalles, pormenores y no costó trabajo alguno darle satisfacción.

—¿Entiendes? La opa es una especie de producto literario logrado, una novedad en el medio, algo que incita al análisis psicológico.....

—¿Y dónde vive esa opa? — preguntó un jovencillo ingenuo y que tenía veleidades de poeta.

—¡Pero cobra a los poetas! — le respondieron los pillastres. Te aconsejamos entenderte directamente con su patrón y escribirle una carta insinuándole un reportaje. Volvieron a oírse las risotadas, pero no concluyó el asunto. — ¿Y el chico? — insistieron.

—Es blanconcito y se supone que debe ser parecido a su padre. Es posible que lo internen en el "Asilo Santa Clotilde" y que aprenda música. Con el tiempo tendremos otro Roncal o Benavente.....

—No hagamos confusiones. Roncal es Roncal, y Benavente, es Benavente, aunque le sacudan diez "cortos" al día.

Un estudiantillo de medicina — que leía revistillas sicilípticas y se creía un perito en tales negocios, sacó a relucir la teoría "científica" de que los hijos de las opas podían resultar excelentes oradores por el hecho de que sus madres estaban inhibidas de la palabra.

Esto es exacto — dijo Serpentino Cuentas con aplomo. Nuestros políticos y nuestros profesores deben ser hijos de opas..... Y añadió con frase sarcástica:

—¡El opa, amigos, no puede ser otra cosa que producto universitario!..... Y si no fuese opa, jamás le darían el título de doctor..... ¿Qué es lo que ha producido hasta ahora la Real y Pontificia Universidad de San Francisco Xavier? No se indignen: nada. El badulaque, la chola, el doctor sin título y sin borlas, son los únicos exponentes de la inteligencia sucrense.

—No hablemos de cosas absurdas — respondió con encono Benigno Melón, abogado novicio y considerado como una de las esperanzas de la ilustre ciudad.

Volvemos al tema —insistió el estudiantillo de la "teoría científica"—, exclamando con mordacidad:

—Eso les pasa a esos viejos corruptos por no ir a lo de la "Ojarasca", y si queréis mejor y más apetitoso, a lo de la "Murobandola". Estas si que son hetairas de calidad, llenas de colorido y de folklore!.....

Concluido el comentario pornográfico, el más corriente,

entre mozos y viejos, se pasó al político. Benigno Melón sostuvo, pleno de apasionamiento:

—El gobierno del General Montes no podrá durar mucho tiempo porque está asegurada la revolución... que, de todos modos, la encabezarán Domingo L. Ramírez y el viejo Luis Paz...

Una carcajada sonora saludó la noticia.

—El viejo Luis Paz no puede moverse de su asiento, ni siquiera para santiguarse, pues unos reumatismos feroces lo tienen postrado, — replicó alguien.

—El doctor Alvarezte aprovechó la coincidencia para hacer el elogio de la mano férrea del General Montes que dominaba al país desde comienzo de siglo.

Las protestas se dejaron oír inmediatamente:

—Pareces un sicario del gobierno —le expusieron— y algo más, un antichuquisaqueño. Montes odia a Sucre y tú lo elogias. Montes ha vendido el Litoral a los chilenos...

La discusión se hizo general entre partidarios del general Montes y opositores. Se tornaba molesta y habría terminado mal si no se aproxima al grupo Manolito del Tejar, joven aristócrata chuquisaqueño, luciendo un traje irreprochable, guantes color patito y cuya locuacidad era desbordante. Acababa de llegar de Santiago de Chile y en pocos meses se le había pegado el acento pastoso y disminuido de los chilenos. Hablaba hasta por los codos, sobre todo si alguien le interrogaba sobre las "casas de niñas" y las conquistas que había realizado.

—¡Hay que estar allí!... ¡Hembras, cueca, vino! La diferencia es tan grande entre nuestras cholas descuidadas de su higiene y que se ofenden cuando uno les dice que se desnuden, y las chilenas. ¡Ese pueblo es sin duda, superior al nuestro!

Y al expresarse de esta manera tan pintoresca y tan cruda, imitaba el acento chileno comiéndose las "eses" y se creía una autoridad en eso de conocer "chiquillas", porque a cada instante le salía la palabra puta...

El grupo quedó electrizado ante la "mundanidad" de Manolito, y muchos que se creían despiertos le oyeron con atención y envidia. Francamente se necesitaba una suerte muy grande

para igualar su felicidad. Había ido a estudiar a Chile y volvía a su lar lleno de "sabiduría". Ellos tenían que pernoctar con cholas, en tanto el joven afortunado, posiblemente pasó su tiempo, acostándose con mujeres regordetas, rubias tal vez, tan sensibles y desinteresadas que no pedían nada a los jóvenes estudiantes, especialmente a los del tipo de Manolito... basta que fuesen de Sucre...

—Lo único que les agrada —añadió— es demostrar la superioridad de su raza!...

El grupo de lenguaraces se disolvió satisfecho de la retreta dominguera, unos a jugar un "cacho" y dos "cachos" y una docena de "cachos" en homenaje al día feriado...

CAPITULO III

EL CLUB DE LA SABIDURIA

El "Club de la Sabiduría o de la Sorpresa", como vulgarmente se llama a uno de los centros sociales de la histórica ciudad, es una especie de círculo o de cantina distinguida, donde se dan cita los caballeros pulcros, los bien nacidos y los prohombres de empresa de la "Banca y el Comercio", con apellidos brillantes y por cuyas venas corre sangre de color azul...

Este centro social no es único en su género. Las demás repúblicas hispanas tienen algo parecido, verdaderos laboratorios bacteriológicos donde se investiga la salud y también la de algún microbio que, dando prestancia a la sangre la hace funcionar mal. La diferencia es levisima. Algunos, como el "Nacional" de Lima, ya encontraron el microbio hace varios siglos atrás... Es imposible pertenecer al "Club de la Sabiduría", si el pobre mortal no posee fortuna saneada —y aún poseyéndola—, si no ha nacido en cuna de encajes y alimentado desde esa época feliz por senos pudientes y notoriamente rancios. En verdad, la raigambre de esta aristocracia publerina, dicen

que se halla en el solar hispano, y muchos ricos de América en sus viajes por Europa no han dejado de aproximarse a los archivos reales a ojear sus "pedigrees", lo cual comprueba desocupación mental y una manifiesta petulancia disculpable por variados motivos que se verán más adelante.

Por ejemplo, los señores Lanas del Céfiro, vecinos de la capital, muy estimados y queridos por sus prendas personales, no son culpables de que uno de sus parientes haya devenido "Príncipe" —así como suena—, previo pago adelantado al Santo Padre de cincuenta mil liras para obras de caridad. (En ese tiempo cincuenta mil liras conmovían a cualquier italiano por muy devoto que fuera; hoy no tienen valor). Hay una anécdota que ilustra y ahorra comentarios relatada en tiempo de Pedro I del Brasil. Se dice que una vez encontrándose el monarca apurado de fondos lanzó al mercado una serie de títulos nobiliarios que, como es de suponer, fueron adquiridos inmediatamente por gentes de fortuna. Felicitado por tan singular ocurrencia, el soberano respondió con simpleza:

—Precisaba un sanatorio para insanos, y bien sabido es, que la casa de los locos, debe hacerse con el dinero de ellos mismos.

Pedro I fué muy felicitado.

Esta vanidad del blasón, no sólo es peculiar de Chuquisaca, lo es del mundo entero, sobre todo si el lugar es habitado por hispanos o sus descendientes, aunque una que otra vez ostenten a la luz del candil sus magníficas narices sefarditas.... ¡Ya el hecho de llevar apellido hispano tiene algo de noble!... Cualquiera hijo de vecino prefiere ser ladrón, estafador, estoqueador de oficio o violador de doncellas, pero eso sí, que se lo considere de "buena familia". En Chuquisaca, por un azar de la suerte, todos somos de buena familia; descendemos de barones, de duques o al menos de oidores, muchos de canónigos de ración entera o de bachilleres revolucionarios. Así no es de extrañar que el "Club de la Sabiduría" sea el nido de la gente decente, sin blanca algunas veces, pero de una extrema distinción, consistiendo ella en lo más elemental: lavado

de pies en palangana, camisa bien planchada, traje al estilo de Londres o de París, y cierta melosidad al dar los buenos días y las buenas noches, fuera de que es una obligación asistir a los entierros de gentes ilustres. Como en los grandes salones los señores se aburren, divagando sobre sus escudos heráldicos los cuáles se borran en las paredes sin revocar — porque no hay peor desgracia que ser noble y pobretón — han permitido también que alternen en su seno ciertos hidalgos de provincia venidos a menos— diríamos vergonzantes, que desempeñan el papel de lacayos intelectuales, con moletos desproporcionados y excelente buen humor.

Los socios del Club tienen la inveterada costumbre de reunirse en pequeños grupos y resolver todas las cuestiones sociales, económicas y políticas, no sólo de la ciudad sino del mundo entero.... Algunos de estos prohombres aún se atreven a hacer crítica de los gobernantes europeos y dan sus consejos familiares sobre tal o cual asunto mundial, pero repentinamente cambian de tema y se enredan en ruidosa discusión sobre gallos y cholas. Muchos de estos ilustres varones se jactan de su amistad con reyes y príncipes. Por eso, cuando el deportista Carlos Víctor Aramayo, millonario de Tupiza, llegó a Sucre y se puso a revelar que el rey Alfonso XIII en cierta ocasión, durmió sobre uno de sus hombros y le pidió dinero prestado, no llamó la atención de nadie, porque ya ese favor el rey, se lo había hecho a Juan Manuel Sainz, vecino de Sucre, poeta, escritor y millonario generoso, que murió pobre, pero contentísimo de haber derrochado sus millones.

Uno de los más escuchados en el Club es, seguramente, don Manuel Lanús del Céfiro. Nadie osa contradecirle y por esta ventaja emite sus opiniones acompañándolas de gestos y bufando como si fuera una fiera. Los demás le acatan y se inclinan, pues sería una nota de pésima educación interrumpirle, teniendo en cuenta que habla francés y que recibe regularmente "La Illustration Francaise". Generalmente éstos que se inclinan, son los hidalgos sin fortuna, para quiénes es un honor alternar con señores tan prominentes que, además de conocer

a reyes y papas, poseen acciones del Banco Nacional, del Banco Argandoña y manejan miles de siervos indígenas. Apenas ingresó al "Club de la Sabiduría" don Manuel, luego de dar la mano a varios caballeros, erupció patrióticamente según costumbre suya, aprobando las cortesías que le hacían. Habló como suelen hacerlo los monarcas y se extendió sobre sus dolencias, recalcando que, desde hacia tiempo, arrojaba gases, cuando caminaba de prisa, y aun se detenía.... Don Mateo Mirtos que no era de ninguna manera humorista, explicó con seriedad, que para evitar los gases, lo mejor era consultar al "doctor Piedras" o en su defecto al farmacéutico Torrico, especialista éste último en píldoras y estreñimientos. Don Aristóteles Vientos que padecía del mismo mal, sobre todo cuando se dirigía al pueblo y recitaba poesías, expresó, que los gases eran prueba inequívoca de excelente salud, pero que convenía alejarse del tránsito para no menguar el prestigio personal.... Halagado en su vanidad don Manuel, de que en su casa se comía muy bien, explicó largamente cómo se hacían la salsa tártara y la carne mechada. Don Macedonio Barzola cambió la conversación con su autoridad de magistrado y se puso a hablar de la desdicha de Sucre, siempre a merced de la preponderancia paceña. Los hombres prominentes, que más tarde darían nacimiento al "Gomal", expresaron su opinión con excesivo apasionamiento y aprovecharon para despedazar verbalmente a la ciudad de La Paz.

—¡Todo nos podrán quitar menos el clima de Sucre! — repitió con vehemencia don Aristóteles Vientos.

—Pero algún día esa ciudad que nos despojó de todo y quiere humillarnos desaparecerá — replicó el magistrado Barzola.

—¡Un temblor, un cataclismo! — insinuó Vientos.

El señor de Urioste, gran industrial de chocolate que fabricaba bombones de su invención y cuya fórmula la tenía guardada en secreto, repartiendo su producto personalmente a caballo, se atrevió a decir:

—Deben hacer lo que yo hago. ¡He iniciado el boicot a

La Paz! Por ejemplo, si alguien viene a mi negocio y quiere comprar chocolates, le pregunto con suma astucia: ¿Son para La Paz? Si me responden que sí, les cierro las puertas en las narices....

El señor Urioste fué felicitado con efusión por los viejos. Por su parte se comprometió a guardar la fórmula de los chocolates como un secreto de Sucre.

Luego de una serie de exorcismos y juramentos, los notables resolvieron encomendar el asunto de la defensa de Sucre al doctor Jaúregui, eminente historiador, cuyos trabajos sobre el mismo tema podían llenar una Biblioteca, pero como la discusión se había agotado, alguien propuso jugar un "cachito" liviano y corriente. Los notables ingresaron al Club y una voz engolada se dejó oír:

—Rafo un cacho y seis "cocteles", en seguida.

Hizo su aparición un mozo corriente, mestizo de Sucre y alambicado en el hablar, que vestía saco blanco con alamares dorados:

—Al punto caballeros — fué su respuesta.

—Pero que sean fuertes — agregó el doctor Peinado.

El doctor Vientos explicó con lujo de detalles el arte de preparar "cocteles" con diversos licores extranjeros. El doctor Peinado de narices muy rojas, dió una fórmula a base de singani cinteño y ciertos ingredientes de su invención, haciendo de la fórmula elogio desmesurado. Don Manuel Lamas del Céfiro interrumpióle con brusquedad para hacer la aclaración de que no bebía licores del país porque, además de malos, transcendían a chivo....

—Imposible que podamos igualar el singani al "coñac tres estrellas" y al "wisque" escocés. Tengo costumbrado el paladar....

El doctor Peinado, aunque gran catador de singanis del país, no hizo defensa alguna y la charla se deslizó hacia otro asunto.

De una rueda de "cocteles" se pasó a otra y luego se comenzó a apostar dinero y copas. Las carteras vaciaron so-

bre la mesa y no se oía sino el rodar de los dados y las exclamaciones entremezcladas de carajos y chistes al estilo lugareño.

Otro grupo de notables, socios del Club, sentados en banquetillos que daban a la Plaza, comentaba con delectación los escándalos sociales y la intemperancia de sus amigos, que eran tan buenos bebedores como patriotas. Este grupo tenía fama de austero y estaba compuesto de hombres hogareños, de profunda religiosidad y llenos de hijos. Jamás pasaban del vaso de horchata y su espiritualidad se reducía a coleccionar estampillas e invitarse mutuamente a tomar el sol. Asistían a la misa dominguera con puntualidad y algunas veces al teatro, siempre que el espectáculo fuera moral. En sus casas se aburrían y por eso buscaban el comentario mundial a las puertas del "Club de la Sabiduría", donde según ellos, brotaba el talento a borbotones... La clase media y el pueblo observaban de lejos, con cierta curiosidad a los socios del Club con una especie de arrobamiento, sin atreverse a ingresar por las puertas doradas. En ese tiempo, la secreta ambición de los que habían logrado hacer fortuna era pertenecer a tan ilustre centro, que al decir de don Aristóteles Vientos, allí se dirigía la política, la economía y hasta el porvenir de los habitantes. Muchos burguesillos en su afán de alternar con gente ilustre, soportaban humillaciones tremendas, y pasaban por alto las ridículas opiniones que sobre ellos se emitían a cada instante.

CAPITULO IV

LAS IDEAS DE UN SEÑOR NOTABLE

Las ideas de don Manuel Lanús del Céfiro eran las del clásico señor de Chuquisaca del siglo pasado. Propietario de grandes haciendas, rentista, abonado al comentario del Club en la histórica Plaza "25 de Mayo", accionista de compañías

mineras de plata y devoto a la Virgen María. Su círculo de amistades era selecto y restringido. Su cerebro, por consiguiente, elaboraba ideas que coincidían con sus dividendos y los sentimientos que le sugería su patriotismo singular. Creía en Dios, en el orden social y la patria, siempre que esta patria no le tocara el bolsillo. Si le tocaba demasiado, se declaraba inmediatamente opositor y gruñía en todas partes su descontento. Odiaba las innovaciones y, suponía que cualquier reforma, por insignificante que fuese, despojaría de su autoridad suprema. Para admiración de su familia y de sus amigos, repitió frases como éstas:

—Bolivia se salvará cuando a la cabeza del gobierno se encuentre un hombre honrado que no robe ni un solo centavo. ¡Lo que es Montes nos ha desvalijado!... El día que nadie se improvise de la noche a la mañana y los ciudadanos estén sometidos a un largo proceso de depuración...

El doctor Peinado que escuchaba sus opiniones, se atrevió a contradecirle con suma cortesía.

—Pero don Manuel, pero...

—Nada, nada. Si el gobierno escuchase nuestras ideas, las que vertimos en el Club, ya vería usted cómo se arreglaban las cosas en un santiamén. Los hombres de experiencia conocemos los negocios, y sobre todo el alma humana, complicada de por sí, inclinada al vicio y al mal...

—¿Es decir que usted mantiene el pensamiento del tiempo de Linares?

—Son ideas de nuestros mayores —arguyó don Manuel, sofocado—. Nada de doctrinitas exóticas ni imitaciones petulantés. Bolivia es Bolivia, así como Europa es Europa. Ya lo he dicho repetidas veces: es preciso educar a los ciudadanos en el santo temor de Dios y castigarlos por su encargo, porque, si nos queremos espiritualizar a la francesa, nos volveremos ateos, perderemos nuestro colorido local...

El doctor Peinado que se las daba de liberal y muy aficionado a las revistas extranjeras, respondió amoscado:

—Pero esto es feudalismo puro, don Manuel. Entonces

con sus teorías, usted no debería saborear el "coñaccito" europeo y el delicioso "wisque", porque son licores extranjeros.

—No señor; no es feudalismo, al contrario, puro nacionalismo boliviano. Y en cuanto a los licorcitos extranjeros, no creo que haya incompatibilidad: son saludables. Y al respecto, como le decía anteriormente, voy a probarle:

—Cuando nuestros bisabuelos fundaron la República, derrotando a la monarquía injustificadamente, tuvieron que transar con muchas cosas. Se dió libertad a los siervos, se dictó una constitución democrática y se abolió el régimen de los privilegios; pero no es posible que los indios y los cholos sean iguales, inmediatamente a nosotros. Sepa usted, doctor, que nosotros constituímos la parte más culta de la sociedad y, porque lo somos, podemos disponer de las haciendas, del gobierno y de la política. Le hablo a usted claramente para que no haya equívoco. Yo no admito que cualquier chisgarabís pueda venir impunemente a mi casa y codearse conmigo, y luego solicitarme la mano de mis hijas, pongo por caso. Cada cual en su lugar, mi amigo. Los indios con los indios, en los campos y detrás de los bueyes y los asnos; los obreros en sus talleres, y nosotros, en los puestos de vigías de la sociedad. Y si yo estuviese en un error no coincidiría exactamente con las prédicas de nuestro venerable padre León que a cada paso repite lo mismo: "Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, paz y tranquilidad en la tierra". De esta convicción brota la armonía de las clases. Recuerde usted lo que dice la escritura: "es inútil rebelarse contra la voluntad divina". Y finalmente: ¿qué es la felicidad terrena comparada con la del cielo?...

El doctor Peinado sofocado por tanta ilustración y perdiendo la paciencia, dándose de liberal y revolucionario, se atrevió a responderle:

—¿Así que, según sus preceptos, los pobres deben sufrir y los ricos engordar a la luz de la ciencia divina?

—No hable disparates, mi estimado doctor. ¡Lo crea a usted inteligente! Nada está probado por la ciencia terrena.

Si usted analiza profundamente la naturaleza se quedará perplejo ante los misterios que nos rodean. ¡La fe, la fe, amigo Peinado! Y además, usted doctor, es uno de los nuestros. No me negará que, aunque hable de liberalismo, sus propiedades son considerables....

Esto hizo palidecer un tanto al doctor Peinado y lo desarmó, pero pudo argumentar largo rato, concluyendo por asegurarle:

—Claro que en teoría; en teoría. Me refería a los principios....

—Nada de principios, mi estimado Peinado. Se tiene o no se tiene; esta es la verdad.

Y tomando una decisión de amo local, háblele con frialdad:

—Duerma usted bien.

Y se alejó rumiando:

—¡Este Peinadito es un hipócrita, un liberal!....

Por lo demás don Manuel, era un hombre práctico y sencillo. Amaba las buenas maneras, los negocios fáciles y las diversiones. Su vida se deslizaba tranquila, preocupándole únicamente su arterioesclerosis. En verdad no tenía que moverse mucho ni fatigar su imaginación. Trabajaban para él cientos de siervos indígenas, le traían arriendos y semestralmente cobraba dividendos de sus acciones mineras. Por todo esto padecía de un exaltado nacionalismo; era un terrígena local, y, a pesar de que nunca había contribuido a la prosperidad del país sino dando una que otra suscripción para motines y revolucionistas, hacía jactancia de su patriotismo en público. Estimaba el rango social sobre todas las cosas. Trataba con altanería y aun con soberbia a las personas que suponía eran de un nivel inferior al suyo, imponiendo sus opiniones como siempre, mucho más desde su regreso de Europa, donde según él, pasó estudiando finanzas, pero según sus enemigos haciendo estadísticas de los "cabarets" y de los lugares de diversión. En ese viaje famoso que recordaba la ciudad íntegra, se relacionó con los nobles sudamericanos que, igual que don Manuel, exac-

tamente, habían ido a buscar su árbol genealógico.... De paso puso en tratamiento varios de sus órganos, y con la próstata todavía dolorida, visitó al Santo Padre, y obtuvo su perdón y unos papeles bendiciéndole por cuatro generaciones, inclusive a todos los Lanas del Céltiro. El Santo Padre se había quedado pasmado y en estado de meditación, al oír al señor Lanas que todos los santos de origen italiano hacían comentadísimos milagros allá, en tierras cálidas de América. Recordaba lo que el Santo Padre le repitió finamente:

—¡Ese continente es feliz y venturoso! ¡se salvará!...

Quedó aún más asombrado al final de la entrevista, cuando don Manuel le relató lo que pasaba en su propia tierra: habla un Señor que saliendo en procesión sobre los hombros de caballeros ilustres, disponía de las nubes, ordenando inmediatamente lluvia y truenos.

Las gentes le rezaban con voz lastimera: ¡agua Señor! y al instante se descargaba la tormenta....

—¿No hay algún observatorio meteorológico? — inquirió el Santo Padre.

—Hay uno, dirigido por los jesuitas.

—“Maraviliogso, formidabile, la fe, la fe” — concluyó el italiano y se dejó besar la mano, despidiéndolo con ceremonia.

Ya en los pasillos, se arregló con un curita que abría los ojos de admiración, para relatarle otros milagros.

Por ejemplo, los de Santa Teresita, eran evidentes. Estas santas arreglaban y desarreglaban el mundo. Por sus servicios recibían poco, una que otra joya y una novena. (La joya, si era de valor desaparecía al instante y era reemplazada por otra falsa, para evitar las tentaciones de los creyentes. Pero esto no lo dijo don Manuel; se concretó a recordar algunos hechos en su mente).

Don Manuel fuera de estas rarezas, era amigo cordial de unos frailes españoles que dominaban la ciudad desde un convento con olor a Pamplona y al carlismo. Estos frailes tenían parcas costumbres y su especialidad consistía en tejer matrimonios entre gente acaudalada. Luego, su conversación, versaba

sobre chorizos, pucheros y platos fuertes condimentados. Además de que era famoso el vinillo negro que fabricaban, muy solicitado por los místicos y pecadores, que una vez por semana iban al convento a dar ejemplo de constancia y de fe. Salían del sagrado recinto purificados, y don Manuel, gracias a los ejercicios espirituales, solía decir: "soy otro; esas hostias me han hecho inmenso bien".

Esta era su vida y éstas sus ideas....

CAPITULO V

LA SEÑORA HIPOLITA NO TENIA IDEAS

La ilustre señora Hipólita Trajines de Lanas del Céfiro no tenía ideas, pero su hermosa cabeza estaba llena de las supersticiones más extravagantes y pintorescas. Esto considerado desde el punto de vista liberal, según el doctor Peinado. Desde el punto de vista de la sociedad a la cual pertenecía, la práctica de la brujería, los "misachicos", las novenas, las promesas y las ascensiones a los cerros, junto con flagelamientos y cumplidos sociales, constituían en realidad, su vida espiritual. Oía todos los chismes con delectación y se santiguaba cuatro veces por el más insignificante pecado venial. Comía y dormía sin zozobras y, cuando no estaba ocupada con estas nobles inclinaciones, inventaba rosarios y casamientos, previamente, después de haber salvado su alma y descargado sus insignificantes pecados, bien sentada en una bacinilla. Visitaba con asiduidad templos y sacristías y luego de dar vueltas por la plaza, luciendo sus hermosos abrigos de pieles, iba en busca de noticias y de escándalos de sociedad a las casas de sus amigas predilectas. A pesar de sus jamones de cuarenta y tantos años para arriba, se la veía a doña Hipólita bien conservada y apetecible. Veinte años atrás tuvo el orgullo de decir que sus piernas habían trastornado el buen juicio de Céfiro. Además

no carecía de ingenio y de agradable buen humor. Sabía a maravilla las historietas milagrosas de los santos extranjeros y administraba su casa con tino y maestría que envidiaba más de un ecónomo de convento; es decir se comía bien y por poco.... Cuando se trataba de alguna noticia sensacional corría más que volaba para ser la primera en saborearla y comentarla entre sonrisas y exageraciones. Una mañana de julio, por ejemplo, de esas que enfrían el clima de Sucre, pero con un sol que se derrama por los suelos, se dió el caso de un milagro que conmovió a la sociedad íntegra. El milagro era verídico al parecer y se había producido en la casa de la respetable matrona doña Crisálida de Cisneros de Velas. Esta señora ya entraba en otoños, que nunca tuvo un hijo, no obstante de estar casada con un robusto y virtuoso varón hacía ya el lapso de veintitantos años, se animó por fin a dar a luz una criatura, nada más que con haber implorado al santo de su devoción, que en este episodio jugaba un papel principal.

El comentario en las calles de la ciudad era picaresco y piadoso al mismo tiempo. Doña Hipólita con la voz que le temblaba se atrevió a decir:

—¿No te lo decía, Crisálida? ¡Oh San José, es maravilloso!

—Hay que creer o reventar — respondió la aludida.

—¿Has sufrido mucho?

—Casi nada, ¡me parece un sueño!

—Y tu esposo debe estar contentísimo; me lo figuro....

—No sabe qué hacer; tanto él como yo, creemos en el milagro.

—¡Y de los grandes eh! —acentuó doña Hipólita— añadiendo: porque tú, sabes, ¿que ya no estabas en estado de concebir?... ¡Pero cuando interviene el cielo!....

Después de una charla en la que fueron traídos a colación una serie de hechos fantásticos, doña Hipólita se despidió de la enferma con ternura exagerada y voló a la calle. En la acera de enfrente, algunas mujeres viejas y cubiertas de mantones negros y raídos, no cabían de sorpresa. Una de ellas, lla-

nada Genovita, de cuerpo enjuto y manos como aspas, después de santiguarse repetidas veces, exclamó:

—El diablo tiene que ver, porque doña Crisálida, según todos los síntomas es "machorra" y ya no podía cuajar....

—No sea usted mal pensada misea Genovita — interrumpió otra de las comadres con fingida bondad.

—¡Pero cuando quiere el cielo! — agregó, doña Ursula.

En ese instante se acercó al grupo una vieja que bizqueaba y tenía en la mano un rosario del que iban sujetas unas llaves. La informaron del milagro y ella sin conmovirse relató de muchos que habían sucedido debidos al mismo santo, que era algo así como especialista o protector de partos furtivos y amores tardíos, con la venia de las mujeres. Luego añadió en tono burlón:

—Estos casos son raros; algo va a pasar en la ciudad; debe estar próximo un cataclismo. ¡Hay que fijarse si el chico ha nacido con dientes!....

Las beatas se santiguaron y levantaron las manos. Mيسة Tránsito, sin inmutarse, intervino nuevamente:

—Todo lo puede el cielo; y cuando se descuida el angel se mezcla el diablo que, como se sabe, no es corto de alcances....

Antes este razonamiento de Aristóteles o de Maimónides, la burlona no pudo contenerse de reír. Doña Genovita que era astuta como una rata, agregó otra observación contundente:

—¡No hay como San José para mezclarse en asuntos de familia!

—Por eso será que tiene su vara "florecida" — concluyó misea Tránsito.

Interrumpieron su charla para saludarla a la respetable señora Hipólita Trajines de Lanas del Céforo, que salía de la casa de la parturienta. Saludáronla con porfiado servilismo, poniendo a sus pies los gestos de sus ojos, al mismo tiempo que hacían balance instantáneo de su tocado, de sus joyas y de su belleza, exclamando casi a coro:

¡Que tenga ilustre señora, los buenos días de Dios!

La dama apenas les hizo una venia insignificante.



Doña Hipólita Trajines de Lanas, dama aristocrática y de rancia prosapia azul.....

Cuando hubo desaparecido la señora de Lanás, misea Tránsito, murmuró entre dientes:

—¡Qué tal! ¡El trasero de estas ricas no envejece!...

En la plaza, las hijas de doña Hipólita, tomaban el sol en compañía de jóvenes apuestos, vestidos con los trajes más raros, exageradamente. Comentaban los próximos bailes y los amoríos domingueros. Doña Hipólita, explicó con exaltación el milagro, insinuando ligeras sonrisas de los jóvenes, pero nadie se atrevió a contradecirla. En seguida voló a su casa, pues quería llevar la noticia a don Manuel que, seguramente, la llevaría a su vez al Club, donde causaría alegría y júbilo. En esos días se comentaba con entusiasmo en el centro social el próximo arribo de la "Princesa de la Glorietta", dama ilustre, emparentada a los Céfiro, la cual vivía en París desde largos años atrás, derrochando sus cuantiosas rentas y aumentando su cultura...

CAPITULO VI

SERVIDUMBRE DE CABALLEROS ILUSTRES Y SUS DIVERSIONES

El día domingo, las sirvientas de "casagrande", después de haber maltratado sus riñones y aflojado sus músculos, durante la semana, salen a dar su paseo hacia el atardecer o cuando el véspero empieza a dibujarse en las aceras, en busca de diversiones populares. Crescencia y Anastasia, criadas del ilustre señor Lanás del Céfiro, no podían desdeñar esta costumbre local que, como muchas otras, constituye peculiar tradición de la ciudad de los cuatro nombres. Por otra parte, las criadas de la capital, son reflejo exacto de sus amos.

Ataviadas con sus mejores polleras de terciopelo, de colores verde y moaré, calzando botinas de cabretilla hasta media pantorrilla, y cubriendo sus robustos talles con mantillas

de seda a la usanza española, se las vió pasar por una de esas callejas coloniales tan típicas y sugestivas del viejo pueblo que evoca el Alto-Perú. Su higiene se había reducido a muy poco. Previamente se lavaron las manos y la cara en una palangana desportillada, que por las noches servía de bacín. Pero su lujo consistía en el tocado externo; buenos chales de colores llamativos, caravanas de plata que pendían de las orejas como racimos, y sobre todo, sus botinas que dejaban ver piernas torneadas y mórbidas al andar. Cuando se movían de un lado para otro, garbosas, según la costumbre, daban ritmo a sus caderas voluptuosas, y las enaguas almidonadas y tiesas sonaban con ruido de hojarasca. Estas enaguas tenían en Sucre el nombre pintoresco de "centros", y sobresalían a las polleras en algunos centímetros con ligeros contornos de encaje. Así, según la expresión de Natalio Uruchurto, les estaba permitido orinar en media calle, asentadas como aves de corral y luego sacudirse despreocupadamente como si hubieran puesto un huevo. Pero lo más interesante sucedía en las comuniones íntimas: se levantaban las polleras y con ellas se cubrían la cara, sin dejar de gemir y protestar, porque dice "que se morían de vergüenza"... Es casi seguro que Natalio Uruchurto, pillastre bien conocido y amante de correrías nocturnas, inventaba y daba rienda suelta a su imaginación ardiente. Lo cierto es que el traje tenía un objeto: dividir a las clases sociales estrictamente sin lugar a reclamo. Y si no había que leer los escritos de Tolomeo Panal, hombre de ingenio, reposado y aplicado a las investigaciones sociológicas a su costa:

—El traje sirve de barómetro —decía— para percatarse del estado larvario de estas gentes. Unos nacen a la europea y se creen decentes, aunque el hocico y el alma los tengan negros, y otros nacen al azar, o más propiamente en día de fiesta o de motín, y éstos son los cholos, mestizos e hijos de tal por cual, de acuerdo a las costumbres...

Tolomeo Panal, hombre de riñones bien puestos hasta el último segundo de su vida, conservó su humor, pues ni se confesó ni reclamó los santos óleos, importándole un ardite el

cielo azul y el mismísimo demonio. Hombre veraz y de convicciones formales, al dictar su testamento puso cláusula expresa, exonerando a su mujer de los beneficios de la herencia — porque la sorprendió en infraganti adulterio, y porque no era partidario de la prostitución clandestina... Exigía también, que no le rezaran ni le velaran cuando falleciera, indicando que en estos actos las "gentes se burlan de los muertos y sirven más bien para el comentario procaz e interesado". Pero sigamos a Crescencia y Anastasia, cholas de Sucre.

Al caminar por las callejas de la ciudad, los pillastres de las esquinas, no se ataban la lengua para endilgarles sus requiebros y galanteos al estilo lugareño:

—¿Dónde vas palomita? ¿Te espera acaso tu ruiñeñor? Mirame siquiera un poquito que me desmayo de amor...

Otros que no poseían imaginación y tenían el sexo en flor, no se contentaban de decir, tosiendo y engolando la voz:

—¡Qué buenas piernas! ¡Qué trasero! ¡Quién será pues, el feliz!

Y alguien respondía, volviendo a toser:

—¡Quién será, quién será!...

En la puerta de una casa vieja, de techo bajo, del barrio de San Roque, se oía el gangosear de un armonio y jaleo de manos. Crescencia y Anastasia se detuvieron. En el zaguán se veían poyos tradicionales de adobe; en las paredes inscripciones como éstas: ¡Viva el 25 de Mayo de 1809! En el centro del patio un hermoso ceibo daba sombra a la casa y le transmitía su aspecto amoroso y alegre. Revoloteaban en las ramas bandadas de "kquellunchos" y "chingueros". El portón de la casa estaba tachonado de clavos góticos de la colonia. Al frente del portón, espaciosa sala de recepción, adornada de banderines y faroles de color, anunciaba la fiesta. En las paredes se distinguían oleografías de mariscales bolivianos de la independencia, de rostros polveados, con chaquetas llenas de palmas, y sus muslos bien apretados en pantalones blancos. La fiesta estaba en su punto y las dos criadas fueron recibidas con efusivos abrazos y exclamaciones de gozo. Lo más sorprenden-

te era el espectáculo social. En medio de artesanos "librepensadores" y políticos de toda laya, alternaba juventud de alta sociedad que por la mañana daba lustre a la plaza y por la noche se divertía con cholos, abrazando tal vez a sus propias criadas en un ambiente promiscuo y libre.

Natalio Uruchurto que era uno de los invitados, siempre al día, no se cansaba de expresar:

—Aquí se goza y no hay tu piel ni la mía; somos iguales, menos en el pago.

—Aquí se bebe y no se sabe cuánto se bebe, pero se bebe gratis — respondía su fidelísimo amigo, Montes Oropeza.

Uno de los más entusiastas de la fiesta y de los que abrazaba a todo el mundo, era Manolito del Tejar, que desde su retorno de Chile, se sentía más santiaguino que nadie, imitando los gestos que había aprendido en los lugares de diversión de la costa. Sus amigos festejaban sus dichos y le adulaban por que corría con el gasto y sacaba billetes de a veinte y de a cincuenta, para pagar la más insignificante caja de fósforos. Manolito tenía muchísimo talento imitativo y a las cholitas bolivianas les adjudicaba cariñosamente la palabra "m'hijita".

—Ay don Manolito, tan "alaja", pues — respondió una de las cholos aludidas, llamada Jacinta, y que entre otras cosas, gozaba del privilegio de atraer a su guarida a las criadas de "casagrande".

Y sin pestañear un minuto, — añadió muy zalamera:

—Sírvese, pues; nos bailaremos, pues; música maestro en honor de don Manolito.

Manolito galanteó a la dueña de casa con este requiebro:

—Doña Jacinta, háganos el favor de traernos más chicha y para la juventud unas dos docenas de cerveza.

Luego se aproximó a ella, y en medio de cuchicheos, empezó el interrogatorio:

—¿Y esas cholitas?....

—Son de "casagrande". ¿Le gustan don Manolito?

—Así, así....

—Le voy a decir, don Manolito, la una es "doncellona"....

Se lo juro por mi madre. (Hizo signos cabalísticos con las manos). La otra es "corrida"... Ven Crescentita, te voy a presentar a don Manolito. Una maravilla de caballero, noble, generoso, alegre, buen mozo.... ¿Qué más se puede decir? Además —lo digo con orgullo—, legítimo chuquisaqueño! (levantó sus manos en el aire y las palmeó sonoramente). Solamente cuando se emborracha, líbreme la virgen santísima...

—No seas adulona, Jacinta.

—Sin pecado concebida. ¿Acaso, una, no tiene derecho a dar sus opiniones sinceras y propias?

Iba a continuar Jacinta, azucarando la lengua cada vez que se refería a don Manolito, pero fué interrumpida por la voz hombruna del armonista que comenzó a cantar, al mismo tiempo que hacía sonar su instrumento:

"Para qué sirven, para qué sirven...
ojos que se enamoran de lo imposible".

Cuando acabó la copla tenía la garganta seca y le dieron un gran vaso de chicha que saboreó con fruición. Cobró fuerzas como un atleta y continuó el canto, elevando la voz casi hasta reventar. Luego le pidieron que ejecutase un "huayñito", también unos carnavalitos cruceños en homenaje a dos párvulas de Santa Cruz que participaban del holgorio y del mayor Mango que se deshacía en brindis para sellar la amistad de los collas con los orientales. El capitán Sánchez, cochabambino de nacimiento y con el vaso que le temblaba en la mano, se atrevió a decir:

—¡Vivan las mujeres de Santa Cruz!

—¡Qué vivan! — respondieron todos.

De esta manera quedó sellada la amistad colla-oriental. Para que nadie quedara descontenta, Natalio Uruchurto, poniéndose de pie, gritó con toda su voz:

—¡Vivan las mujeres hermosas!

Ahora el armonista tocaba uno de esos bailecitos a la moda de Chuquisaca, que no sólo llegaba al corazón de los alegres, sino que producía nostalgia de chichería, de farra corrida en medio de cholas excitadas y bulliciosas que a cada

instante le decían ya sin respeto a la jerarquía: "sírvese pues don Na".

—¿Cómo se llama usted? Bueno, pues; "sírvese don Este". Cuatro esquinas tiene mi casa. ¡Viva el partido republicano!

Pepito Sandía, joven de la aristocracia del lugar, con el vaso de chicha en la mano temblequeante estaba entretenido en una discusión ornitológica, singular y castiza:

—Porque es de suponer —decía— que los Sandía son de origen volátil, quiero decir godo, y negarlo, sería como negar el azul del cielo. Los Sandía, son tal vez, más poderosos que los cóndores en el aire. Vinieron a América en aquellos tiempos y no han producido otra cosa que hombres de espada, oidores y....

—Lechuzas — añadió Uruchurto, por lo bajo.

Pepito no quiso oír la alusión, continuando:

—Gentes de vasto penacho azul....

—¿Así que los Sandía descienden de la fruta de tal nombre o de marqueses auténticos? — preguntó con sorna Uruchurto.

—Dejémonos de bromas —replicó Pepito— nuestra historia patria atestigua que los Sandía vinieron a América a conquistar, a matar y a civilizar, y aquí nos tienen ustedes aún en la dura faena....

—Lo felicito —concluyó Uruchurto—. Lo que es yo, como advertirán, desciendo de arzobispo y de doncella aristocrática. ¿Y usted Manolito?

—Saben, saben, —replicó el aludido, medio dudando— no sé, si mis antepasados fueron virreyes o simplemente héroes colgados en la horca por la causa de la independencia, esto se entiende y hay documentos.... En casa tenemos retratos, cuyas inscripciones en latín, han llamado la atención de los historiadores.

En otro rincón de la sala se discutía sobre política lugareña. Uruchurto se atrevió a decir:

—No hay duda que el partido republicano subirá al po-

der muy en breve. Un relacionado mío que vive en La Paz me ha escrito dándome detalles....

—Ya sé de lo que se trata —interrumpió Pepito Sandía— el doctor Escalier y la "Princesa de la Glorieta" ¡desean salvar al país!

—Exactamente, ¿está usted enterado?

—Enteradísimo. De esta manera, concluirá el montismo, y Sucre, nuestra capital, podrá recuperar sus privilegios, ¿o qué le parece, maestro Marañón?

Marañón era un maestro zapatero, republicano, de los que se hacían moler las costillas por su partido.

—Muy bien, mi doctor —replicó—, en tal caso yo pediré una portería y de refilón arreglaré cuentas con Modesto Gallo. ¿Le parece bien?

—Estás en tu derecho.

Se refería a uno de los liberales más fanáticos y energúmenos de Sucre.

Viendo que en la sala había buen número de artesanos republicanos, Pepito Sandía levantó en alto su copa de cerveza y exclamó:

—Ciudadanos, acompañadme a brindar y a dar un viva por el gran partido republicano.

—Sí, ¡qué viva! —repitió la concurrencia—, excepto un liberal que con la mayor osadía se puso en contra.

—¡Qué muera ese levudo!...

—¿Qué ha dicho usted, so pendejo? ¿Qué ha dicho usted?

Inmediatamente varias manos cogieron al infeliz artesano y lo tendieron por el suelo a puñadas. El liberal se defendió furiosamente, dando patadas, mordiendo y gritando como un desaforado, al mismo tiempo que amenazaba con la policía. A cada puñetazo lanzaba groseras injurias como éstas:

—¡Abajo ese huevón! ¡Abajo ese Escalier! ¡Viva Montes!

Cuando se levantó del suelo, lleno de tierra, con la cara ensangrentada y el cuerpo magullado, Jacinta la dueña de casa, ayudada de todas las cholos y varones semi-ebrios, aprovecharon la ocasión para darle al borracho liberal, puntapiés

suplementarios, le arrojaron a la calle, repitiendo que se fuese y que lo iban a matar si no lo hacía. El hombre adolorido por los golpes no insistió más y desapareció de la sala, en tanto el maestro armonista improvisaba nuevas coplas relativas a la situación política. Muy oportuno, exclamó:

¡Una copa por el doctor Escalier!

—Tomemos, pues, sirvânse, pues...

La calma volvió a la sala pero el incidente sirvió de argumento risueño y comentario toda la noche. Doña Jacinta se jactaba de haberle sacudido un botellazo, y Sandía arguía que al primer golpe que le dió, lo tendió por tierra. Manolito del Tejar, explicó a su vez, que fué él quien le puso una zancadilla al intruso liberal en el instante que vivaba al general Montes.

Natalio Uruchurto cuya fama de pillastre y catador de cholas nadie le disputaba, interrumpió en alta voz:

—Basta de política muchachos: a beber, a bailar y cada oveja con su pareja. A ver doña Jacinta, sírvales a estos mozos. El refrán dice y lo prueba la práctica: "su chicha y su cholo".

Se aproximó al solá donde estaban sentadas Crescencia y Anastasia, y tomándolas de las manos las sacó a bailar casi a viva fuerza.

—Ay, este don Natalio, tan abusivo pues, no sé bailar...

—¿Y cómo sabes otras cosas?

—Ay, no me diga eso; ¿qué había sabido, pues?

Rieron y se colocaron frente a frente. Crescencia no dejaba de responder a las bromas de Uruchurto, satisfecha de que el galán la atendiera.

—Ay, tan corrompido, este don Natalio, eso se lo podrá usted decir a su chola...

En ese instante, Gómez, maestro armonista, tocaba una cueca de Roncal y cinco parejas con los pañuelos en el aire se diponían a bailar. Cruzábanse miradas sensuales y ardientes. Los hombres devoraban a las cholas con sus miradas. Las excitaban con pellizcos y requiebros picantes. Ellas, con los senos erectos, el talle flexible y la vista desafiante, pare-

cían hembras enceladas que anticipaban acontecimientos importantes: la conquista violenta del macho después de una preparación dionisiaca. Cuando despuntaba el baile y la gente parecía enloquecida, ingreso a la jarana una pareja de personajes que rara vez faltaba a bautizo o matrimonio, dándoles realce con su presencia. Uno de ellos habló en alta voz:

—¡Salud a las buenas mozas y a los jóvenes ilustres!

—Salud, le respondieron — alcanzándole un gran vaso de chicha.

Se trataba del "huallpa-pecho", acompañado del "mesa-tuco", que anoticiados de la fiesta, después de haber bebido en otros sitios, querían rematar el día noblemente. El "huallpa-pecho" se colocó de inmediato en su puesto. Su papel de "bastonero" en cualquier reunión, por insignificante que fuera le daba prestancia. Abrió sus dos manos enormes y se puso a jalear con toda la fuerza de que disponía, en tanto que lanzaba exclamaciones pintorescas y juramentos de lo más inesperados. Era el "huallpa-pecho" un joven risueño, de color anaranjado, con los dientes salientes y el aspecto de un caballo de circo, pues sus movimientos amaestrados conmovían así como su bondad. Tenía el pecho abultado de gallina, de ahí el apodo y su éxito; siempre feliz y con poco, ficha imprescindible en las jaranas y único en su género para animar cualquier espectáculo. Sus virtudes eran muchas y su defecto la bulimia. Engullía por cuatro y su actividad gastronómica producía envidia. Alma simple y buena, divertía a las cholas, y para él no habían feas, ni viejas ni enfermas. A todas cortejaba y alegraba con sus cumplidos, aflorando su pecho y su cabeza de un chaleco blanco. Nadie podía disputarle su papel de bastonero, y fiesta en la que faltaba se resentía de triste y desabrida. Pero a la hora de la mesa, luciendo su cara rojiza y sus dientes, vestido de chaquet y chaleco albo, en compañía del "mesa-tuco", daban cuenta de las viandas, de los dulces, de los almendrados, de las mistelas y de los manjares, hasta terminarlos, riendo y lagrimeando, pues su satisfacción era vaciar el mantel ante la admiración general que

rendía homenaje a su apetito. Luego de esta operación, para la que se requerían sólidas mandíbulas, los personajes volvían al baile, todavía con el regueldo de las comidas y el vaso del licor temblequeante en sus manos, animando a la concurrencia, dándole aliento y jaleando a romper manos. La especialidad del "huallpa-pecho" era la cueca, y al final tenía costumbre de doblar la rodilla en tierra, generalmente delante de la dueña de casa como homenaje de cordialidad. En cambio el "mesatucu", posaba sus manos regordetas en las teclas del piano y arrancaba al instrumento uno de esos bailecitos antiguos de Chuquisaca, dolientes y tristes que pedían al corazón más trabajo y lágrimas.

—¡Música maestro, alegría, mucha chicha, señores a bailar! — ordenó el "huallpa-pecho" con su voz de trueno, como si fuese el amo de la casa.

Dió las manos a todos y empezó a olfatear. Al instante hizo migas con Manolito del Tejar, elogiándole su inteligencia y generosidad.

—¡Bravo mozo! ¿Así que te divertiste en la costa, eh?

—No te puedes imaginar la cantidad de hembras....

—¡Ja, ja, este Manolito; yo siempre pensé que tú eras una esperanza para nosotros. ¡Bueno, chico, salud!...

—¡Salud!

La dueña de la casa iba y venía de un lado para otro, llevando bandejas con vasos de chicha de todas dimensiones, ayudada en su labor por cholas viejas que en los intervalos del baile bebían por cuatro y hasta por diez. A la media hora de la fiesta no sólo había dos viejas sino todas las del barrio, sus parientes y los buenos vecinos, dispuestos a trasegar a sus gargueros el contenido de los cántaros, a cantar y a bailar hasta el amanecer. De instante a instante, doña Jacinta, llamaba a Manolito del Tejar y le hablaba al oído, diciéndole que la chicha se había acabado. Manolito sacaba nuevos billetes de a diez y de veinte, y teniéndola a doña Jacinta a mano insistía sobre la doncellez de las criadas de "casagrande".

—Como le he dicho, don Manolito: doncellitas son.... ¿No les ve usted su carita?

Solamente por usted han venido; sírvase, pues, ni toma siquiera....

—Salud.

—Salud.

—Hasta concluir don Manolito.

—Cómo en Chile, don Manolito.

—Cómo en Chile. A ver Crescencita, "venga m'hijita". No tenga miedo....

—Crescencita, "acercate" pues a este caballero, tan bueno, tan generoso.... tan.... continuó la sarta de elogios.

Dejó la vieja la compañía de Manolito después de que hizo desaparecer los billetes de a diez en una bolsa de lana que tenía pendiente de la cintura y se fué a un rincón a medias ebria, pero sin perder el sentido. Al paso habló con su sobrinita Balbina, y juntas destaparon otro gran cántaro de chicha madura. Luego de probarla con una taza de barro y de dar cada cual su opinión de catadoras, salieron a la calle, levantándose las polleras, orinando copiosamente hasta dar nacimiento a un arroyuelo, al mismo tiempo que la tía ilustraba a la sobrina en el arte de la jarana y del negocio:

—Cuidadito que te saquen al patio; no te dejes tocar con esos caballeros.... "Hazles creer no más". ¡Tienen plata!....

En la sala, se oía al armonista que atronaba con su voz carrasposa:

"Sois linda, sois bella, hermosa mujer....

Hasta el lucero del alba tiene celos al amanecer"....

Balbina, la sobrina de doña Jacinta, llevaba el apellido de Morales y era una morochita de quince a diez y seis abriles que no ignoraba su papel ni le hacían falta los consejos de su tía. Pero de todas maneras, mientras doña Jacinta vendía chicha y a veces caía fulminada por los "cortos", su hermana Tecla, antigua chola alegre, mañosa y de larguísima experiencia, cuidaba a Balbina hasta los suspiros para cotizarlos mejor. Siempre le decía a su hermana:

—Con un rico ha de ser; con uno que le ponga casa, mesa y a nosotras también...

—¡Con uno de esos hacendados!... ¡A esta "guaguita" todo le tienen que dar!... ¡Todo!...

Doña Jacinta, añadía de su parte.

Balbinita, oíme; no te has de dejar agarrar con esos jovencitos... Disparate. Opera... Hazles creer no más, y después te ríes...

A Pepito Sandía le gustaba Balbina, porque, como expresaba en buen romance, tenía la moza, el cuerpo de la chola chuquisaqueña, alta, flexible, espigada. Nada de esas carnaciones de las cochabambinas o los molletes asalmonados de las potosinas. Pero la cuestión era conquistarla, resistir el empuje jaranero y aparecer fresco a las cinco de la mañana. No obstante, sucedía lo contrario: Pepito Sandía, cuya cabeza se prestaba eternamente a diarias discusiones, poseía cerebro de pajarito. Se emborrachaba con tres copas y dejaba la conquista para el día siguiente. Había que acostarlo en un sofá, darle café sin azúcar y, por último, llevarlo a su casa en brazos de los amigos. En cambio Natalio Uruchurto, viejo chuquisaqueño, conocedor de todos los barrios de la ciudad, amigo del "diablito Gumiel", se burlaba de las supuestas conquistas que hacían los jovencitos, repitiendo burlescamente:

—Tiros al aire; éstas no aflojarán sino cuando alguien les ponga en la palma de la mano, onzas de oro, y vean con sus propios ojos el metal... Nosotros, "diablito", a lo seguro...

Y lo seguro, para Uruchurto, eran las criadas de "casa-grande", aunque Jacinta proclamase la doncellez de las "sodichas"...

El "diablito", veterano de la chupa, aunque no tenía suerte con las mujeres, conocía en cambio, el lado sensible, según su expresión corriente. Natalio sabía chupar y gastar su dinero muy bien, sin dejarse explotar, porque la experiencia le había enseñado que, además del gasto, era preciso enamorar a las cholas, despertando sus sentimientos afectivos, sin dejar de ponerles en las manos pequeños obsequios, joyitas falsas,

que halagasen su vanidad femenina.

—Estas criadas —explicaba Gumiel— imitan en todo a sus patronas. Si se las enamora como a verdaderas señoritas, aflojan, y hasta se vuelven pechadoras. Y a nosotros, querido Uruchurto, que no somos ricos, eso nos sabe a miel. ¡Vengan pues, los pechazos!...

—¡Yo no me jacto de conquistar a doncellas! — agregó Uruchurto— no soy un conquistador; nunca lo he sido. Soy más bien un profesional de la chicha; jamás un desdoncellador al estilo de Sandía...

—Muy bien, muy bien, eso es hablar claro a la manera de los grandes filósofos. ¿Así que tu especialidad son las criadas, no? Pero tengo una duda, no sé el tiempo oportuno para esta clase de aventuras — respondió, "diablito".

—El mejor tiempo, el mejor tiempo... ¿me preguntas tú, que te vanaglorias de ser un perito? Pues en las fiestas de carnaval o pasadita la cuaresma... ¿Estamos? Hubo ligeras discrepancias. Trataban el asunto con humorismo y seriedad, y hasta citaban autores como Mantegazza...

—Para mí, te diré "diablito", el mejor tiempo depende de la oportunidad, pero después de la confesión las mujeres quedan livianas y alegres... también en los baños, a la orilla de los ríos...

"Diablito" acató el parecer de su amigo, haciendo sus salvedades, pero concluyó brindando por la satisfacción y la alegría de verse reunidos.

Esta discusión sexual se producía en la sala, entre trago y trago, halagados por Manolito, que se enojaba si alguien quería pagar el consumo. Manolito, a quién se rebautizó con el apodo del "costeño", no perdía de vista a las criadas de "casa-grande" y le pedía consejos a Uruchurto. Uruchurto se los daba largos, frunciendo el seño, pues estaba interesado en el mismo asunto.

Después de sabrosas discusiones sobre el yantar, el vino y la mujer, Uruchurto ya un poco fatigado del trasegar monótono, le dijo al "diablito" en son de ataque:

—¿Crees, por ventura, que nos vamos a quedar con los brazos cruzados toda la noche? Al grano, al grano — y señaló a Crescencia y Anastasia.

En efecto, desde que llegaron a la sala, Uruchurto y el "diablito" no las perdieron de vista. Las sacaban a bailar, las invitaban y las hablaban con ese lenguaje banal y sencillo del pueblo, pintoresco y sin complicaciones, a la manera de Sucre. Unos instantes después, "diablito" se apoderó de una y Natalio de otra. No las dejaban un segundo y cuando algún artesano hacía su aparición delante de las mozas, Uruchurto le soltaba un párrafo político, mezclando grandes asuntos, y finalmente le conducía a la cantina a brindar por sus caudillos... ¡El artesano quedaba hipnotizado y contento!...

Del trabajito de manos pasaron rápidamente a otros más arriesgados y secretos. Las mozas protestaban tímidamente en medio de risas y aspavientos, pero los expertos concluían por convencerlas de que las amaban.

—No sea usted, pues así, don Natalio. Este don Natalio, pues... — hablaba Crescencia.

Y la otra repetía:

—Este "diablito" tan atrevido. Del infierno debe ser, pues; me hace cosquillas y me parece que huele a azufre...

Manolito del Tejar recostado en un sofá, apenas arrancaba de sus labios algunas sílabas. Sus ojos brillaban y sus manos querían acariciar todas las mejillas a su alcance. Tenía propensión al besuqueo y las mujeres le huían. Difícilmente podía tenerse de pie, murmurando gangosamente:

—"M'hijita".... Una cueca maestro.... ¡Viva Chile!

Doña Jacinta con una resistencia de columna de Hércules pedía que lo acostasen a Manolito o bien que se lo llevaran a su casa: estaba borracho y además ya no tenía dinero. Pepito Sandía perseguía a Balbina con terrible insistencia y le susurraba al oído palabras extrañas y confusas. Cuando la moza salía a la calle o al patio por razones de servicio, él también salía y quería besarla, la abrazaba o la tanteaba los senos. Balbina repetía veinte veces lo mismo:

—No juegue don Pepito; ¿qué se ha figurado, pues?, mi tía me está mirando....

Las libaciones no cesaron toda la noche. Era la comprobación exacta de quién ingería más chicha y despachaba mayor número de "cortos". Unos se tenían de pie, difícilmente; otros yacían recostados en los sofás, mascullando entre dientes, baboseando y en pleno delirio etílico. En muchas ocasiones, borrachos atrevidos, quisieron formar tumulto y aun dieron de trompadas a los otros borrachos, pero se les expulsó a mojicones o se los calmó entregándoles vasos cargados de licor nacional. Los más afortunados tenían en sus brazos el cuerpo de alguna chola semidormida a la cual susurraban palabras dulces, que ella correspondía con gestos. Ahora circulaban con profusión los "cortos" y cada borracho hacía extrañas filosofías. Casi todos se sentían tristes y cavilosos. Dos guitarras introducían en el alma sus notas melancólicas, reviviendo lo que se había ido.... Se discutía con pasión extraordinaria y nadie entendía el tema, brindando por costumbre al concluir. La hora de las mistelas en vasitos de diferentes colores estaba en su apogeo. Los que no se habían embriagado antes, caían fulminados por los elixiris de fabricación casera. Unos rebatían a los otros y las cholas suspiraban criticando la sabiduría de los mozos. Doña Jacinta había desaparecido de la sala dejando el negocio a su hermana Tecla.

El ambiente era etílico y nauseabundo. Se oía momento a momento, sin interrupción:

—Te quiero hermano.

—Salud, hermano.

—Salud.

—A concluir.

—Por tí, hermano.

Todos eran hermanos, todos se querían, se abrazaban y baboseaban confidencialmente. Estaban borrachos.

Ya al finalizar la fiesta, Uruchurto, con mucho trabajo, sacó un billete de a cinco, y pidió a doña Tecla un cántaro más de chicha, haciendo una algazara formidable como si hu-

biese corrido con el gasto de toda la noche. Luego se puso de pie, demostrando que no estaba ebrio.

—¡Alegría, mozos y mozas! —gritó— añadiendo: Natalio Uruchurto, viejo chuquisaqueño, brinda por su ciudad natal y sus mujeres. ¡Vivan las cholas de Sucre!

—¡Qué vivan, qué vivan! — respondieron voces agudas.

En ese preciso momento Natalio susurró al oído de "Diablita":

—Ahora es la nuestra, hermano; no te descuides de tu chola.

La borrachera era general y nadie se daba cuenta de lo que pasaba a una cuarta de sus narices. La gente cantaba, reía, daba gritos, insultaba. Se oyó un diálogo bastante agrio:

—A mi naides me ha de tocar; no soy puta.

—¿Pero, quién te está tocando?...

—Usted, so cochino — replicó Balbina furiosa.

Sonó una bofetada en la cara de Pepito Sandía que le tendió en tierra, pues su borrachera era tremenda y espectacular. Doña Tecla armada de una botella apareció en defensa de su sobrina, volviendo a enturbiar el ambiente. Luego de una discusión general, por fin vino la calma y un nuevo turno de copas. Doña Tecla encerró a su sobrina en un cuarto con dos candados, dejando ver en sus manos esas llaves que sólo usan los canónigos para guardar prendas de iglesia y joyas de preciado valor.

El barullo era general. Crecencia y Anastasia desaparecieron por una puerta trasera que daba al patio, seguidas de Uruchurto y "diablito" Gumiel. Se perdieron en unos baldíos donde la yerba crecía y los cochinos hablaban su lenguaje, cebados especialmente para las fiestas patrias y las de San Roque. La luna cabrilleaba y unas sombras se dibujaban en las paredes pintadas a la cal. Un gallo cantor despertando de su aligero sueño quiso alarmar a las gallinas pero se contentó con tenorear suavemente, cerrando sus párpados azorados... ¡Era el gallo en su gallinero! Debajo de una matas, dos parejas yacían en el suelo, enseñando a la luz de la luna sus carnes

mestizas y ardientes en medio de una profusión de polleras de colores y centros blancos.

Cuando abandonaron la casa, las callejas sin un alma que transitase por ellas, tenían el sabor de cuentos antiguos, silenciosas y románticas, tristes y con olor a flores. Algo fantástico aparecía en el cielo lejanamente, como un incendio. Amanecía.

A la distancia se oía el gangosear del armonio y las últimas coplas que insistían:

¡Para qué sirven, para qué sirven...

ojos que se enamoran de lo imposible!...

—Me querís o no me querís... Ahora "te me vas" a olvidar de mí.

—Cómo crees hija, ni que fuera un ingrato, uno de esos tipos de sociedad... Yo te quiero y te adoro —replicó el "diablito"—. Para demostrarte, te voy a obsequiar mi retrato.

—Más bien nos haremos sacar los dos— interrumpió Anastasia.

—¿Trabajas en lo de don Manuel?, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y estás contenta? ¿Te paga bien?

—Una miseria, solamente los niños; "hasta quieren propasarse"....

Uruchurto hacía juramentos a Crescencia y ofrecía sacarla de la casa y ponerle una tienda.

—Pero cuidado so engañador, cuidadito; "porque sino, me suicido, comiéndome una caja de fósforos".... ¡Te lo juro!....

Dieron las cinco de la mañana. El pongo de la casa de don Manuel Lanas del Céfiro, barría la calle y hubo que sobornarle, sellando sus labios con unas monedas. La mañana alegre y ruidosa comenzaba con el arpegio de los pájaros. Se sentía olor a tierra, a sexo y un perfume salía de muy hondo; del aire de la montaña. Y el vaho enardecedor flotaba en todas partes, comunicando euforia y animación a las almas. Era Sucre, en septiembre.

CAPITULO VII

EL HIJO NATURAL

Mario Tijerilla era hijo natural de don Ladislao Tijerilla, respetable caballero de Chuquisaca. No conoció a su padre sino mucho tiempo después, cuando le pintaba el bozo y eso por casualidad, educándose merced a los esfuerzos infinitos de su madre doña Andrea Mirasol, una buena señora de la clase media que, infringiendo las santas costumbres de la ciudad, cometió el desliz inevitable de la juventud como muchas otras. Su familia la alejó de su seno, proscribiéndola socialmente, y ella, para resarcirse del alejamiento, tuvo tres hijos más para diferentes padres, todos ilustres caballeros de prosapia, pero de una débil escrupulosidad en sus andanzas sexuales. Doña Andrea, corta de reales y pinchada por la pícara vanidad, decía a todo el mundo:

—¿No les ven la cara a mis hijitos? Son de buena familia... aunque sean naturales, pues no podían ser de otro modo. Y finalmente, qué más da. ¡Hijos del amor! En cambio, los hijos de mis primas, son todos legítimos, pero con un sí es no es de cretinos... ¡Dios les ayude!...

Doña Andrea Mirasol trabajaba desde el amanecer hasta el anochecer, sudando para subvenir las necesidades de los párvulos; hacía pan, vendía dulces, cosía y manejaba con habilidad un pequeño negocio de pulpería que a la vez servía de tienda, dormitorio y cocina. Siempre diligente se levantaba al clarear el alba, discutía con los indios, comprábales sus productos, inventaba mil expedientes y obtenía de ese modo centavos suplementarios.

Los hijos de doña Andrea crecieron en la estrechez del desván, sin otra academia que la calle, y no lo hicieron mal. Uno de ellos, Mario, logró cursar secundaria y luego ingresar a la Fa-

cultad de Derecho, al mismo tiempo que servía como pinche en la famosa tienda "El Cocodrilo", de propiedad indiscutida del viejo Nicanor Carrasco, hombre extremadamente avaro y moralista por añadidura. El empleo le daba a Mario un exiguo sueldo y la experiencia de conocer el temperamento de las gentes. Mario era callado y su cabeza, desde la niñez, estuvo subordinada a la disciplina y a las venias. Sólo alguna vez y muy en la intimidad, atrevióse a exclamar:

—¡Pero, qué viejo éste don Nicanor!; es el ejemplo típico del avaro con libreta. Otra vez oyó, que alguien, precisamente Osvaldo Pintado, criticaba a su amo y se alegró, notándose cierta complacencia. De regreso a su casa iba repitiendo las frases sarcásticas de Pintado:

—¡Qué buena pieza, don Nicanor, su amo! Se priva de todo, inclusive de mujer, ¡pero qué sólido carácter! No perdona a nadie un centavo aun a su amigo más íntimo. A todos trata con la frialdad del hombre de negocios como si fuesen números. Come una vez al día y su satisfacción más íntima consiste en vender artículos pasados de moda e inservibles. Cuando sucede esto, y el dinero brilla en sus manos, se atreve a bromear y a contar su historia vulgar y horripilante.

Mario quiso saber en qué consistía esa historia, y logró de los labios de Pintado un relato parecido:

—Sabe usted, cuando llegó a Sucre, Carrasco no poseía cien pesos, pero a fuerza de paciencia y soporlando mil privaciones reunió algunos centavos. Luego puso una casa de empeños, fundó más tarde "El Cocodrilo" y se volvió avaro. El viejo, repetía entre dientes, a los que querían oírle:

—Yo debí ser doctor o cosa parecida, pero advertí que mi vocación, más que en la jurisprudencia, estaba en la contabilidad... Uno, pide diez, le ofrecen seis, el precio de costo del artículo es tres, siempre gana más del cien por cien. Y esto haciendo un comercio honrado. El asunto es no equivocarse. Todo al contado, nada de sentimentalismos. Mujeres, hombres, amigos, son para el hombre de negocios simplemente

números.... Y cuando se le interrumpía, el viejo cavilaba y repetía inexorable:

—Amantes, queridas, vino, eso es lo único que hace quebrar. El comercio es para los célibes así como la religión. Bueno: dejémonos de reflexiones y al grano: ¿se vendieron las conservas descompuestas? ¿Sentó la partida en "caliente"?

Llamaba "cobrar en caliente", el arrancar virtualmente el dinero de las manos del cliente sin dar tiempo a la mora. El viejo sacaba a relucir un gran pañuelo rojo y se limpiaba las narices con estruendo como si ocurriese un temblor. Luego replicaba lo de costumbre:

—Bueno: hay que anunciar en secreto que nos han llegado "preservativos" de los Estados Unidos y pasta para los dientes, de la buena...

Tijerilla pensaba que su amo era un hombre excepcional, algo digno de imitarse para lograr éxito en la vida. Avaro, sucio, mentalmente igual a las ratas. Todo quería para sí; se privaba del placer, inclusive de lo que más necesitaba su cuerpo: de un baño. Y en cuanto a su alma decía que la tenía muy bien doblada en su cartera de cuero. Se burlaba del honor y nunca le dió el valimiento que le dan ciertos hombres. Y no obstante el viejo, estaba barbeando al millón de pesos fuertes, de los buenos, de aquellos que daba gusto poseerlos. El viejo tenía costumbre de tutear a todo el mundo y de salir a la caída del véspero, bien envuelto en su capa española con rebordes de terciopelo rojo, capa heredada posiblemente a algún obispo mujeriego y aficionado a los toros. No se le conocía a don Nicanor, mujer, ni se le vió en teatro ni espectáculo público en el que era obligatorio el boleto. Caminaba siempre solo, rumiando negocios y torciendo el rabillo del ojo cuando el azar le hacía sorprender un hecho escandaloso. Le encantaba, por ejemplo, ver fornicar a los perros. Entonces sus ojos achinados adquirían un singular goce, y se complacía en el detalle. Pero su mayor dicha consistía en predicar "carácter", "voluntad" y "corrección". En realidad era un pedagogo de la avaricia y todos los gastos de los hombres le parecían superfluos.

El vino —decía— conduce al vicio; las mujeres al libertinaje; los amigos al dispendio. Lo mejor para él era ahorrar, ahorrar siempre, para el progreso del país. Y cuando su empleado osaba contradecirle, sacaba a relucir las frases caseras y comunes:

—¡Oh si hubieran diez Carrascos en el país!....

Mario le oía sin protestar, procurando amoldarse a su genio, juzgando que el viejo Carrasco era la representación del poder. Con el tiempo, aunque le criticaba, se identificó con sus manías y proverbios. Mario estaba persuadido de la humillación del pobre, y sus pensamientos se traducían en la obsecuencia y en la práctica de la espina dorsal. Solía repetir con frecuencia:

Peligroso para un joven sin fortuna descubrir su rebeldía y contradecir.

Y más tarde, alguien, le dijo a "sotto-voce":

—Tú tienes que hacerte un porvenir, cueste lo que cueste; soporta inclusive el agua caliente en las espaldas....

Para complacerse a sí mismo y a su madre, abandonó a sus amigos, y trató de imitar al maestro.... Después de la taza de chocolate salía a dar vueltas por la plaza rumiando proyectos fantásticos:

"Cuándo yo sea rico, y cuándo tenga el poder, éstas gentes miserables me pagarán una por una"....

Pero mientras tanto el otro "yo", le insinuaba en silencio:

"Un joven pobre, que no atiende solícitamente a los ricos, por más cretinos que sean y sucios de alma, está perdido. Realiza fortuna.... Es preciso deslizarse, deslizarse tímidamente en un comienzo, simular humildad y pulcritud, dar ocasión para que los tontos hablen de la honradez, de la moralidad y corrección de uno. Y luego, con esa patente, introducirse a la sociedad, prenderse a todas las levitas, a todas las cofradías de los santos; adular a los hombres como a las mujeres y alabar sus virtudes.... y sus vicios"....

Después de dar vueltas por la plaza, se metía en cama

para levantarse al alba y rogar a Dios.... Luego hilaba su propia filosofía:

"Dios lo ve todo; el bien y el mal. Dios se complace de todo. Dios es la Vida, la Acción y la Fortuna. A Dios le importa un ardite que el mundo sea bueno o malo, con tal que le adoren los hombres, que le brinden su Poder y Fortaleza. Dios rechaza a los tímidos, a los tontos y a los pobres de espíritu. Se burla de los santos y los compadece. ¡No hay otro Dios! Este Dios está en el mundo"....

—Pero mi hijo, diviértete —exclamaba, doña Andrea Mirasol—. Este mi hijo, ni siquiera se divierte.

—La obligación, ante todo, mamá; soy esclavo y pobre... Y mi tarea es pensar, añadía jactancioso.

En efecto Mario, pensaba, en qué forma podía estafar a su maestro y a la sociedad íntegra. Sus planes eran largos, profundos, al detalle. En ellos trataba de anular cualquier escrúpulo, inclusive el que más le fastidiaba: su origen. Con el tiempo, fué convirtiéndose en un joven rata, que deseaba roer algo, sin vacilación. Don Nicanor Carrasco, le subió el exiguo salario y le confió la tarea de responder su correspondencia. Su fama de joven correcto empezó a cundir. Ya se atrevían a rotularle invitaciones a los entierros, y se le tenía en cuenta para cuando hubiesen empleos vacantes. Esta consideración social de que su hijo fué invitado al acompañamiento de difuntos ilustres, producía satisfacción a doña Andrea, al extremo de que, en una mesa de la tienda, exhibía los sobres enlutados y tétricos, para que los vecinos estuviesen enterados.

Mario llegó a ser como el brazo derecho de don Nicanor en la tienda "El Cocodrilo", de tal modo que el plural, cuando hablaba, era su término favorito. Mario tenía el placer infinito de manejar los billetes rojos, azules, verdes y contarlos una y otra vez como si fuesen suyos. Comprendió entonces las delicias de ser avaro. Así los billetes verdes de a cien, poseían para él la redondez de las curvas femeninas; los de a quinientos, el encanto de las bocas ardientes, la piel suave y los ojos tiernos y profundos. Se encerraba horas enteras y su imagina-

ción no se desprendía para considerar lo que puede el dinero. El viejo, don Nicanor, en los escondrijos de su alma, tal vez, sentíase mago persa, emperador de países infinitos y dueño de mundos invisibles. Objetivamente era otra cosa. Don Nicanor no pasaba de ser un hato de suciedad, mirada turbia y manos gelatinosas, sin caricias, que se endurecían al contar centavos. En los largos coloquios con su alma llegaba a esta deplorable conclusión:

"El dinero sirve para hacer danzar a la especie humana y convertirla por efecto de su brillo en andrajo y morralla. En resumen, para humillarla.

El otro "yo", rebatía:

"Si servía solo para eso, no servía para nada... Servía también para dinamitar el mundo y convertirlo en empresa: para allanar los caminos de la aventura y hacerla más aligera y risueña, para transformar el átomo en vida y destruirla. Pero esto no comprendía don Nicanor. El viejo comerciante soñaba con humillaciones, sufrimientos y venganzas a la usanza española. Su cerebro se reducía a entender la voluptuosidad del dinero al modo personal. Don Nicanor era un buen producto de su tiempo y de su stirpe. El ambiente de Sucre era eso: cortesías absurdas, egoismos ridículos de pequeña ciudad colgada de los Andes llena de soberbia y orgullo. En cada piedra estaba escrito un abolengo fallido y exacto; en cada excremento un título. Por consiguiente se adoraba al oro. Se le adoraba en mil formas y gratuitamente por el placer de hacerlo. En el Club, en la charla, en el templo, en la tumba. El oro proporcionaba comodidades aldeanas magníficas. Los ricos guardaban a sus mujeres y a sus joyas en cofres, para darse el placer del avaro, de tocarlas en la oscuridad sin consumirlas y ostentárselas en los días de procesión o de holgorio. Muchos ricos conservaban su fortuna en arcones viejos y polvorientos, desconfiando de las instituciones bancarias, excusándose a su manera, con el placer sórdido, orgiástico e infinito de contar las piezas áureas a la luz del candil, temblorosamente y con las manos apretadas, estrujando senos en las tinieblas.

—Placer sexual si se quiere —repetía Osvaldo Pintado— espasmo de vípedo ganado a la vida, reprimiéndose y mutilando el otro placer de gastar y de arrojarlo todo por la ventana...

CAPITULO VIII

IDEALES DE LA CLASE MEDIA

Doña Andrea Mirasol, sin otra experiencia en la vida, que los besos furtivos que recibió en su juventud y aun en la edad madura; sus pequeñas e incalificables astucias para el engaño de los indios que mercaban en su tienducha, sentíase henchida de felicidad al ver el progreso social que hacía su hijo Mario. No cabía duda, que en compañía de don Nicanor, trepaba a la cumbre. Las gentes decían de él:

—¡Pero qué corrección, qué puntualidad, qué fe religiosa!....

En un país donde nadie era cumplido ni puntual y asistía al negocio en cama, Mario en verdad, era extraordinario, algo más: un ejemplo.

Por eso Osvaldo Pintado se atrevió a calificar:

—Modelo corruptor y ejemplo de hijo natural. ¡No se le conoce imilla o chola y ya está barbeando para los veinticuatro!....

En cambio los hijos menores de doña Andrea que no habían tenido oportunidad de recibir la sagrada moral de "El Cocodrilo" jugaban a las cartas, tocaban guitarra, cantaban y refán sin privarse de andar por las noches a caza de gatas, pellizcando traseros en los zaguanes y dando serenatas a media voz a las mozas livianas. Mario no se movía de la tienda y su distracción favorita — aparte de la novelita que distribuían los padres jesuitas sobre vidas de santos — era la de confeccionar un album con sellos de correos, estudiar la nomenclatura aristocrática de la ciudad y meterse en la cabeza artículos del Có-

digo Civil. ¡Un bárbaro en materia memónica! Varias veces sus profesores no ocultaron el placer de verse repetidos y agrandados, añadiendo:

—Este muchacho irá lejos.... Sabe de memoria el Procedimiento....

Y don Ventura Estrella, célebre jurista de Chuquisaca, acostumbrado a las sentencias, había pronosticado:

—¡He aquí un futuro estadista!....

El único que dudaba del talento de Mario era el "diablito Gumiel", espíritu disolvente, que poseía la inveterada costumbre verbal de atacar a todo hombre que no le ofrecía "coc-teles". Según el "diablito", Mario perdía su tiempo estudiando leyes, cuando podía ser un buen fraile y engordar a costilla de la sociedad. Si estudiaba leyes, era un peligro en potencia, una calamidad nacional a quien se alentaba, para que más tarde fuese el vampiro de la indiada. Pero como la mayoría opinaba que Mario era una esperanza, asumió la obligación de sincronizar con el ambiente. Jamás contradecía la opinión de sus maestros y protectores, dando la razón a todo el mundo y haciendo silogismos complicados. Si el profesor daba lecciones de teología había que inclinarse ante el misterio; si don Ventura Estrella, célebre jurista, rebuznaba en clases, prudente era acompañarle con pequeños rebuznos; si el hijo de don Manuel Lanas del Céfiro, se embriagaba y llevaba su caballo a tomar copetines al Club, había que festejar la ocurrencia como un signo de extremada espiritualidad.

"Diablito" Gumiel, estudiante fracasado, sostenía a coro en medio de la badulaquería local:

—Hace dos siglos y más que Chuquisaca rinde culto a la memoria, pero nunca a la inteligencia. De ahí su atraso. Memoriones son todos los que han triunfado en las universidades, ¡inteligentes los baludaques de Sucre!....

Y citaba casos:

—Por ejemplo, el zonzo Suarte, era un hombre que sabía de memoria los artículos del Código Civil y pasaba como un ser extraordinario, de talento abrumador. Por la noche al memo-

ción, se le despertaba una sexualidad feroz y sus criadas le huían. Dejó diez y ocho hijos, sin contar los naturales. El doctor Palmatoria sabía igualmente el Código Penal y por las noches bebía un botella de singani puro. Manuel Caracho y su discípulo, Sánchez Diamante, dejaron pasmados al género humano con su espantosa memoria. ¡También hicieron versos!... Este jovencito Mario, no es propiamente inteligente, pero debido a su memoria se sitúa entre los alumnos aprovechados de la Universidad...

Y la fama de Mario cundió en el ambiente lugareño, desde la fecha feliz en que pronunció uno de esos discursos retóricos, altisonantes y lleno de frases difíciles al estilo de la vieja Universidad. Ya ese discurso fué suficiente para que a Mario se le considerase como un orador de calidad, porque además tuvo el acierto de citar a sus profesores, al general Montes, en rara mezcla con Aristóteles, Santo Tomás de Aquino, Balmes y don Valentín Abecía.

En las calles las comadres, amigas de doña Andrea Mirasol, le felicitaban:

—Su hijo es una maravilla.

Y ella replicaba:

—Ha visto, usted, doña Clota ¿lo qué es la suerte? Unos nacen con inclinaciones, y otros... francamente; depende de Dios...

—Así es. Los hijos vienen desde el cielo a cumplir su destino: unos para badulaques y otros para que los monten... por burros...

—¡En cambio mis otros hijos! No sé que voy a hacer. Son badulaques de cuenta. ¡Unos bandidos!... Figúrese que el menor de todos, Juanito, le ha sustraído a su hermano mayor uno de los libros de estudio: "Su tratado de Economía Pornográfica".....

Doña Clota no entendió el término, pero arrancando de su cabeza una de sus ideas brillantes que solía obsequiar a todas las madres en apuros, se atrevió a decir:

—¿Y, por qué no lo manda a la Academia Militar? (1)

—No había pensado en eso... ¿Pero lo recibirían? ¡Si es un bandido! (Aquí entre nosotros, doña Clota, le voy a decir la verdad; a todas las sirvientas del barrio las tiene entretenidas, y hay que ver su insolencia).

—Justito doña Andrea; mándelo a la Academia Militar. ¡Podría llegar hasta presidente de la República!... Dice, pues, doña Andrea, que todos los presidentes comenzaron de bandidos, miseda, si no está equivocado el "histrionador" Arguedas...

—Tiene Ud. razón, doña Clota; en fin Dios dispondrá. Precisamente estoy rezando una de las novenas que más le agradan a la virgen; ¡viera qué milagrosa es!...

—¿Pero, de qué virgen se trata, miseda? ¿De la nuestra, o es que hay vírgenes en otros países? ¡Pero cuando una tiene fe!...

—De la nuestra, doña Clota, de la que tenemos en un fanal. ¿No ha ido a la capilla del cerro? Están cantando allí el barbita Aguilar y el señor Andreotti, y en general todos los jóvenes virtuosos dejan escuchar la dulzura de sus voces.

Doña Clota quedó en vilo, pero insistió en la Academia Militar con fe mística.

—Haga no más lo que le digo. Es una carrera que da resultados extraordinarios. ¿Recuerda Ud. al hijo de mi comadre Ursula? Bribón y perdido, ahora está para graduarse de coronel. Y no digamos de los otros... de los Rentería y de los Tirado. Sus hijos, miseda Andrea, llegarán a coroneles y a generales, si, como Ud. dice, tienen disposición para la guitarra y son unos bandidos...

Antes de despedirse, doña Clota, con devoción, añadió:

—Y además, los sueldos...

Apenas se hubo alejado doña Clota, la madre de Mario quedó reflexionando:

—Con razón dicen todos sus parientes que esta buena señora es una eminencia. Por algo es viuda de un hombre

(1) El autor se refiere a tiempos pasados. N. del editor.

de tan alto vuelo intelectual como el doctor Palmatoria, aquel que hacía hablar y testar a los muertos....

En medio de congojas y lloros, doña Andrea, para consolar su espíritu, encontró a doña Leonor y le habló de su hijo Mario, de su pobreza y de lo difícil que era ganarse la vida.

—Pero no le ayuda el padre de Mariecito? ¿No le da nada? Dicen pues que está riquísimo, — habló doña Leonor.

Enjugando sus lágrimas, misea Andrea, recobró repentinamente el humor chuquisaqueño y se puso a relatar a su amiga la historia de la vida, que ella pretendía digna de ser novelada por Dumas, por Escrich o por lo menos por Paul de Kock; aludió al desliz de su juventud, la conquista con engaños, el lance, aquellos días juveniles ya idos, aquellas fiestas en pleno verano a la orilla del río, oyendo los cantos de los "horneros y negrillos", en medio del barro del Cachimayo y ese airecillo afrondisiaco de sus jardines. Luego, dijo con furia.

—Qué me va a dar nada, ese viejo; dará pues a sus nuevas queridas.... ¿No sabe usted que su especialidad son las imillas? Pero le aseguro doña Leonor, que yo.... fuí toda desinteresés. Ni siquiera le acepté unos pendientes que puso en mis manos, ¿qué burra, no?....

—Así son todos los viejos del barrio —expresó doña Leonor—. Lo mismo me sucedió a mí con el doctor Vientos. Me ha dejado, el gran canalla, con dos criaturas, y en la calle me huye, como si fuera a pedirle algo.... Ni muerta, misea Andrea. Prefiero mendigar favores de extraños.... ¡Y no me diga Ud. que estoy vieja! Soy mejor que su mujer, mil veces mejor que la mulata de su mujer.... Pero este canalla de Vientos no puede negar que los míos no son sus hijos. Igualitos a su padre; si se parecen en todo; altos, narigones y hasta sinvergüenzas, disculpando la palabra, misea.

—No me haga reír, doña Leonor.

—Yo les digo siempre a mis hijos, que son decentes, pero, cuándo una es pobre, es muy difícil mantener la decencia....

—Si lo sabré, yo; hay que hacer de todo.

—Así es, mísica Andrea. ¡Somos pobres pero honradas! Nos queda la satisfacción moral... Y, a propósito ¿no va usted a la novena de Santo Domingo?

—No tengo tiempo, si viera usted allí, mísica, a todas las ricas, a las que han parido como nosotras, ¡pero cómo tienen plata!...

En la penumbra de la tienda las dos mujeres dialogaron interminablemente, cubiertas de mantos negros, mezclando la religión con adivinos y brujas, relatando todos los chismes sociales, incluso interviniendo en la política y el teatro. La ciudad entera desfiló por sus labios. Comentaban con inusitado fervor sobre las fortunas de las principales familias hasta en sus menores detalles, sintiendo un placer delicioso al mermar o añadir ventajas, como si ellas tuviesen participación en los dividendos y en los goces. De instante a instante liaban un cigarrillo y se pasaban tabaco picado por entre sus dedos ágiles, acostumbrados al sobeo. Luego lo ensalibaban, haciendo de engrudo sus viperinas lenguas.

Junto a los pies de las dos señoras, dormían enlazados de los pies, el perrito "kcalá", de origen chino, ardiente de piel y horrible de cara, y el gatito de Angora tan fino y sutil, que relamía los caramelos de anís que le echaban. Los animalitos en singular amistad calentaban amablemente los pies de las chismosas y se daban de vez en cuando arañazos cordiales...

CAPITULO IX

CHOLAS Y EXTRANJEROS

Los extranjeros, por lo general, dan sus opiniones interesadas sobre viandas, mujeres y riquezas, según el dicho popular: "como te va en la feria". Existe además una diferencia tan notoria entre el viajero inteligente y el insignificante turista que recorre ciudades, que vale la pena de detenerse en el análisis. Para ingresar a Bolivia en esos tiempos, precisábase de

hígados bien puestos, y para vivir en la capital de la República, fuera de otras condiciones, un gran sentido de la ironía.

Los grandes viajeros a lo Humbold, D'Orbiny, Marcoy, han desaparecido. Gracias a las facilidades del viaje y a la fortuna general, en lugar de hombres dispuestos a las grandes aventuras han irrumpido los conocidos turistas, esas pandillas de gusanos que lo quieren ver todo y no lo ven nada, despojeados de humor, de sabiduría e incapaces de admirar un paisaje, de jugarse un lance o sencillamente de intentar un crimen. Miserables en la opinión de Osvaldo Pintado, porque han prostituido el viaje y le han quitado su encanto y el sabor a la aventura. Con todo, en el comienzo del siglo, permanecían fieles a la tradición mundana algunos raros extranjeros que habían llegado a Sucre, no se sabía a qué, ni cuándo, ni por qué causa. Uno de ellos se llamaba Teófilo Novis, francés cincuentón y que ejercía el oficio de dibujante, enseñando su arte a alumnos irrespetuosos. Coleccionaba fotografías de salvajes desnudos y también de cholas; hablaba un lenguaje pintoresco y seguía confundiendo a pesar de los años, el singular con el plural. Producía risas cuando se indignaba y en su furia repetía éstas malas palabras: "caraca, pendeco". Y cuándo veía cruzar por las calles algunas cholas que le agradaban, bizqueando con el ojo, decía:

—No sé que "tienen esta chola" de Sucre, para ensorcellar a "l'entranger". Esta "chola tienen mayor encanto que la señorita"... Le enredan a uno, le adaptan a su "costumbre", y algún tiempo después el extranjero queda "encholado"....

En sus buenos tiempos Novis, había participado en una expedición al Chaco Boreal, trabando conocimiento allí con las tribus salvajes, a las que describió en folletos ilustrativos. De ese viaje conservaba recuerdos imborrables, y cada vez que estaba entre copas, narraba a sus amigos aventuras extrañas.

El señor Doynel, ingeniero de afición, connotado "gourmet" y entusiasta jaranero a quien se le confió la captación de aguas potables en Sucre, solía replicar a Novis con entusiasmo desbordante:

—Hay en estas cholos un "sex appeal" extraño, que brota de sus polleras siempre al aire, en abanico, sin calzones, mostrando sus carnes mestizas, dejando olerse, incitando los primitivos sentidos del hombre... Y luego esa desaprensión amorosa, y sus servicios desinteresados al amante, y esa tradición de mancebía pintoresca, inigualada, que nunca ha sido descrita ni admirada por nadie a no ser por nosotros... Estas cholos por su macho dan su vida, y son capaces también, de sacarle los ojos...

—Yo le estimo a Ud. señor Doynel, pero no le acompaño en sus alabanzas al sexo bello —interrumpía el señor D'Andreotti— ciudadano de Roma, culto, meticoloso y delicado como pocos; teniendo cuidado de no profanar las santas costumbres de la ciudad, pues ejercía el puesto principal de sochantre en la Basílica desde hacía muchísimos años.

El señor D'Andreotti, era una de los antiguallas de Sucre, uno de esos extranjeros que no se sabía cuándo había llegado, ni en qué forma ni a qué. No tenía pretensiones de ninguna clase, no le interesaba el dinero, y su vida era simple. Sólo amaba dos cosas: la música y su sombrero de copa. Sus sueños celestiales le conducían todos los días a la iglesia, donde cantaba con voz grave; elevando sus ojos al Señor, al mismo tiempo que su cuerpo contrahecho, petizo y de opereta italiana cobraba vigor.

—En cuanto a mí, ilustres caballeros, lo único que admiro son las estrellas y el cielo límpido de Sucre, su aire perfumado, que brota de los cerros azules que le circundan y que parece que la ciudad estuviese preservada en una hornacina. Yo me deleito con las flores, la luna y las damas, pero de lejos, antiéndase de lejos.....

Y como si hubiese dicho algo extraño, reservado para las novelas de Bocaccio, el señor D'Andreotti, sacábase el sombrero de copa, hacía una reverencia a la ciudad de los cuatro nombres, y rendía hasta el suelo, su cuerpo de querubín contrahecho en genuflexa apoteosis.

Alguien murmuraba que D'Andreotti, en su juventud, es-

tuvó enamorado de una monja, pero la mayoría sostenía que en el alma del ilustre sochantre estaban cobijadas las estrellas. En todo caso, el amor nunca brotó de su pecho y, posiblemente, se transformó en perfume y luz. Desde entonces, como buen romano, se apegó a la curia y de allí no se movió, excepto para visitar a la ciudad en largos paseos después de la cena. Comía con los arzobispos y gustaba de las buenas charlas y del vino, eligiendo amistades entre los notables de la ciudad. Daba vueitas con majestad, y al recogerse a su casa aspiraba el ambiente monacal de la urbe por sus anchas narices. La ciudad perfilábase como una de esas doncellas vestidas de blanco, cuya sombra se reflejaba en las calles silenciosas y en los tejados rojos. Había en ella algo nostálgico y triste, que algunas veces atracaba la garganta y apretaba las manos. Había en esas torres de nombres soñados y aprendidos en la infancia un claror inusitado. Brincaban fantasmas por los aires y en la penumbra tornábanse irónicos; a media noche, siniestros. Todo era silencio y estremecimiento. Un piteo lúgubre y una voz de pesadilla sacudía los nervios. La ciudad, evidentemente, padecía de algún encantamiento. La luna caía de plano en la plaza, conminándola a la quietud...

Este era el escenario que adoraba el señor D'Andreotti.

Y llegada la oración, salía el sochantre, envuelto en su capa negra, caminando por las calles con su paso de enano. Su mirada era piadosa; sus gestos los de un actor de la Biblia, repitiendo versículos antiguos. Esa noche se detuvo en una calle, y de repente, fué tragado por una puerta enorme que se abrió en la oscuridad, cerrándose sin ruido. Luego, fugaz lechuza, desde una torre cercana, dejó oír su pausado vuelo y sus graznidos. Una campanita tristísima, la de Santa Catalina, le recordaba oraciones de condenados o de almas en pena. Después nada. Otra vez la quietud. A instantes, el aullido de perros enfermos que veían almas y diablos suplicantes. Otra vez la quietud. La luna redonda, blanca como la nieve descubría desde una nube la palidez de duendes y de fantasmas que emergían. Una procesión de aparecidos, llevando campanillas,

cirios, y cantando responsos, se dirigía a la plazoleta de San Juan de Dios. Eran las cuatro de la mañana.

CAPITULO X

FARRA CORRIDA Y GUALAICHOS

Saliendo del radio urbano consagrado a la Catedral y a la famosa Universidad, a cinco minutos de andar de la plaza, brillan todas las noches algunas luces hasta el amanecer. Son las de los barrios populares, en los cuales todavía se conservan fondas y tabernas con sabor español. Todo el mundo habla del "Caballo Blanco", de la "Tía Palpucha", pero nadie las conoce. Los únicos lugares donde se dan cita los badulaques son el billar del "Supaycito" y el "Reservado" de los Navas. Estos Navas eran personajes ocurrentes de la ciudad, les gustaba hablar en difícil, imitando el lenguaje cervantesco, y luego burlarse de los oyentes. Poseían gracia e ingenio, y los utilizaban en su provecho, para negocios mínimos y con picaresca solemnidad. Cuánto jovencito caía a su billar, aunque no tuviese dinero, uno de los Navas le sobaba el lomo y, con ademanes de profesor de moral, le repetía.

—Hay que distraerse hijito a costa de los amigos o de los padres. Si no tienes plata, que es lo más común y frecuente en pipuelos, debes tener en tu casa muchas cosillas, por ejemplo, curachitas de plata, monedas antiguas, carteras, abanicos. Yo me distraigo con estas chucherías y de paso te enseño billar. Vale más una hora de este noble juego, que dos de geometría o de álgebra. Y al final, ¿para qué te sirven? En esta tierra, se gana el sustento con el juego, la agilidad mental y las relaciones sociales....

Estos Navas eran la ubre de los estudiantes. Cazurros, caramelados y dignos personajes de novela ejemplar cervantesca. En su billar tenía cátedra el "saber y la ciencia", y se

daba cita también la badulaquería chuquisaqueña, en busca de presuntas aventuras.

Hacia las dos de la madrugada, los gandules aparecían como meiseros, terciada la capa y los instrumentos en bandolera, dispuestos a la serenata y a la farra. Navas el mayor, tenía costumbre de tomar el cuerpo de las guitarras y de acariciarlas, como si se tratara de caderas de hembra juvenil, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Esta bandurria no puede ser hecha sino por nuestro gran Miguez!

En seguida se jugaba a los dados, apostando tragos largos, bien cargados de té con pisco.

Natalio Uruchurto y su pandilla, eran asiduos contertulios del billar, además de que conocían las tiendas amables y los lugares, en los que se podía pernoctar no sólo un día sino varias noches al compás del armonio y la vihuela. Se bailaba de lo lindo, con cualquier pretexto, y se enamoraba a las cholitas. A las primeras copas la sangre se caldeaba, se llamaba al maestro Gómez, armonista y coplero, y se pedía "ipso facto" dos guitarristas, de los buenos, de los que tenían admirables hígados y gargantas con sed inextinguible. Precisamente en esos días, se festejaba una de las tantas fiestas religiosas, y se había sacado a la virgen en andas, con séquito de canónigos, monaguillos y cirios. Detrás de la imagen iba el arzobispo con mitra, báculo y su casulla llena de pedrerías, perdido en nubes de incienso y de mirra. Campanas al vuelo de todas las iglesias y cánticos de docenas de monaguillos anunciaban la procesión. Delante, como una especie de guía celestial, caminaba el pertiquero de la Basílica, de rostro seráfico, de grandes y tiernas barbas blancas, de ojos azules y cuya voz pausada y de ultratumba se confundía con la de los santos del cielo y de los ángeles, pues, su voz, no parecía terrenal ni humana. A este pertiquero, reliquia de Sucre, alto y de hombros enjutos, blanquísimo como el nácar, se lo empleaba en las grandes fiestas, y después de estas solemnidades, no se lo volvía a ver, porque habitaba en el silencio y en la santidad. Monaguillos vestidos de rojo,

acompañaban a la virgen, dando la impresión de figuras emergidas de los cuadros de Rafael y Rubens. Regordetes, de voces atipladas y magníficas, los ojos nimbados de gruesas pestañas y la vestidura de cardenales, oliendo a incienso y pubertad. Altares con profusión de terciopelos, encajes y plata labrada, eran atendidos por cholos y artesanos.

En la vasta e inmensa plaza, se oía la nota grave y profunda del trombón, y en seguida el solo de la voz del pertiguero, como en los días primitivos de las catacumbas o en la hora de la resurrección de los muertos, consternando el espíritu de los más corrompidos badulaques. No obstante, detrás de los altares y de las efigies de santos, se hacían invitaciones y se cruzaban miradas ardientes. Pasada la procesión y reventado el último cohete, todavía las calles con olor a mirra, las tiendas de diversión se abrían, los armonios desgranaban sus bailecitos locales, y las voces hombrunas de los tunantes pedían en alta voz, chicha y "cortos".....

Una de las tiendas de mayor prestigio por ese entonces era la de la "cubana", chola de moda, sensual y fácil en apariencia, a la que concurrían ilustres caballeros y artesanos de "posibles", en busca de sus encantos. No se sabía por qué se la apodaba la "cubana", pero todos sabían que tenía ojos verdes, almendrados, unas caderas vibrátiles y un andar de chola chuquisaqueña, además de sus modales y requiebros. Un coronel francés, que vivía en Sucre, el inolvidable Casimiro Briançon, repetía que Tomasa Quiroga evocaba los aires del trópico.

Su tienda estaba situada en un callejón oscuro, constando de una sala a la calle donde estaba instalado el negocio, una salita y un patio estrecho, en el cual se criaban conejillos de indias y gallos trabados, condenados a la "sajeta" del día siguiente.

Suficiente tocar con los nudillos de los dedos, para que la "cubana", interrumpiendo su ligero sueño, respondiese en quechua:

— "Pitaj".....

Esta vez los tunantes aflautaron la voz y hablaron cariñosamente:

—Oye "cubanita, abrínos", por favor.

Eran las tres de la mañana y el diálogo no se hizo esperar:

—Estoy durmiendo, don Natalio.

—"Abrinos" hijita, ¿acaso no me conoces?

—Ay, don Natalio, no puedo abrirle, le diré con franqueza: vuelva otra noche.

Hubo un silencio, hasta que cambiaron amenazas.

—Oye "cubana", abre tus puertas o las metemos a patadas.

Una voz respondió desde el fondo de la tienda:

—¿Quién es usted, pues, para meter mis puertas a patadas? Se ha vuelto animal, es mi querido, mi amante o esbirro de la policía? ¿Qué se ha figurado, pues?

Entonces Natalio, suavizando la voz, ordenó a los guitarristas que ejecutasen un bailecito con acompañamiento de coplas.

Nuevamente habló:

—Bueno, "cubanita", "abrínos no más tus puertas; no seas mala", ¿o es que duermes con otro?

La chola reaccionó al instante y se oyó ruido de zapatos y el catre que crugía de un lado para otro. Luego de un bostezo, gritó:

—Bueno don Natalio, por ser usted le abriré, pero no me vaya a estar viniendo acompañado de Montes Oropeza o de uno de los "choschis".....

—Te aseguro "cubanita"; gente respetable y de honor.....

—Por fin se abrió la puerta y apareció una chola a medio vestir, teniendo el candil en una de sus manos. Miró de reojo y exclamó:

—¡No decía! Si seré animal..... Otra vez el "choschi", y deirás debe estar Montes Oropeza.

Se tiró de los cabellos cuando descubrió entre los "can-

tres" a un joven bien parecido y de sombrero hongo, a quien sus amigos nombraban familiarmente el señor "Chulla".

—¿Así que usted, don Natalio, se había traído pues a todos?, ¿"diablito" Gumiel, "chulla", Montes Oropeza, "curita" Nantier, y toda la intelectualidad..... del país..... no?

Pero se tranquilizó viendo entre los tunantes a algunos jóvenes ricos y que harían el gasto de la fiesta.

—Sabe usted don Natalio, aquí entre nos..... ¿le parece justo, que una se pase toda la noche en vela, "se cante, se tome y se duerma", por amor al arte?.....

—Así es "cubanita", todos acá somos de "posibles"; pero tú eres peor que los curas; quieres milagro y cama puesta sin poner vela ni rezar la oración.....

—Bueno, entren pues, pero "cuidadito que haigan" discusiones.

—La tienda era un cuarto con poyo de barro al centro, que servía de mostrador, encima del cual, había profusión de cajones de madera vacíos y botellas de chicha tapadas con corchos y pedazos de hilo de cáñamo. En uno de los ángulos del cuarto, detrás del poyo, se veía un catre viejo de madera, en cuya parte superior revolaban querubines tallados en madera y guiraldajos de flores. En el muro del centro, colgaba una virgen dolorosa, en cuyo pecho fulgía un corazón atravesado por dos puñales. Al lado de la Dolorosa, litografías italianas de pérfido arte y lamentables, enemigas del buen gusto, representaban escenas milagrosas y terroríficas del cielo y del infierno, con diablos de rabo torcido y ángeles blancos, entremezclados con estampas religiosas y fotografías de conscriptos y caudillos políticos. Sobresalía entre todas, la de Domingo L. Ramírez con dedicatoria al padre de la "cubana", el "valiente artesano Domimitilo Quiroga", alias el chalán. Junto al catre, advertíase un viejo sofá desventrado, de esos que se ven todavía en el Alto-Perú, antiguallas de trastienda, que sirven de hogar a familias: íntegras de perros y gatos, además de otros importantes usos. En estos muebles dormían los borrachos, acompañados

del perro, "kalo" o del loro, o bien los utilizaban para actos sexuales a la ligera, con el temor inminente de que tocasen la puerta los vecinos o simplemente los curiosos. Detrás del sofá, veíanse cacharros de barro y restos de ropa sucia, platos a medio lavar y pocillos de café. En una repisa angular se alineaban vasos y vasitos, desde los litereros hasta los destinados a los "cortos", fulminantes, cargados con el oloroso singani de Cinti. En un rincón reposaba un venerable cántaro de chicha apoyado en ladrillos, bien tapado con un hato de marlos de maíz. Al costado, cántaros medianos, semejaban ventrudos sobrinos a la espera de gargueros sedientos. Delante del mostrador de barro, se notaba un brasero y diferentes utensilios de cocina, como el indispensable batán de piedra, la sartén casera, platos de arcilla y una jofaina de lata, junto a los platos de hierro dulce, desparramados por el suelo.

En otro rincón se lucían grandes cántaros llamados "vir-kiss", en los cuales maduraba el licor áureo, teniendo las bocas tapadas con marlos de maíz, acuñados y sostenidos por pedazos de madera y piedras. Encima de una mesa redonda y llena de manchas grasosas, estaba lista una jarra barrigona de cristal, llena de chicha, rodeada de vasitos de todo tamaño, desde aquellos para beber en familia —que podían contener dos litros de líquido— hasta los pequeñitos como dedales, para las sabrosas mistelas y elixiris nacionales con uvas y damascos macerados. En la trastienda, se veían sofás de amplios espaldares a ambos lados, estilo imperio, destinados a los borrachos entusiastas y frágiles de cabeza, que caían derrotados por diez "cortos". Las paredes blanqueadas a la cal, eran campo de experimentación de una colección completa de arañas grandes y pequeñas, que hacían gimnasia con sus familias, teniendo dispuestas sus telas para atrapar insectos. En todo sitio anidaban moscas, y con su desobe punteaban el techo y las paredes de negro. Se notaban abundantes reclamos que enviaban los comerciantes al comenzar el año, y que también servían para tapar huécos y adornar habitaciones. En una mesita rinconera, un niño Jesús en su fanal, cubierto con un ligero lienzo

era testigo obligado de variedad de escenas nocturnas, algunas veces interminables, aunque la "cubana", aseguraba que no veía nada, porque estaba privado de la vista.....

—¡Así vive nuestro pueblo! — habló Fernando Clavel — estudiante de leyes que se encontraba en el conjunto.

—Todos los pueblos criollos de América viven más o menos igual — respondió Vargas, sonriendo—. La diferencia es leve: unos más sucios que otros. ¿No te has fijado en el piso? Pero, ¿qué vamos a hacer? — Estamos en un lugar alegre y no en los salones de la "Princesa de la Glorieta".....

Luego, añadió:

—¿Crees por ventura en la decencia y en la honorabilidad, sin plata?.....

—La clase media no puede darse otras comodidades. Los obreros viven en pocilgas; los indios en chozas. De un confín al otro del continente la miseria abrumba y también el vicio. Las pulgas son internacionales así como los piojos y los políticos. Yo no creo en el cuento de países adelantados y atrasados..... La "cubana", chola alegre, vive de la honorable prostitución, y es querida oficial, por turno, de todos los que la pueden proporcionar una mantilla de colores o un par de aretes. Nosotros vivimos de expedientes y de indios. Lo digo, porque alguna vez hay que decirlo, aunque sea entre copas. Nos sirvamos. Por tí, por nuestro pueblo!

—¿Y qué me dices de la democracia?

—Cuento de inocentes o de necios. ¿Puedes creer en una democracia de analfabetos o de muertos de hambre? Para unos es negocio, para otros narcótico. En países semibárbaros existe sólo una realidad: el caudillo, el capataz, el "mano santa", el patrón y el dinero.....

—A divertirse muchachos — interrumpió Uruchurto — hablando siempre de cosas tristes, eh? ¡Al ajo la política y los políticos, excepto Ramírez!..... ¿No tienen de sobra con su Universidad?.....

—¿Universidad, ha dicho usted? — respondió Clavel. — Verbalistas, discursadores de caja de fósforos o mozos vagos

que estudian derecho como todos los Alvaretes..... para constituirse en peligro nacional.

Ingresaron a la trastienda, y la "cubana" a medio vestir, les siguió, expresando con gestos cordialísimos su amistad. Cada uno la abrazó, la palpó los senos redondos y las ancas que se movían como moluscos debajo de la camisa. Otros la quisieron besar. Uruchurto con la acostumbrada familiaridad, hacía recriminaciones por haberse negado a abrir la puerta en tanto que sus manos expertas exploraban con habilidad las partes sensibles de la manceba, exclamando a cada instante:

—¡Esto sí que es bueno!, ¡pero, qué bueno! ¿Es para mí, no es cierto?.....

—No juegue don Natalio, pues..... Suélteme, pues..... Cualquiera creería, pues..... Ocurrencia, don Natalio.....

Pero al decir no juegue don Natalio, las manos de la "cubana" no se desprendían de las de Uruchurto, y hasta sentía cierto recóndito placer. Por fin concluyó de vestirse y abrazada de Uruchurto irrumpió a la trastienda, contagiando el ambiente con su risa entusiasta.

—¡Vaya con nuestra "cubanita", qué viva es, y qué reacia!.....

—A ver un cántaro de chicha de a diez bolivianos — exclamó, otro de los tunantes.

—¡Pero de la buena! — añadió Montes Oropeza, que jamás daba un cinco—. Me muero de sed.....

—¿Va a pagar usted?, — preguntó la "cubana".

—Eso no se averigua; hay plata — y enseñó un fajo de billetes falsos.....

—Bueno, sin discutir "cubanita" — interrumpió Clavel — nosotros pagamos.

La manceba desapareció de la trastienda, contoneando su talle y enseñando sus grupas risueñas y movibles. Derramó sonrisas y se la oyó decir en quéchua:

—Clorindita, "levantate", pues; hay gente, ¡don Uruchurto y otros gandules de consideración!.....

Tomasa Quiroga de apodo la "cubana", era una cho-

la alta, espigada, de piel blanca, arrubierta y de ojos verdes. Su cabellera partida en la frente a la moda andaluza caía en dos trenzas abundantes por las fornidas espaldas. Tenía la boca grande y sus labios sangrantes denotaban agresiva sensualidad. Los senos redondos y enormes pugnaban por romper su apretado corpiño adornado de encajes. Sus caderas demostraban la amplitud de las caricias recibidas, y cuando se movían ondulaban como mareas rítmicas. Hablaba un lenguaje pintoresco, mitad en quéchua y mitad castellano, salpicado de modismos lugareños, todos alusivos al tema sexual. Había tenido muchos amantes y ahora vivía de "firme" con un empleado del gobierno. Pero éste, la visitaba de día, y muy raras veces de noche, porque era casado, padre de respetable familia y con varios hijos. Además, según las costumbres, el queridaje no significaba esclavitud ni fidelidad, y la "cubana" podía recibir a los amigos, especulando con el negocio de chicha. El mismo empleado, no sentía celos por esto, y alguna vez llevaba a sus colegas íntimos a lo de la manceba, a servirse picantes y vasitos de chicha.

Una que otra vez, de acuerdo a la tradición, cuando estaba entre copas, la zurraba una formidable paliza por el menor incidente, y la chola salía a la calle en busca de auxilio, sin que nadie se lo prestase, aunque diese gritos de marrana, pues los vecinos acostumbrados a estas escenas de barrio, reñían con resignación filosófica:

—Que la mate, es su chola, no nos metamos.....

Algunos sonreían y murmuraban en voz baja:

—Bien hecho. De seguro que le ha puesto otro cuerno.....

Al día siguiente, la "cubana", salía a la calle con los ojos morados de los puñetazos y hasta parecía que sentía cierta fruición. Las viejas de la vecindad comentaban la paliza en mil formas, y ella se jactaba de haberle roto la cabeza a su amante, de un botellazo. Por la noche se reconciliaban de nuevo y celebraban el acontecimiento con una orgía.

Tomasa había tenido varios hijos para distintos padres, de los cuales vivían dos, que dormían a su lado, muchas ve-

ces acurrucados a sus pies. Clorinda, de quince años, era hija de un coronel paceño, y el menor, Justo, de un estudiante de medicina, que se dedicó luego a fabricar chicha. Cuando llegaba su amante o tenía que atender a alguien, enviaba a sus hijos a lo de su abuela con los más risueños pretextos.

Clorinda, constituía la atracción de los clientes nocturnos, y Tomasa se enorgullecía, pulsando sus quince abriles y sus senos olrosos. Todos los badulaques estaban de acuerdo en que Clorinda iba a ser mejor que su madre, y para demostrarlo, enarcaban los ojos, soñando en intimidades con ella. (Inclusive el señor Lardío, había dado su vuelta por el local, hablando largamente de sus propiedades del valle y de una sorpresa que la tenía reservada a la "cubana"..... Pero ésta jamás se cristalizó..... El señor Lardío, muy afecto a las buenas mozas, y sobre todo a las brevas, manejaba su dinero y su imaginación con maestría, pero le costaba trabajo aflojar los pesos.....)

En efecto, Clorinda, se parecía a su madre. Alta, delgada, los mismos ojos, ligeramente rasgados, dicharachera y perspicaz. Bailaba la cueca, respondía a los requiebros en el mismo tono, y era —como decía el estudiante de medicina— flór cultivada en los jardines de la blanca ciudad, para delicia de los jóvenes decentes, y muy tarde, tal vez, para esposa de algún artesano honrado y resignado con su suerte de cornúpeto.

Natalio Uruchurto y la comparsa de amigos, estaban instalados en los sofás amplios, de tres cuerpos, y comenzaban a rasguear las guitarras. Como siempre, esa sed inextinguible del país, les devoraba, bebían a cada instante y se hacían cumplidos corteses y fraternales:

—Por tí, hermano.

—Por nuestra vieja amistad.

—Hasta acabar, hermano.

—Por tu salud y la de tu familia, hermano.

—Por la tuya.

Uno de ellos empezó a tenorear y luego pidió acompa-

miento. El "bajo", salía de la garganta más curtida y veterana. Uruchurto se llevaba las palmas..... Las dos voces entonaron uno de esos "huayñitos de Chuquisaca que producen instantáneamente el efecto de llorar y pedir "cortos"..... Montes Oropeza, "joven dandy", aunque vestido con suma pobreza y en forma extravagante, locuaz y comedido, al oír los "huayñitos", habiéndose adelantado en la bebida, quedó con la mirada clavada en el suelo, por el efecto de los "cortos".

—¿En qué piensas, hermano? — preguntóle el señor "chulla".

—En la pobreza.

—¿En la pobreza? Pero, si aquí, tenemos todo: ¡mujeres, licor, amigos!.....

—Tenemos todo, pero somos "gorras" — repitió con voz carrasposa—. Yo quisiera ser rico, para viajar por París, Londres, la isla de Capri, el viejo mundo..... la costa azul. Regresar a Sucre y enseñarles a éstos..... (señaló despectivamente a Clavel y compañía) lo que es vida.....

—No te aflijas, hermano..... ¡Cuando subamos al poder!....

—¡Ilusiones hermano! Yo no resisto seis meses más en la oposición. ¡Me paso! Yo desearía doscientos pesos de inmediato, para dormir esta noche con la "cubana", invitarles a ustedes..... ¡Pero, esta pobreza! Los ricos nos invitan para divertirse con nosotros. ¡Somos gorras!.....

—Que lo acuesten a Montes Oropeza — gritó el señor "chulla"—. Le acaba de dar su locura. ¡Divaga y sueña con Aladinos y Princesas del Oriente! ¡A bailar! ¡A bailar! Nada de filosofías..... ¡Aquí somos todos hermanos!

La "cubana" y su hija Clorindita, no perdían un minuto "obligando" a los visitantes, bebiendo sendos vasos de chicha para que la "pagasen" los caballeros.

A cada instante se oían estas palabras:

—Págueme, pues, un vasito, pues, ni toma siquiera.....

—Salud.

—Por usted, don Clavel.

—Por usted, don Vargas. Discutir no más saben. ¿Qué será pues eso de alcurnias, alcornoques y burgueses?

—Que le den "cortos" a Clavel..... Entonces vamos a ver cómo se eleva a las nubes nuestro gran filósofo — repitió Uruchurto.

—No está mal la idea, "cubanita" — habló el "chulla" — pero con limoncitos.....

—¡A bailar, a bailar! ¡A ver un bailecito! — gritaron muchas voces.

Las guitarras después de un breve rasgueado, fueron acompañadas de voces que cantaban:

"Corazón que nos ha amado,
tú no sabes el dolor
de un corazón angustiado,
carcomido y desgarrado
por amarguras de amor....."

—Segunda, segunda.

"No sabes cómo se llora
con ese llanto que quema
con la noche y con la aurora,
con ese sol que colora
en la frente, un anatema....."

La música sentimental, rociada con lágrimas, sencilla y primitiva, recordaba la tristeza del ambiente gris, la sumisión de los habitantes a una vida resignada, sus amores ingenuos y su eterna tragedia de vivir sin ideal superior, sin fuerzas para volar y rebelarse, sin ambición para mejor vivir y romper sus cadenas. Había en la música una especie de morfina y conformismo, un deseo de beber en cantidad ilimitada, y de sentirse liberado por el alcohol, unos para volverse, por medio de la droga, eufóricos y valientes, otros, para hablar de la patria ultrajada, de Sucre proscrito, humillado, y de sus deseos contrariados, y al recordarlos, llorar..... Pero apenas se secaban las lágrimas, la sangre se apretaba en los puños; era el instante de la matonería incontenible, la ocasión de demostrar la fuerza y la intolerancia, el culto a Baco armado de pistolas y de botellas.....



Ferra corrida y cholas

—Mal de Bolivia, hermanos.....

—Mal de todos los países, — replicaron los más cuerdos.

—¡Somos una porquería!.....

—¡A bailar, a beber! — exclamó Uruchurto—. No vomiten injurias. Hay que aprender a beber..... Yo estoy graduado en la Universidad de San Roque..... ¡Soy catedrático!..... ¡Me fisgo en la cultura!.....

Fernando Clavel, en un rincón, insistía:

—Si cada uno de nosotros fué tan valiente como cuando está mamado..... ¡Ah..... Entonces, otro gallo cantaría!..... ¡Yo lucho por la justicia, por la verdad!.....

—¡Palabras abstractas!..... ¡Platón..... Aristóteles..... ¿No he dicho que soy catedrático? ¡Salud polluelo.....

En otro rincón, el señor "chulla", filosofaba que era inútil complicar la vida con actitudes cacatónicas, o, mejor dicho: históricas.....

—El licor no envejece, rejuvenece — intervino la "cubana"—. ¿No le ven a don Natalic? Salud. Nos "tomaremos", pues. Unos más tarde; otros más temprano..... todos tenemos que morir.....

—¡Yo he de morir en tus brazos! — interrumpió Montes Oropeza — saliendo de su postración etlíca.

—¡Que le lleven al manicomio Pacheco! — arguyó el señor "chulla"—. Este hombre está perdiendo la razón o la ha perdido como todos los de esta tierra.....

—¿Con cuánto y desde cuándo, señor Montes Oropeza? — respondió la "cubana", semi ofendida.

Montes Oropeza, el "dandy" pobre, vestido a la última moda, tomó dos "cortos" que pertenecían a sus amigos, a mitad concluidos, vaciándolos a su garguero, de prisa, mascullando entre dientes:

—¡Salud!, ¡por mi riqueza: bebed y comed! ¡Soy el más rico de Sucre! ¡Salud por mi talento! Acabo de encontrar la fórmula: me paso al gobierno..... Y quedó con la vista clavada en el suelo, mientras de sus labios quemantes se desprendían leves hilos de espuma.

Clorinda se movía de un lado para otro, jovial y vivaracha, enseñando sus piernas desnudas y mórbidas, alcanzando los vasos de chicha y los "cortos", recogiendo al paso las sonrisas de los hombres. Algunas veces aparentaba rubor, respondía con gestos y se escabullía de las manos como anguila, rehuyendo los abrazos "sinceros" y efímeros de los borrachos. Era una chola núbil, doncella tierna, carne de ricos, que primero debutarían en ella y luego en sus mujeres frías; tal vez sería amante de algún estudiantillo y tendría que emigrar a Potosí, dejando la ciudad de los cuatro nombres olvidada, para nunca más volver. Entre tanto servía a su madre y oía sus consejos. Para todos tenía grata sonrisa y de sus ojos desprendíase una "lontana" esperanza..... Los viejos caían en la miel como las moscas, y los jovencitos rompían sus alas de mariposa de colores a la luz del fanal.....

Fernando Clavel, mozo acomodado, repetía confidencialmente a Vargas:

—Esta es la vida de la alegre ciudad..... El sexo se discute y pelea en las chicherías, bailando y bebiendo, en guardia, como los esgrimistas, o esperando como el jaguar el instante oportuno, durmiendo en los sofás o haciéndose el dormido, incorporándose repentinamente en medio de las sombras y de los sueños, protegido por la ebriedad, buscando un cuerpo tibio, y poseerlo brutalmente sobre el sofá húmedo y pegajoso. Luego la lucha con perros y gatos, y hasta con las pulgas, brindándoles la sangre hasta provocarles un banquete opíparo. Y, finalmente, huir a la calle, sin el reguste y la delicia, pensando en una cópula descubierta.....

—Estas son las primicias — articuló Vargas—, luego viene el queridaje oficial, si hay dinero..... Entonces comienza otra vida..... el reguste..... ¡pero qué tarde!,..... en medio de chicos mocosos y llorones.....

—¡Al baile, al baile! — exclamaron todos.

—Clorinda, más chicha.

En ese instante, penetraron al local dos militares de la

guarnición, vestidos a la prusiana y arrastrando espadas como sotas de cartas. Buscaban hembras y lugares donde beber y divertirse.

Se hicieron las presentaciones.

—Capitán Zabala, a sus órdenes.

—¿Es usted de La Paz?

—Sí, soy de La Paz.

—Entonces, "chucuta".

—Es usted, el capitán Zabala, no? ¿Del regimiento, no?
¿Qué le parece Sucre?

—Qué estás diciendo, claro que te dirá una mentira.
¡A ver, que baile! ¿Es verdad que las cholas de La Paz usan sombrerito ladeado y calzones de seda? ¡Qué divertido!.....

El capitán Zabala sonrió y quiso ser espléndido. Ordenó varias docenas de botellas de cerveza. Luego sonrió con una de esas sonrisas enigmáticas de los hombrecitos de los Andes.

Clorinda, como todas las cholas de Sucre, había sido educada con prejuicios hacia el norte, y no concebía por nada que sus habitantes no fueran cortones de piernas, petizos y achinados. No obstante, ella era hija de un coronel de La Paz, que estuvo de guarnición años atrás y se enredó en amores con su madre.

—Nada de discusiones, — interrumpió el capitán Zabala, con la mano temblequeante y el corazón ardido de entusiasmo.

Estaba resuelto a liquidar sus billetes de a cien en homenaje a Clorinda, siempre que le permitiesen los badulaques de Sucre. Con enorme patriotismo y con la autoridad que le daba su espada, gritó a plena voz:

—¡A beber señores y caballeros! ¡Viva La Paz! ¡Viva Sucre!..... ¡Yo traigo el saludo de las cholas de La Paz, de esas cholas proletarias y dueñas de casas, que usan pendientes riquísimos y mantones de Manila!

—¡Brindemos por las cholitas del Illimani!

El señor Clavel, alzó su vaso y repitió entre dientes:

—Yo, como buen chuquisaqueño, tomo toda la cantidad que quieran, pero con reservas.

CAPITULO XI

LINDOS CHOLOS

Fernando Clavel al dar vueltas por la plaza, le dijo a Vargas:

—¿Qué tienen estos cholos de Sucre? Apasionados y ebrios del aire de la ciudad, cualquiera creyera que son parientes de los "citoyens" de la revolución francesa. Odian y se estremecen. Su corazón es una ánfora de sentimientos primitivos. ¿Los entiende Ud? Comprendería que se batieran por sus intereses; sin embargo mueren por cosas tan absurdas como la charlatanería de sus caudillos; por la seducción de su verba, por la luz y el color de las palabras.....

—Para mí, — respondió Vargas — domina a esta gente una pasión pura y cristalina; su alma reacciona sólo al instinto sexual, y me parece una especie de sexualismo, la pasión política, disfrazada de amor al terruño, al caudillo, y a la virgen. Su verdadero amor es a la chola, y la política, para ellos, es otra chola..... De ahí el secreto de la poligamia..... Hoy se desayuna con el partido republicano, y, cuando tiene copas en la cabeza, viva a los personajes que ama, dando satisfacción y gace a sus glándulas sectarias, sin importarle el orden público ni la policía. Esta pasión política está por encima de todas, dominadora y conculcadora de sus sentidos. ¿Qué les importa a los honestos artesanos componer zapatos, si, alguien, les habla de Domingo L. Ramírez?

—Interesante este hombre, ¿verdad?

—Interesantísimo. Es un hombre valeroso, con voz de órgano, cuyas frases sonoras agradan al pueblo. Habría podido llegar mil veces al poder, pero lo rehusa casi siempre, porque

su finalidad es también sexual: la oposición..... Para él, la presidencia sería una traba, hembra sometida; o tendría que transar con sus atributos varoniles, dejando que los esbirros en su comedimiento lo adulen y lo castren....

Se acercó el doctor Estrella, culto, metódico y prudente; tenía el hablar raspado, a la moda de Sucre, con acento semiespañol.

—He aquí el defecto de Ramírez: no querer tomar nunca el poder: ¡y el daño que hace a la juventud! El hombre político, amigos, tiene que convertirse a la larga o a la corta, en hombre de Estado. El estadista no es otra cosa que consorte amaestrado por las circunstancias y el patriotismo. La oposición es buena para los jóvenes de veinte años y eso, o para los que han sido arrojados del poder momentáneamente.....

—¡Admirable, doctor Estrella! ¡Admirable! — respondió Vargas—. ¿Me permite hacerle una pregunta? De seguro que lee Ud. al cardenal de Reitz y a Nicolo Maquiavelo.

—Son mis autores favoritos, y vamos a cuentas: San Agustín, San Clemente, Torquemada y San Ignacio, sobre todo es'e último.

—¡Ah, ah!, ya me doy cuenta. Pero no me negará usted que Ramírez coincide con el regusto de Sucre, con las gentes de mantones rojos y verdes, con los artesanos de chaqueta corta y las mujeres de ojos cándidos y grandes. Su verba es una campana que arrebata.... Recuerde, cómo es Ramírez. Cabeza desprendida de los cuadros jacobinos, rapada a cero, ojos enormes, nariz aguileña y anchos hombros indígenas sobre los que descansa un cerebro ardiente. Más bajo que alto, fornido y de amplio tórax, apostura de varón y genialidades de esos diestros que pasean por la "puerta del Sol en Madrid", echando humo del cigarro habano. Se viste como ellos: pantalones apretados en los tobillos y amplios en los muslos; un plastrón a manera de corbata, dónde tiembla pálida perla que coincide con el color de él. Brillantes en los dedos igual que una abadesa bizantina y un junquillo jugueteón en los dedos. Se levanta a las doce del día y comienza a leer su corresponden-

cia de amor, aspirando a grandes tragos el humo del habano, su fiel amigo. La tarde la dedica a la política, y, cuando habla, su entusiasmo es tal, que seduce a todos. Los que le conocen están de acuerdo en esta definición folklórica: ¡qué indígena para hablar! Su inteligencia es como la luz; despidе rayos.

El doctor Estrella después de esta especie de discurso quedó en vilo, con los ojos levantados hacia el cielo. Sus reflexiones por un instante se alejaron de los clásicos. "In mente" pensó en Ramírez, en la oposición, pero rápidamente retornó a tierra, a su pueblo natal, aterrizó en el presupuesto..... El no tenía derecho a divagar; él era un hombre de ley y de orden, es decir, jurista, respetuoso de cualquier gobierno.....

Se alejaron del señor Estrella los jóvenes, Clavel y Vargas, y dieron un atisbo a la tienda de Domitilo Quiroga, el "clásico artesano ramirista", quien además de ocuparse de su oficio de componer calzado, orcha, cenaba y pensaba en el famoso orador. Para Domitilo no existía en el mundo, no podía existir otro ser superior a Ramírez — ignoraba por supuesto el mundo y estaba dispuesto a dar su vida por el caudillo. Cuando hablaba "su orador", "su papacito" — ese algo que salía de sus entrañas y que habíase formado en elaboración lenta y difícil — se excitaba de tal modo que fatalmente debía ahogar la euforia en sendos vasos de licor. Entonces aparecía el fanático que daba gritos y vivas a Ramírez y concluía con procacidades espectaculares, injuriando al gobierno por puro gusto. En esos trances, Domitilo, tenía los ojos fuera de las órbitas, los puños levantados al aire y las sienes inundadas de sudor. La mayoría de los artesanos de Sucre parecíanse a Domitilo, excepto los liberales, viejos zorros amaestrados en el fraude y otras desvergüenzas. Ramírez llamaba familiarmente a sus partidarios: "cholos lindos", y en cualquier instante, ellos, seducidos por su voz hombruna, desarmaban a la política y ponían en fuga a los temidos liberales.

Vargas regocijábbase haciendo examen minucioso del cholo sucrense. Domitilo era ejemplo de belleza muscular. Brazos delgados y músculos tensos de excelente jugador de pelota vas-

ca. Por consiguiente, en la pelea sus golpes eran certeros, audaces e intrépidos. De facciones mestizas y agradables: ojos negros, piel trigüeña, y cuerpo recio. En verdad el único vicio y, tal vez el más grave que tenía, era la chupa dominguera, iniciándola el sábado y concluyéndola el miércoles.... Por lo demás poseía la bondad del hombre sano, dotado de la usual viveza chuquisaqueña, listo a ponerla en ejecución y sacar inmediato provecho. No se excusaba por eso de sufragar el día de elecciones hasta diez veces, cobrando a ambos bandos: republicanos y liberales, pero dando los votos únicamente por el partido de su predilección. No obstante de todas estas picardías, Domitilo, difícilmente sabía leer y escribir. En la escuela había sido buen alumno, pero poco a poco fué olvidando las nociones elementales. Sin embargo deletreaba diariamente y con trabajo los famosos editoriales de "La Industria" y "La Capital", escritos por "verdaderas eminencias de la ciudad". En la vida práctica era un lince y no se descuidaba de succionar a sus clientes los centavos diarios. Por la tarde, ya reposado, admiraba a Ramírez y creía ver en él su propia hombría, su propio carácter, y se deleitaba con la oratoria frondosa del pro-hombre, cuyo lenguaje másculo, portador de las glorias chuquisaqueñas y de la libertad romántica, le transportaban a la apoteosis. Domitilo, alma simple, creía en los grandes conductores y los veneraba. Por lo demás su ignorancia oceánica le preservaba de la historia del planeta, y su mente confusa se reducía a hacer comparaciones caseras entre Ramírez y Montes. Chuquisaca para Domitilo y su estirpe, representaba la cuna de la libertad americana, la ciudad lumen donde brotó el primer grito de independencia, el hogar maravilloso de sus antepasados, magnificado por la leyenda, la casa grande en la cual habían nacido él y los suyos, y todos los cholos lindos de Sucre! Porque en su imaginación intuí las doctrinas más avanzadas, no sabiéndose explicarse muy bien, pero suplía su falta de cultura oyendo divagar a los pipuelos de la Universidad con esa claridad y ese espíritu sucrense, grabándose en su memo-

ria nombres tan raros como los de Kropokine y de Marx. Domitilo en sus horas frescas, quería que le hablasen la verdad, pero nadie se había tomado semejante trabajo.

Su taller era un rescabio de la época medieval, concurrido por badulaques, politiquillos y aventureros. Le honraban dándole el título de "maestro". Por ese y otros calificativos, no podía tener dudas: el republicanismismo era su partido, y su jefe Ramírez. Muerto el caudillo —decía él— ya veremos. A lo mejor me vuelvo oficialista, y me corrompo.... Por instinto odiaba al partido del gobierno, enterando a todos, que "vivía de su trabajo" y que luchaba contra el montismo, especialmente por sus viciadas prácticas de ganar elecciones. Feliz en su tienducha, golpeando duramente los zapatos, matizaba el trabajo con la charla, mientras a sus pies corrían y se mordían los conejillos, y una vieja lora, colgada de su percha, repetía continuamente indecencias. Su mayor placer era tomar medidas a las cholas y probarles las botinas de cabritilla, al mismo tiempo que tocaba con delicia sus pantorrillas, una y otra vez, con mil pretextos. A ratos bebía un largo trago de singani, y brindaba mentalmente por cualquiera. Y los muchos instantes que la impaciencia le devoraba, salía a la calle, y visitaba a sus amigos políticos, renovando sus conocimientos y adquiriendo noticias frescas. Entonces, su ardiente imaginación quedaba encandilada de las frases sagradas y mágicas, y el corazón se le llenaba de una convicción brutal que bastaba para alimentar su fanatismo. Si, por alguna causa extraña, le venía una duda, releía los diarios opositores redactados por "verdaderos sabios y expertos en la demagogia y la revolución", enciclopedistas de las necesidades populares, fuera de que en largas columnas, se ocupaban de los problemas nacionales como la viruela, el ají y el ferrocarril a Sucre.....

En ausencia de Domitilo, gerentaba la tienducha, Burbuja, sobrino suyo, pilluelo de doce años de edad, listo como los gorriones cuando se trataba de triscar y de saltar tapias y em-

parrados. De vez en cuando el maestro, descargaba sobre sus débiles espaldas, tremendos zurriagazos, pero el gorrión no variaba ni se corregía. Lloraba unos minutos con todas sus ganas y a los pocos instantes ya estaba riendo. Burbuja era la llave de la tienda, la alegría y el querubín bajado del cielo. Todo el mundo le conocía en el barrio con el apodo de Burbuja, y era tan atrevido, que a los doce años, ya desafiaba a los liberales y se burlaba de ellos, poniéndoles colas de papel.....

El día sábado, Domitilo, siguiendo la moda de los "lindos cholos chuquisaqueños", buscaba a sus colegas, y después de libar copiosamente detrás de mostradores misteriosos, recorría las callejas atronando con vivas estentóreos a Ramírez, a Sucre, mezclando uno que otro muera al general Montes. Entonces caía preso y en la policía, le castigaban cruelmente, en un calabozo vertical llamado el "parado", pero apenas recobraba la libertad, volvía a reincidir, crinándose en el ínclito general Montes y los liberales, que por entonces eran dueños de la república y la dominaban con mano de hierro.

CAPITULO XII

CLASE MEDIA EN ESCENA

Mario Tijerilla respiró con fuerza y su corazón se llenó de gozo y de euforia incontenible. Acababa de ser nombrado profesor del Colegio Junín, después de un examen de competencia ante personas expertas en ciencias y letras, como don Ventura Estrella, el señor Barómetro Romero, don Aristóteles Sotés y otras eminencias. Doña Andrea Mirasol no cabía de alegría, y adivinaba para su hijo el más venturoso porvenir. Casi seguro —pensaba—, sería diputado, senador, prefecto, y tal vez... En cambio los condiscipulos de Mario, y sus propios hermanos, quedaban a la zaga, regustando la chicha, en medio de brindis absurdos al lado de cholas promiscuas y bulliciosas.

Maricito leía autores clásicos con delectación y detestaba a los modernos aparentando conocerlos en público. Enviaba frecuentes colaboraciones al diario gobiernista "La Mañana", dirigido por el célebre vate Peñaranda, cuya ocupación era cantar al general Montes en todos los metros, al mismo tiempo que su acerada pluma destrozaba y rebatía a la oposición.

¿Pero sus otros hermanos, JUANITO, PEDRITO y JULIO?

—Tarde o temprano tendrían que ir a la Academia Militar — había profetizado don Ventura Estrella, como queriendo librarse de una plaga local.

—Ya los tengo comprometidos para la gloria, sólo faltan algunos detalles — se atrevió a responder doña Andrea.

—Este don Ventura es una lumbrera intelectual, algo así como maestro en ciencias ocultas y divinas — añadió Mario con aplomo.

Las felicitaciones no se hicieron esperar. Toda la gaudería que se preciaba de culta estrechó las manos de Mario con motivo de su nombramiento, inclusive don Nicanor Carrasco, famoso dueño de la tienda "El Cocodrillo". En esta oportunidad envió su tarjeta acompañada de una billetera de cuero, pero sin billetes. Doña Andrea prestóse un saloncito "ad hoc" de una de las vecinas para celebrar el éxito de su hijo y hasta fabricó mistelas y convidó vino oporto. Al día siguiente Mario, cambió completamente de indumentaria y de vida. Calóse un sombrero hongo y adquirió corbata plastrón a la moda, fuera de algunos adminículos para realzar su persona. Hablaba parca y ceremoniosamente. Daba los buenos días con afectación; saludaba a los hombres prominentes del "Club de la Sabiduría" con gran respeto. Aún sus ojos achinados y miopes se fijaron en las caderas voluptuosas de una de las Mirtos, imaginando futuros planes. No obstante los sepultó en el fondo de su corazón sin hacer confidencia a nadie. ¡Cómo no se habrían reído de él, en primer lugar, su madre! Era apenas un pobre mozo, elevado a la categoría de maestro de Colegio gracias a las veladas nocturnas y a los sufrimientos memónicos. También a las adulaciones. Encendió un cigarrillo por prime-

ra vez y salió a la calle en busca de "cartas del norte"... El correo del norte llegaba en esa época a lomo de bestia, desde Challapata hasta Sucre, en tres días, atravesando la sierra abrupta y poniendo a prueba los riñones de los postillones indios y del correista. Hacia la oración, ingresaba a la capital, a todo trote, y ya por las vecindades del barrio de San Roque, el indio postillón tocaba su cuerno de caza primitivo, advirtiendo que traía noticias de La Paz. El correista mestizo, tostado al sol y al aire de los Andes, cabalgado en su mula, cruzaba las calles y plazas a galope tendido, picando espuelas a la pobre acémila que ya no podía más y depositaba la correspondencia y los paquetes certificados en manos del administrador de correos, un señor flucucho y mañoso en eso de violar las cartas, empeñado en descubrir secretos políticos. La casa de correos estaba situada en una casa vetusta, al lado del templo de Santo Domingo, a la cual se penetraba por un callejón larguísimo que daba a un patio de sabor español. Allí estaban las oficinas, atendidas por señoritas risueñas y galantes que se divertían con el público. Apenas desmontaba el mestizo de su mula, el administrador charlaba misteriosamente con él y se enteraba personalmente de las noticias del norte; luego deshacía el paquete certificado, poniendo los ojos sobre los nombramientos para no entregarlos cuando no convenían, abría los sobres y los volvía a cerrar, apoderándose de los giros postales hasta cuando a él le diera la gana, y se dirigía a lo del prefecto para enterarle de sus pesquisas...

El público que paseaba por la histórica plaza y los políticos ansiosos de recibir cartas del gobierno, afluían al correo, indicando cada cual su nombre a las señoritas para la búsqueda de cartas y periódicos. Se oían apellidos como éstos:

—Una carta para el doctor Barómetro Romero.

—Muy bien, aquí le tiene.

—¿Para el doctor Ventura Estrella?

—Selamento diarios.

—Gracias.

Aproximóse a la ventanilla un caballero cauteloso y en

tono irónico atrevióse a preguntar:

—¿Quisiera tener la bondad señorita de buscarme cartas, o en su defecto de decirme, qué contienen ellas?

—Me extraña, señor Pintado, que venga usted con semejantes ocurrencias!

—Me tiene que disculpar ilustre señorita, éstas ocurrencias. Como nuestra ciudad, por gracia de Dios, posee uno de los mejores servicios del mundo, me atrevía a hacerle una simple sugestión..... ¡comprenderá usted!

—No tiene cartas, señor Pintado, y le ruego mayor educación — replicó la señorita enfurecida.

El señor Pintado volvió a insistir sonriente, y dirigiéndose al público murmuró entre dientes:

—Quiere decir entonces que no las ha leído aún. Es una lástima, pues tengo el pálpito que me enviaban un nombramiento.....

Al retornar a su casa el señor Pintado, que entre otras cosas tenía el defecto de la murmuración crónica, encontrándole a Tijerilla, que leía su voluminosa correspondencia, no se contuvo de decirle:

—¿Noticias del norte? Muy bien, muy bien, amigo. Yo no he tenido esa suerte. ¿Sabe usted, por ventura, cuándo captaremos informaciones fidedignas del golpe de cuartel que se prepara entre sombras?

—Estoy a oscuras, señor Pintado — replicó Mario con seriedad.

—Pero aún a oscuras es posible saber algo.

—Yo no me mezclo en asuntos de esta índole; le consta mi vocación literaria.

—Ya lo sé, Tijerilla, pero hay tan poca diferencia entre literatura y política en esta tierra, que me atreví a hacerle tal pregunta. Y pasando a otro asunto o insisitiendo en el mismo, ¿cuándo dicta usted su anunciada conferencia sobre romanticismo y neoromanticismo?

—Muy pronto, señor Pintado, le enviaré una invitación.

—Le agradezco, amigo mío. Yo no asisto a conferencias

aunque tengan colorido, amigo mío. Por otra parte, le diré, no creo en la cultura, menos en la civilización occidental... Mi única cultura —si así podemos llamarla— es la que me he impuesto: por la mañana un copetín, por la tarde otro. Recorro esas tienduchas llamadas pastelerías y ya saben mi costumbre. Creen que tomo soda, y en realidad estoy regustando el sabroso singani. Luego mi charla con Tolomeo Muñoz es más sabrosa que una novela de Zola...

—Lo lamento mucho.

—Escuche, amigo, yo quiero serle franco. No creo en la utilidad de la célebre Universidad. Soy un autodidacta como toda la gente inteligente de Sucre. Una chola, por ejemplo, sabe más que una dama. Y un pillastre de Chuquisaca, es francamente, un personaje novelesco de Cervantes o un Gil Blas de Santillana. Lo más interesante de Sucre: pillastres, cholas y granujas no han sido todavía estudiados ni descritos. Toda la literatura de Bolivia, insípida y sin matiz, se refiere a doctores vacíos y héroes inventados. De la famosa Universidad de San Francisco Xavier —aparte de los ilustres badulaques que fraguaron la independencia americana— no han salido sino personajes acartonados y memoriones solemnes como el célebre abogado Palmatoria... ¿Sabe usted, acaso, que la Universidad hubiese dado vida, por lo menos, a un químico barato que pudiera dar con la fórmula de jabones y velas? Universidad verbalista, amigo. Inclusive los que se dicen "marxistas", trascienden a Aristóteles. Hablan de un marxismo suigéneris, igual que aquel que habla de amor, leyendo novelitas de Xavier de Montepín. ¡Palabras, palabras, como diría nuestro admirado Barbita Aguilar!... Nicanor Mallo, que un tiempo dictó cátedra, fué una excepción. Conocía la fórmula del agua y por eso la desdñaba. Sucre tuvo una especialidad, una sola, y a ella me refiero. Ninguna sociedad altoperuana dió un Olañeta. Casimiro, fué lo más espectacular y agudo que produjo nuestra ilustre ciudad. Olañeta fué más grande que Bolívar y Sucre juntos, porque a los dos engañó. Creó una nacionalidad en mitad de los Andes con la idea de ser su caudillo letrado, ireempla-

zable, y se quedó en las antecámaras como consejero, o más bien como cálico de palacio. Nunca pudo ceñir la banda presidencial pero aconsejó al revés. Esa fué su revancha... Si hubiese hablado sinceramente se habría destruido a sí mismo....

—Pero no generalice, estimado doctor.

—¿Generalizar? ¿No ve usted, que estoy concretando? ¡Oh los famosos doctores del Alto Perú! Odian todo lo que es espíritu... Acatan el Código Civil que es como estaquillar zapatos. ¡Artesanos de las letras y de la filosofía!... El título de doctor lo he adquirido, como a su tiempo lo adquirieron los prohombres de Chuquisaca, después de vagar cinco años en los claustros y discutir tenterías. ¡No obstante somos unas eminencias!...

—Estoy francamente escandalizado, señor Pintado.

—Le ordeno que me diga doctor, porque tengo título, amigo Tijerilla.

—Doctor Pintado, es usted un hombre sumamente arbitrario y hasta peligroso.

Tijerilla, servilmente, rectificó:

—¿Arbitrario? Escuché, amigo. El único caso de rebelión inconsciente que conozco en nuestra Universidad, es la de un loco apellidado Wálter, borrachín consuetudinario que desafiaba a las musas y a las cholas, porque jamás ha trabajado. Y la única celebridad que ha brotado de este antro de sabiduría es la de don Benancio Palmatoria. ¿Puede alguien, superarle en picardía? Barbita Aguilar es un niño, un inocente y un sonámbulo del bien. Palmatoria sabe cosas que todavía no han resuelto los espiritistas, como la de hacer testar difuntos con precisión de cifras y legados. Y su mentalidad es tan atrabiliaria que acomoda la Constitución al servicio de cualquier régimen triunfante. ¡No me negará que este monstruo es tan necesario para la vida jurídica del país, que sin él no habrían grandes propietarios felices, mineros más ricos que el Estado y hogares conspicuos!...

En un instante de vacilación, acosado por Pintado, el flamante profesor de secundaria tuvo la valentía de decir:

—Pero es que esta tierra se llamó Alto Perú desde el comienzo...

—Bueno, dejemos estas cosas, amigo Mario; yo tengo el defecto de molestar a las gentes cuando encuentro a mi paso y sin necesidad alguna.

Luego se enredó con Tijerilla en una discusión colorida y llena de sabor sobre la genealogía de las viejas calles de la ciudad. Cada una tenía su historia, su tradición y su púrpura. La que menos recordaba un incidente, un afecto, ya borrada por el tiempo y el olvido.

—¡El barrio de "Siete colores, Cuatro esquinas, Mojotorrillo, el Palomar, el Inisterio, San Calixto, San Roque, Santa Ana, Tres molles"! ¡Cuánta vida y cuánta ingratitud!

A medida que iban caminando por esas calles, Pintado relataba anécdotas, y escenas que el tiempo había marchitado.

—Aquí, en esta casa vetusta, nació Palmatoria. Aquí, en esta otra, el canónigo Terrazas y su pupilo Mariano Moreno, que tocó a rebato el 25 de mayo de 1809. Estas cruces de San Francisco, recuerdan a trece frailes colgados en tiempos coloniales por delitos livianos... Y los arcos ya desaparecidos, echados abajo por la barbarie ciudadana, igual que los hermosos árboles de la histórica plazoleta, fueron los primeros testigos de los motines republicanos. ¿Y qué me dice usted de los príncipes? Parece que llegan la semana próxima.

Mario sintió un breve cosquilleo en sus venas. Tenía inmensos deseos de participar en las fiestas y de codearse con la nobleza terrígena, pero su condición social se lo impedía.

Pintado, maldiciente por temperamento, conociendo la represión que sufría Tijerilla, hablóle pérfidamente:

—Yo no me explico, ¿por qué nuestra ciudad rinde culto a estos príncipes?... Aquí debía rendirse culto al talento; la culpa la tenemos nosotros... A lo que parece, nuestro pueblo rebalsa de adulones y de resentidos sociales... Volvió a insistir, complacido:

No hay razón alguna para que la gente humilde oculte su origen plebeyo, en lugar de constituir el sostén democrá-

tico del país. Vea usted, nos arrastramos para surgir y luego medramos a la vera de los ricos, convirtiéndonos en azote de la sociedad.

Y notando las venias de aprobación de Tijerilla, continuó:

—Yo no soy un innovador como usted. Nunca lo he sido ni se me ha ocurrido dar conferencias sobre neoromanticismo. En cambio me jacto de ser un observador impertinente de la sociedad, y pienso con ese derecho, que el mestizaje sin la temperatura y el clima necesarios, se convierte en calamidad nacional. Todos quieren ser los primeros y nadie espera su turno. De ahí los motines y los golpes de cuartel apresurados, los conflictos sociales frecuentes. ¿Pero qué vamos a hacer? Los españoles nos dejaron en mitad de la calle. Nosotros nos hemos vuelto artífices de nuestra propia desventura. Somos un pueblo promiscuo en arte, en literatura y en política, Algún día saldrá algo de esta inmundicia. Mientras tanto deseáramos ser águilas y apenas somos aguiluchos, o mejor dicho, gallinazos....

La plaza de Sucre estaba atiborrada de gente. Los señores aristócratas daban sus vueltas acostumbradas por las aceras centrales, moviendo con parsimonia sus traseros académicos y sus cabezas soberbias y vacías. Los mestizos se mantenían alejados de los llamados decentes, dejándoles las aceras centrales. Por humillación particular se alejaban, formando grupos al centro de la plaza, cerca a la banda del regimiento. Una variedad múltiple de señoras y señoronas, al parecer damas viejas educadas en conventos, tapadas con largos mantones negros, cuchicheaban en la semiscuridad, transmitiendo chismes lugareños y burlándose de las parejas.

Toda la vida de Sucre estaba suspendida de la trascendental noticia: llegaban a la ciudad los "príncipes de la Gloria", después de muchos años de permanencia en el viejo mundo.

SEGUNDA PARTE

ESAS CAMPANAS DE SUCRE

¡Qué alegres las campanas de Sucre, cuando éramos niños!

Entonces nos dormía el candor y soñábamos mecidos por querubines de alas doradas y espadas de fuego....

La ciudad despertaba al ruido de campanas alegres, y la mayor, de la Basílica, severa y grave, tañía sordamente anunciando fiesta cívica o la sagrada procesión del Corpus Christi....

¡Aquellos días de la infancia! Sonaban las campanas y la gente se desgranaba por las calles. El corazón daba brincos. Había una campana, la de San Francisco, rajada y vieja, que regularmente anunciaba sublevaciones y motines. Era ronca y descreída, burlona de los dogmas y varonil como ninguna. ¡Se convirtió a la República el 25 de mayo de 1809!

La rebautizaron Monteagudo, *Michel, Alzérreca, Moreno y cientos de jóvenes libertarios que soñaban en el continente americano. Las otras campanas la tenían envidia. Sus sonos eran profundos y apasionados....

¡Esos días! La emoción nos embargaba y corríamos por las callejas, enloquecidos, viviendo a los caudillos, los puños apretados y el ansia en las gargantas, para saber qué significaba el son....

Cada campana tenía su ternura y su tristeza. Unas sabían llamar quejumbrosas cuando las hería el dolor, y llenas de júbilo en días de fiesta, de pascua, de novillos y de consagración patria.

¡Oh alegres campanas de la infancia! Alegres sonos que yacen muertos en el corazón!....

CAPITULO XIV

LOS PRINCPES

Los "príncipes de la Glorieta", llegaron hacia el atardecer de un día domingo, elegido especialmente para su retorno a la ciudad de los cuatro nombres. Todo el vecindario se congregó en la plaza, vibrando de entusiasmo, extendiéndose la alegría de uno a otro con fin de la población. Decentes, cholos, pilluelos, abogados, pulcros ministros de la Corte Suprema, vestidos de levitas negras y sombreros de copa, todos, tenían enorme curiosidad de volver a ver a los ilustres paisanos convertidos en monarcas por la gracia papal, pues se decía que don Francisco y doña Clotilde eran generosos, amantes de su tierra y de una fineza extraordinaria.

El feudo de la Glorieta, de cuya entraña salían príncipes y músicos, estaba situado a unos kilómetros de Sucre. Era lugar amable, pintoresco y lleno de flores. A la manera del principado de Mónaco, en medio de rocas y arbustos, surgía de repente un conjunto de torres y almenas simulando un castillo feudal, que recordaba los cuentos de la infancia, inocentes y sencillos. ¡La histórica ciudad poseía la suerte extraordinaria de amamantar príncipes! Y aunque los ilustres señores no gobernaban, ni tenían la menor influencia política, ejercían de hecho predominio social, dándose de ese modo, el lujo de dispensar mercedes, gracias a su dinero.

La charla corriente en la ciudad versaba sobre los príncipes, la cantidad de onzas que les había costado la distinción papal y sus costumbres aristocráticas... Según el doctor Estrella, don Francisco y su esposa, convertidos en augustos monarcas, no eran iguales a los vecinos de la culta Charcas, cuya especialidad consistía en calentarse largas horas al sol, murmurando contra todos, fuera de que escupían en las paredes. Las carnes de los príncipes tenían olor peculiar, y si alguien dudaba, podía olerlos, y convencerse. Además exhibían papeles

pontificios, fehacientes, con sellos y cintas de colores, en los que constaba, no sólo que estaban bendecidos hasta la cuarta generación, sino que sus pies y sus manos trascendían a incienso de iglesia; sus hígados y riñones funcionaban dinásticos, y sus corazones reservados para las grandes solemnidades, dispuestos siempre a dar, en primer lugar al culto, y en seguida a los pobres y aduones que se contaban por cientos....

Los augustos señores fueron esperados en las afueras de la ciudad por sus innúmeros parientes y por todos los vecinos que deseaban solazarse viendo a un príncipe criollo y a una princesa buena moza, humorística y agradable.

Los chismes, el entusiasmo y la intriga, desparramáronse por esos días. Siendo el camino abrupto y difícil, los monarcas habían hecho el viaje por etapas, en lujosas diligencias tiradas por mulas. Decíase que traían un automóvil —última novedad de París— pero no fué posible manejarlo por caminos tortuosos, destinados únicamente a los alpinistas y a los amantes del peligro.

Tan conspicuos señores, recibieron el saludo del Alcalde, de los notables de la ciudad y de los Céfiro, que en Sucre, constituían una especie de dinastía arbitraria y sin fin.

—Nada ha cambiado — expresó la señora "princesa" — al divisar los contornos de su tierra natal.

—En verdad todo se encuentra en su sitio — replicó el "príncipe" — retorciendo las guías de sus bigotes a la francesa.

A lo lejos, los cerros venerables y azules, dibújense descubriendo sus atributos de hembra y macho; el cielo sin nubes, las casas blancas, los burguesotes sentados a las puertas del "Club de la Sabiduría", las doncellas ágiles dando vueltas alrededor de las estatuas de la libertad, siempre en pos del novio, apresuradas y nerviosas. Eternamente el mismo espectáculo.

—¡Vivan los "príncipes"! — dijeron muchas voces.

—¡Qué vivan!, — replicaron los Céfiro y su numerosa servidumbre.

A los Céfiro, añadiéronse Manolito del Tejar, Pepito Sandía y todos los jóvenes ricos de la ciudad, así como las doncellas y las cholitas curiosas.

Los "príncipes" ingresaron a su augusta mansión en medio del murmullo general, de flores que les arrojaban los aúlicos, y de gentes excitadas que de todas maneras querían tocarles sus vestidos de seda. La burguesía íntegra, habíase dado cita en la aristocrática residencia, para presentarles el homenaje de su adhesión. Allí estaban don Aristóteles Vientos y sus sabrosas hijas; don Mateo Mirtos con sus ojos rojos de tanto contar billetes y cintas, acompañado de su mujer y de su prole; don Macedonio Barzola y su joven esposa, exhibiendo enormes senos patrios; don Barómetro Romero, el doctor Estrella; excitadísimos y comedidos, pues nadie como ellos para espulgar genealogías y fortunas saneadas. También hicieron su presentación don Estanislao Sandía y familia; don Artemón del Tejar, padre de Manolito, muy ceremonioso y estricto en eso de guardar cumplidos sociales; don Artemio Casasús, gerente de un Banco, y un lince en eso de quedarse con las propiedades ajenas. Luego aparecieron los Urquiza que manejaban la Banca, expertos en tablas de intereses simples y compuestos, cuya vida bursátil los excluía del amor, pero no de las flores. En la antesala, conforme ordenaba la etiqueta, se veía al señor intendente de la "princesa", "monsieur Antoine", junto a una pareja de doncellas rubias: "Annette y Louise", que desde el primer instante causaron revuelo en la juventud suculente y miradas apasionadas. La "princesa", para cotizar su servidumbre y darle prestancia, las hizo aparecer como hijas de un viejo capitán francés, pero en realidad se trataba de las hijas de una portera de la "rue Víctor Hugo". De todas maneras eran cultas y amables, y sobre todo, sus cuerpos vibrátiles, concedíanles tierna consideración y afecto. En realidad, la sociedad íntegra, se había dado cita en los salones de la augusta señora. Don Manuel Lanús del Céfiro, pariente inmediato, así como todos los Céfiro, cobraron suma importancia por esos días, y prevalidos de su posición social, miraban de reojo a los demás, daban gritos inarticulados, tratando despectivamente a los buenos burguesotes de sociedad, siempre cordiales, atentos e irónicos en el fondo. Los Céfiro pretendían, que, siendo "princesa", su ilustre pariente, a ellos también

les tocaba algo de la sangre papal que había vertido el Santo Padre....

Leonorcita y Ofelia Lanas del Céfiro, acompañadas de su madre, no cabían de gozo, y su primera petición a la "princesa" fué rogarle que les enseñase sus lujosos vestidos, y sobre todo, la gran capa de armiño con la cual la augusta señora hiciera su debut en los salones de Roma, y más tarde sería inmortalizada en el bronce.

—¡Qué felices las hijas de don Manuel, que pueden ver tantas maravillas! — decían las niñas de sociedad.

En tanto Manolito del Tejar y sus amigos, estaban preocupados con las nuevas innovaciones de la moda y los trajes que debían lucir en las recepciones. Se convino en usar frac, pantalón corto, y medias blancas de seda, al estilo de Londres.

Cuando apareció días después, la augusta dama, en su casa de Sucre, el murmullo fué general. Algunas señoras que la habían conocido en su juventud pretendieron tutearla, y ya tenían en los labios la palabra cariñosa y amable: Clota, pero el ademán severo y majestuoso de la singular dama las contrató. Era la "princesa", una señora de cerca de cuarenta y ocho años, ajamonada y con bastantes rollos en las caderas y en los mofletes; ojos morenos y agrandados por el lápiz, siguiendo la moda de esas damas que figuran en las postales italianas de comienzos del siglo. El aspecto romántico de la dama, contrastaba con sus ademanes inquietos y su manía verbal de opinar sobre todo. El señor de Argandoña vestía levita gris, con rebordes de seda negra en las solapas, luciendo en el ojal cintilla roja de comandante de la legión de honor. El chaleco albo conjugaba con sus pantalones ingleses y zapatos "lovelace", patrióticos, y con botonadura al lado.

—¿Cómo han estado ustedes? — fué su primera pregunta.

—Muy bien, muy bien, príncipe.

—Me lo figuro. Ah, ya, ya....

En seguida un silencio.

El señor Vientos, que conocía el lenguaje protocolario, recordando de cuando fuera secretario de Legación en el Bra-

sil, improvisó una pequeña pieza oratoria en términos tan elegantes que agradó a la concurrencia. Y aunque no había tradición de príncipes en la ciudad, se remontó hasta el Olimpo y luego enlazó las glorias republicanas con la jerarquía de los santos y de los héroes. Obtuvo general ovación, pero tan discreta como convenía a las reglas sociales. Luego, el señor Vientos, en la intimidad, comenzó a explicar a sus amigos, que el lenguaje de los "príncipes" tenía que ser familiar, que ellos podían darse el lujo de tutear a todo el mundo, pero que el protocolo, exigía a los visitantes, no olvidar de darles el título de Altezas....

—Además — agregó — esto no achica ni compromete a nadie; al contrario da a las personas exquisita prestancia social.

Criados indígenas vestidos de librea y medias de seda blanca irrumpieron a la sala llevando bandejas con champaña y biscotelas. La augusta señora, hizo explicación sucinta de la moda parisién, de algunos hechos notorios del mundo y de la fuente milagrosa de "Lourdes". Expresó que en la ciudad debía descubrirse algo parecido. El "príncipe" relató anécdotas de sus viajes y de los amigos que había conocido en el viejo continente. De Alfonso XIII habló con intimidad....

En realidad, el "príncipe", se sentía incómodo con el título, pero no deseando disgustar a su real consorte, toleraba las venias, y de vez en cuando tenía que ponerse su célebre capa de armiño, tal como se lo ve en postales que han pasado hasta nuestros días.

No hay duda que la llegada de tan ilustres señores a Sucre, fué todo un acontecimiento. Los bailes, los chismecillos, las intrigas y el genio humorístico del sucrense, lograron tal desarrollo, que nadie, que no vivió aquellos felices e ingenuos tiempos, deja de recordarlos sonriente y muchas veces apretándose el vientre....



La llegada de los "príncipes" a la ilustre ciudad.

CAPITULO XV

LA CACERIA DEL ZORRO

Al día siguiente de la llegada de los "príncipes" a Sucre, no se hablaba de otra cosa que de ellos, de sus defectos y de sus generosidades. Los Céfiro habían hecho selección rigurosa de la sociedad, según sus gustos, y los que no les caían en gracia no eran invitados a las recepciones principescas. Viejas familias de Chuquisaca que en otras ocasiones figuraban en los elencos y en los carnets sociales, como los Lizarazu, los Doria Medina, descendientes de marqueses auténticos, no fueron tomadas en cuenta. En cambio se abrió los salones a una variedad infinita de "parvenus" y aduloncillos, según murmuraban por lo bajo, Osvaldo Pintado y Mario Tijerilla.

Los Ibarnegaray, los Entrambasaguas, los Medina Celi, los Nava Morales, por el hecho insignificante de que estaban arruinados y sin fortuna, fueron alejados, contentándose con observar las fiestas y criticar a los invitados detrás de los visillos de las ventanas. Además dieron la excusa formal de que no asistirían a ninguna reunión social ni se mezclarían con "aristócratas papales", y menos con los Céfiro, que se encontraban en el apogeo de la soberbia y de la desconsideración. El marqués del Tajo, descendiente de los marqueses del Tajo, que además prestigiaba las letras de Sucre componiendo sonetos y poemas patrios — se negó igualmente a asistir a ningún baile donde no hubiera por lo menos media docena de aristócratas verdaderos. En muy poco tiempo, se formó en Sucre, dos bandos rivales: los que sostenían a los Céfiro, y los que en nombre de las viejas familias, de acuerdo a la tradición y teniendo en vista sus escasos recursos, oponíanse a que la sociedad fuese manejada desde el feudo de la Glorieta....

El marqués del Tajo, que entre otras cualidades, estaba adornado de la manía de deformar los hechos, expresó con toda

franqueza su opinión desde uno de los bancos de la plaza, en estos términos:

—Los Céfiro — dijo — no son otra cosa que advenedizos llegados a Sucre en terribles condiciones de pobreza y, gracias a la suerte, han ido adquiriendo repentinamente rango y orgullo. Por ejemplo, el padre de don Manuel, fué chalán, y a fuerza de domar potrillos, creyó que podía domar a la sociedad íntegra. Lo mismo podíamos decir de los Mirtos que nunca han hecho otra cosa que vender cintajos; y de los Vientos, adulones profesionales...

Lo cierto es que el marqués del Tajo, poseía un disparpajo único cuando se refería a los Céfiro, satirizándolos en ese lenguaje cropolálico tan vernacular y suyo. Manejando gruesos fajos de billetes azules, organizaba verdaderas encuestas y jaranas para denostar a los Céfiro, vengándose de esta manera, el no haber sido invitado a las fiestas.

Una mañana, la plaza de Sucre, tan tranquila y soleada, fué alborotada por una cabalgata de señoritos, vestidos de levitas rojas y pantalones blancos a la inglesa, montados en fogosos caballos, dirigiéndose a galope tendido a una de las propiedades de la "princesa". Tocaban cuernos de caza y daban gritos agudos, produciendo una tremenda algarabía. Galgos y podencos traídos de Europa y previamente amaestrados, seguían el galope de los corceles, mientras los caballeros en su alegre ebriedad, desafiaban la pasividad del ambiente.

Los vecinos salían a sus puertas, y no cabían de estupor, al ver un espectáculo tan raro en la ilustre ciudad, al mismo tiempo, sonrientes de las ocurrencias de tan aristocráticos señores, que se divertían con la caza de zorros inexistentes y con el peligro de caer muertos en cualquier riesgo.

Los burgueses desestimados criticaban a los Céfiro y los ponían de verde y azul, recordando sus frecuentes liviandades, como aquella que se le ocurrió al hijo de don Manuel, de darle "cocteles" a su caballo, en el "Club de la Sabiduría", en presencia de sus amigos. Los ironistas se divertían de esta nueva moda de cazar zorros en desiertos o en serranías abruptas,

en los cuales —según Olvaldo Pintado— no existía ni vestigio de raposa, y el último ciervo había sido devorado doscientos o trescientos años atrás.

—Esta cacería del zorro — intervino Tijerilla, que se la daba de muy versado en asuntos cinegéticos — es digna de ser cantada por los poetas locales.

—Los poetas locales no la cantarán hasta no ser pagados generosamente — respondió Pintado.

—Pero ser poeta, quiere decir artista, libélula, luz, en fin...

—Ser poeta, no quiere decir eso; además los últimos zorros se han convertido en funcionarios públicos: verbigracia, los Yáñez.

La verdad es, que la cacería del zorro sirvió, para que los Céfiro y los Mirtó, luciesen sus ricos caballos, y la princesa, invitase un gran almuerzo en la Glorieta. Dió también, oportunidad, para que la gente de Sucre acostumbrada a la garrulería, la comentase en todos los tonos, excediéndose en el festivo, del que sabía sacar partido. La augusta señora, sabía por experiencia, que zorros vivos no existían en los campos de Chuquisaca, excepto los Yáñez —gente de armas tomar y de irónica labia— los cuales advirtieron con anticipación en uno de los diarios, que no se prestarían a bromas de mal gusto ni a travesuras de príncipes! Así, que, esa tarde, fué disfrutada en el castillo feudal, bebiéndose "cocteles" y dedicándola al "flirt", en tanto los señores maduros no daban descanso a las mandíbulas, devorando lechones y rociándolos de excelente vino francés que los "príncipes" invitaron sin reserva.

El "paper chase", fué matizado por elegantes chuquisaqueños y pintorescos intelectuales que vestían al estilo parisién de comienzos del siglo y exageradamente: levitas a cuadros, pantalones bien apretados, chalecos albos punteados de rojo y guantes. Uno de estos elegantes, que merece recordarse, se hacía llamar "chongo" Zurdininea, joven de ocurrencias, lenguaraz, y espécimen de la moda y de la frivolidad, oportuno en sus dichos, mal hablado cuando no comía bien y capaz de trenzarse con cualquiera por un chiste, un clavel o el honor de una dama.

La "princesa" derramó su buen humor, excediéndose en las tomaduras de pelo, sirviéndole de blanco de sus risas, los invitados pobres, o los que en su concepto, no podían defenderse o no gozaban de preeminencias sociales. La buena e ingenua señora, creía evidentemente, que pertenecía a la nobleza, y que su nombre estaba inscrito en el almanaque Gotta. Gozaba de especiales consideraciones entre sus coterráneos de tierra adentro, los cuales la disculpaban el honor de haberla visto nacer, de crecer y aun de limpiarse las naricas. Señora afortunada y buena moza, y cuya dicha fué contraer matrimonio con un rico minero pleno de bondad. De todas maneras, su locuacidad, su viveza natural y su vida artificiosa, molestaban a los habitantes pobretones, que también habrían deseado disfrutar de sus larguezas. De ahí las reservas de éstos, y esa crítica permanente contra esta innovadora frívola, cuyo único defecto consistía en creerse aristócrata verdadera. Pasaría a la historia anecdótica chuquisaqueña, como mujer ridícula y mucho más pintoresca que sus invitados pobres, si, en el fondo, no hubiese demostrado corazón generoso y algunos matices, muy por encima del círculo que la rodeó. Podía esta buena señora, ser revolucionaria y hasta nihilista, si pensamos que le gustaba alternar con el cochero y el hortelano; sentarlos a su mesa, y aun derramar lágrimas por los perros que morían envenenados. Exigía que la trataran con respeto, imponiendo las prerrogativas debidas a su dinero y al título pontificio que lucía ante propios y extraños, pero ella no guardaba consideración ni cortesía a nadie, si no cuando estaba aconsejada de su buen humor. Era lo que se dice, una impertinente, cuya lengua no tuvo sosiego ni cortapisa alguna. Además, tenía colorido, inclusive su malacrianza, pues una de sus debilidades, consistía en disfrazarse, como el personaje "don Fulgencio", retornando a la niñez, y salir por las noches, a burlarse de las gentes simples, en medio de las risas de sus admiradores....

Después de una serie de exhibiciones, en las que, a decir verdad, el "príncipe", tomó muy poca parte —porque era el mismo ciudadano de siempre—, los augustos señores, un día

de esos dieron una especie de edicto por el que se comprometían a concluir el gran "Teatro Mariscal Sucre", si el municipio consentía que llevase su nombre. Esta noticia indignó a los patriotas de la ciudad, los cuales, replicaron a su vez, con otro edicto, anunciando que la ciudad jamás había acatado ninguna monarquía, aún de las más risueñas. Osvaldo Pintado, aprovechó la ocasión, para escribir versitos humorísticos, y el tuerto Sanjinés, perito en la materia, compuso unas coplas que eran cantadas por los badulaques en los barrios. Entonces los "príncipes" dieron la explicación de que no habían querido ofender la pobreza del vecindario, ante todo, y que, además, eran sucrenses y benefactores desinteresados. La ciudad carecía de dinero. Ellos, sin ofender su prestigio, se comprometían a donar parte de sus rentas para mejorar los edificios públicos. Los orgullosos sucrenses también rehusaron. Uno de esos viejos que frecuentaba el "Club de la Sabiduría", don Agamenón del Espacio, se atrevió a exclamar:

—Esta buena señora debe comprender que no somos mendigos. Sucre tiene historia y no necesita de su misericordia.

Don Barómetro Romero, excelente taumaturgo, sobre todo, en casos difíciles, añadió:

—¡Pobres, pero honrados!, ¡qué tall!...

—Eso no nos sirve de nada; tampoco mejora la especie — intervino, el tuerto Sanjinés.

No obstante, algunos pillastres, picados en su amor propio, lanzaron un panfleto, convocando al pueblo a un mitín de protesta, para defender sus glorias. El pueblo, bastante humorístico, no acudió al mitín, porque la cita era por la noche y no podía reír a la luz del día.

Otro de los asuntos que preocupó al vecindario, fué la cuestión de las estatuas de los "príncipes". Sucre a pesar de sus quinientos años y de sus cuatro nombres, no poseía más estatuas que las de unos frailes ahorcados por sus liviandades y las de unos extranjercs. Una sociedad de tanta labia no había creído jamás en héroes ni aparecidos. Era ciudad que pensaba en cosas tangibles y palpables. Por eso festejaba a los

vivos y de los muertos hacía chacota. El espíritu crítico de las gentes, a regañadientes, permitió que levantasen en la plaza 25 de mayo las estatuas de Monteagudo y el mariscal Sucre. Los "príncipes de la Glorieta", siguiendo su tradicional deseo de ayudar al ornamento de la ciudad, se comprometieron a rehacer el Prado y transformarlo en jardín versallesco, a condición de que siquiera en el pórtico, se inscribiese su escudo de armas. El municipio, formado de anticefiristas, rechazó indignado la proposición. Los "príncipes", deseaban igualmente, que sus estatuas figurasen en alguna calle o vecindad, y como nunca pudieron obtener autorización edilicia, tuvieron que erigirlas al ingreso de su feudo, la Glorieta. Allí, se encuentran todavía, las efigies de los augustos señores, incomprensidos y generosos, cuya fortuna no fué aprovechada jamás en la proporción que se debía, y que más tarde fué disputada a balazos por sus herederos. Allí están, las estatuas, frente a frente; la del "príncipe", en actitud bonachona, y la de su esposa, ostentando corona real, y los rasgos acentuados de mujer criolla, amiga del lujo y de las vanidades....

CAPITULO XVI

RECEPCION Y DESPEDIDA

La señora princesa dió la recepción anunciada a la culta sociedad sucrense. Fué esta fiesta, un acontecimiento tal, que hizo vibrar las cuerdas emotivas en todos los hogares. En realidad, la histórica ciudad, desde su fundación, vivía del comentario y de los sucesos mundanos. Ciudad de corte, audiencia de odores y sede de arzobispos, blanca ornamentalmente y con el decorado de un cielo siempre azul, colgada de una ladera de los Andes, trasciende a rosas, a clavel y a doncella, y según los turistas comprensivos, es una de las joyas del continente. Venida a menos por una serie de circunstancias fortuitas, entre las que intervienen, principalmente el orgullo y la so-

berbia de sus habitantes, conserva, sin embargo, su carácter risueño, sus buenas maneras, la cordialidad de sus gentes y ese señorío heredado de los viejos castellanos. Herida en su amor propio de capital, consagrada por los siglos y el derecho republicano, desde ese acontecimiento político, encerróse en una especie de egoísmo provinciano, desdenando a los demás, sin querer oír a nadie ni saber nada que no le interesase a ella misma. Debido a eso y a la vanidad de las gentes, el baile que dió la "princesa", hizo renacer de las cenizas, la aristocracia ofendida, y por un instante se pensó en la realeza más que en la república. Jóvenes de pechuga blanca, y damas luciendo vestidos de sus abuelas, acudieron a los salones de la Glorietta. Se bailó y se bebió hasta el amanecer, a los acordes de unos vals de Straus, que eran ejecutados con extrema habilidad por artistas locales. El baile comenzó por una cuadrilla de lanceiros en la que, "príncipes" e invitados, lucieron sus gracias y sus cuerpos flexibles en medio del frú frú de las sedas. Leonorcita y Ofelia Lanas del Céfiro, convirtiéronse en las niñas de moda de Sucre, aduladas y festejadas por todos los mozos de sociedad. Sobrinas de la "princesa", además del brillo de su juventud, enseñaban joyas de tan inestimable valor que producían cotizaciones rápidas entre los aficionados a esta clase de prendas y los expertos en noviazgos. Todo el mundo masculino, asistió a la fiesta, vestido de irreprochable frac, a la última moda, y, cuidando el detalle al extremo. La culta sociedad sintió renacer sus años coloniales y, aunque nunca había perdido su prestancia en la república, a muchos afortunados se les oyó expresar el deseo de adquirir títulos de nobleza, siempre que ellos tuviesen una cotización razonable. Los Céfiro, no obstante de no poseer ninguno, debido a su parentela con la "princesa", tornáronse en añosos aristócratas...

Meses después, los "príncipes", emprendían el viaje de regreso a París.

El acontecimiento social de la visita de los augustos señores, coincide con las postrimerías del brillo capitalino de Sucre. En esa época, todavía, habitaban la ciudad grandes se-

ñores millonarios, como los Sainz, los Arce, los Argandoña, los Melgarejo, los Pacheco, los Díaz y otros; todos ellos magníficos y generosos.

Juan Manuel Sainz era un personaje que producía interés, no sólo por sus millones; también por su atildada cultura. Alto, moreno, con calidades de marqués andaluz, muy cortésano y fino, tenía la generosa costumbre de dar cheques en blanco a las damas de beneficencia que solicitaban su óbolo. Estas damas, naturalmente se portaban con tal discreción, que jamás abusaron de la magnificencia del acaudalado, y el cheque fué llenado siempre con modestos miles de pesos.

Osvaldo Pintado, murmurador profesional, daba su fallo de la siguiente manera: "¡Felices nuestros tiempos en que los millonarios de Chuquisaca cultivan las bellas letras, como Juan Manuel, sostienen diarios y poseen la chifladura de las musas!"... Juan Manuel, había estado en sus mocedades en el viejo continente y conoció a muchos escritores de renombre. Relaciónose en Barcelona con Vargas Vila, y de aquel tiempo existe una postal en la que aparece el "joven escritor" chuquisaqueño con el tigre de Colombia. Su prosa era también, vargasviliana y retumbante. Adoraba los oropeles, y sus discursos reventaban, preñados de retórica. En 1910, Sucre, producía la impresión al viajero, que vivía de los concursos literarios y de sus rentas. Los ricos, daban recepciones en sus salones, los muchachos recitaban, y muchos, para agradar y caer en gracia de las gentes, despedían aires novelescos. La sociedad cultivaba el arte de bien decir y del buen yantar; se deleitaba con la música, y los hombres de melena, irrumpían los lugares públicos. En ese ambiente crecieron el vate Reynolds, el tuerto Mendieta, el tuerto Sanjinés, el vatecito Ortiz, el aeda Claudio Peñaranda, el famoso tuerto Solares, Osvaldo Molina y tantos otros que manejaban el chiste y la pluma a competencia.

Después del viaje de los "príncipes", la ciudad se sumerge en uno de sus sueños acostumbrados, y los Céfito proliferan, al extremo de convertirse en tribu nacional. Pero, lo más interesante, es la actividad política de la augusta señora

desde París, atenta a los acontecimientos de su tierra. Dos, constituyen sus últimas preocupaciones: la revolución contra el gobierno del general Montes y la "salvación" de Sucre de manos de los montistas. Osvaldo Pintado al tanto de las rarezas de Sucre, poseía copia de una carta pintoresca que habría escrito la intrépida dama a uno de los caudillos de la oposición. La autenticidad de esta carta, naturalmente, está severamente puesta en duda, por el hecho frecuente que tenía Pintado de burlarse diariamente de sus coterráneos. La carta contenía frases al estilo de la baronesa de Didevant, aconsejando a sus amigos:

"Muy estimado XX:

Como Sucre es parte de mi vida y de mis preocupaciones, he resuelto intervenir en política y luchar, para que nuestra querida capital, vuelva a ser lo que fué. La manera de obrar, es apoyando al doctor Escalier, ilustre médico, quien hace frente, actualmente, al general Montes, tirano boliviano que reside en París y piensa reelegirse indefinidamente. Hable Ud. con los hermanos Ramírez y convengan la mejor forma de interrumpir las aspiraciones nefastas del susodicho general, sosteniendo en Sucre, la candidatura del ilustre doctor, del que me han asegurado que maneja el bisturí con pericia, sobre todo cuando se trata de damas de consideración....

Le confieso, que Domingo Ramírez, me gusta más que su hermano Juan Manuel, orador tropical y amigo pegajoso de las "eses". Nadie, ni usted, que es un tanto descreído, me negará que Domingo es todo un hombre. Me desespero de verlo a oír y admirar sus ojos, su verba y su pecho de león.... Mientras tanto, cuente usted conmigo".

Junto a esta carta, la autora, sugería a uno de sus agentes —don Manuel Lanas del Célirc— que tuviese la bondad de oblar una apreciable cantidad de dinero a la caja de los revolucionarios, para derrocar a los "indignos montistas".

La verdad es que, la mayoría del pueblo obrero de Sucre, incluyendo a los rentistas, pertenecía a la oposición, así que el éxito se daba por descontado. Lo raro es que historiadores

tan astutos como Jáuregui Rosquellas y José Deheza, no se hubieran percatado de la carta de la "princesa" que hizo variar el clima y el meridiano de Bolivia.

CAPITULO XVII

VIDA MONOTONA. CIELO AZUL

El "Club de la Sabiduría", funcionaba como de costumbre en su local de la histórica plaza de Mayo. Los socios concurrían diariamente como si se tratase del cumplimiento de un rito religioso. Allí se distribuían homenajes, se cotizaba a los habitantes, se daba consejos a los huérfanos y, desde antaño, se había establecido una especie de bolsa moral de valores gratuita. No faltaban jamás al famoso Club, ilustres vecinos como don Manuel Lanás del Céfiro, don Agamenón del Espacio, don Rodolfo Sardina, el doctor Peinado, don Manuel del Tejar y toda la familia íntegra de los Sandía. Cada uno de estos señores vestía ceremoniosamente de negro. En los entierros y matrimonios usaban levita y sombrero de copa; en los días de semana, algunos que pertenecían a la Corte de Justicia o a los tribunales, tampoco dejaban el sombrero de copa —aunque llevasen solamente saco— para que las gentes sencillas se impresionasen por la majestad y su forma pretérita. Todos estos señores portaban en las manos bastones de calidad: unos con cabeza de dogo, de mastín o simplemente de lagarto; otros se jactaban de estar prevenidos contra enemigos invisibles, y al menor inconveniente relucían estoques afilados y triangulares. Don Manuel Lanás del Céfiro, gerentaba una de las instituciones de crédito y, por este hecho, opinaba con singular aplomo sobre la economía mundial, desconociéndola en absoluto. Don Aristóteles Vientos, osaba contradecirle levemente, para no perder su fama de economista sesudo y experto en valores británicos. El señor Mirtos, agregaba sus puntos de vista, debido a que era importador de mercaderías de Europa. Don Manuel, ponía to-

dos los días, su firma, sobre infinidad de documentos, y salía después a tomar aire y dar consejos a las gentes, aunque nadie se los pedía. Era indudable que los Lanas, tenían sangre de dominadores y de intrusos, y que el mundo íntegro estaba regido por esta clase de señores. A las siete de la noche, limpiándose el sudor de las sienes, aparecían en la puerta del "Club", don Ventura Estrella, célebre jurista y ornitólogo sucrense, y el doctor Barómetro Romero, filólogo y enciclopedista, ambos muy finos y demasiado informados de la vida social y de la entomología. En realidad, esta gente, era la que hacía y deshacía de Sucre. Pero con motivo de la visita de los "príncipes", la sociedad se había dividido en dos bandos: los que apoyaban a los Céfiro y los que les reprochaban sus imposturas. Las clases humildes seguían dando vueltas alrededor de los mitos, mirando de soslayo a los prohombres de la "Banca y el Comercio"..., que habitaban, por así decirlo, en los salones del "Club de la Sabiduría". Los pequeños burgueses, entre los que sobresalía Tijerilla, no cesaban de componer versos y de concursar a los certámenes, leyendo largas tiradas de "robusta prosa inútil" o de "aligera poesía", pero con la obstinación secreta de que algún día, los socios del Club, los llamarían para sentarles en sus mesas e confiarles las manos de sus hijas.... El codiciado centro social se mantenía severo y clausurado para las gentes pequeñas y arribistas —inclusive para los comerciantes prósperos y afortunados que habían logrado reunir cientos de onzas de oro vendiendo fideos y arroz,— los cuáles, en el concepto de los aristócratas, despedían aún el nefasto olor plebeyo, sin haber logrado su purificación. El "Club de la Sabiduría", se dió el lujo de rechazar de sus puertas, inclusive a los políticos triunfantes y a los nuevos ricos, los cuáles quisieron atropellar barreras sociales, establecidas añosamente por la tradición, la estupidez y el dinero a réditos. Varias veces, había expresado, don Manuel Lanas del Céfiro, con tono sibilino:

—A este Club, se llega uterinamente, y aquel que pretendiera ingresar por asalto, será detenido por los mozos....

Muchos de estos señores tenían el meollo reblandecido y

esperaban para sus hijas pretendientes de Europa, desprendidos de familias reales, ricos y apuestos. Era tal el sentido de alcurnia, que al dar la mano o acompañar unas cuadras a alguno de estos consentidos, significaba un comentado presente.

Muchos, de la clase media, rebajaban su dignidad y sus méritos, a la espera de alternar en pequeños círculos, donde se presumía que adquirirían lustre y consideración social.

Pero, el más grande acontecimiento de Sucre, en esos tiempos, fué el doble matrimonio de las hijas de Céforo: Leonorcita y Ofelia. La una, había encontrado un ricachón de provincia, sencillote y con buenos pesos, que a todo decía sí; la otra, enlazó su porvenir al de un joven semiparalítico, de modales amables, de ninguna perspectiva, no obstante con el pan asegurado para vivir y morir en Sucre, recalentado en los bancos de la plaza, sin darse otro trabajo que bostezar y murmurar contra el progreso. Se bebió y comió como nunca. Don Manuel, al décimo trago, llegó a emocionarse tanto, que pronunció un discurso, calificado más tarde por Tijerilla como de inspiración poética. Doña Hipólita, lloró a moco tendido y lamentóse de que sus hijas no pudieran casarse con nobles europeos, pero era preciso, pues sus carnes primaverales comenzaban a marchitarse. Toda la sociedad enviéles obsequios. Un buen día, Leonorcita, partió en compañía del rico provinciano en viaje de bodas a París. Previamente tomaron clases de francés con el coronel retirado Becason, el cual, ausente de la patria muchos años, estaba dedicado a la cría de ganado vacuno. En los momentos de sus ocios, que eran muchos, cultivaba el "esprit", y como era gascón y le gustaba exagerar, todo lo veía maravilloso y extraordinario, al extremo de que se creía ligado a todos los presidentes de Francia, por el simple hecho de ser francés. ¡Así que no le costó trabajo alguno, extenderles a los novios tarjetas de recomendación, para que en París fuesen atendidos!.... El gascón se divertía con esa comedia de las cartas, y al final creía seriamente, representar el papel de uno de los personajes de Daudet en estas tierras apartadas del mundo....

Leonorcita partió una mañana de Sucre, siendo despedi-

da por todas las muchachas solteras que lloraban a lágrima viva y la envidiaban por la magnífica ocasión que la suerte le concedía de conocer París. Iba a casa de la "princesa de la Glorieta", a aumentar su cultura y sus ojeras. Allí vestírase con pieles finas, y sus relaciones serían comentadas en Sucre. Damas ecuatorianas, portorriqueñas y panameñas, amigas de la augusta señora, la obsequiarían con su amistad, aprendiendo de paso a curar reumatismos y dolores de pies.

Las más felices con estos sucesos —parecía increíble— eran la madre de Mario Tijerilla, la benemérita doña Andrea Mirasol y sus congéneres, especializadas en sacar trapitos al sol y cuyas lenguas ofídicas trabajaban todo el día. Entre charla y charla, sabían cuánto tenía éste o aquel, la herencia próxima que recibiría zutano, y aún las pérdidas de los badulaques en el juego. Jamás, estas comadres, habían salido de Sucre, pero su imaginación era tan ardiente, que recorrían con ella el mundo y lo desnudaban por los cuatro costados. Doña Andrea, se jactaba de no conocer, siquiera Yotala y menos Potosí, donde los habitantes, según ella, se morían de frío y bebían singani en vasos mayúsculos.... La casa de doña Andrea olía a perro "kcala", y de su cintura colgaban rosarios y llaves enormes.

Entretanto Mario, había logrado introducirse a "La Mañana", diario gobiernista, llegando a casa, frecuentemente, muy preocupado con noticias de acontecimientos próximos; motines, elecciones y certámenes.

En la redacción de este diario se rendía culto a los poetas y se adoraba a Rubén Darío. Se bebía y se hacía bohemia arrastrándola por los suelos, en servil imitación a Verlaine y Baudelaire.

Existía costumbre, en Sucre, de convocar de tiempo en tiempo a juegos florales, oportunidad magnífica que, los portalliras locales, la aprovechaban para ofrendar su baja adulación a las niñas ricas y a los caciques deformes, dedicándoles versos paniaguados, pero de tal manera ingeniosos que el arte vencía a la adulación. Nicanor Mallo, alto como una percha,

flaco y con bigotes lacios, hombre de seso y ya viejo, expresaba compungido, que cedía toda su gloria presente y futura, por un buen sorbo de anís del Mono.

—¡Pero del bueno!, — añadía — ¡La gloria, por lo demás, es pura filfa! Por veinte tragos de singani, el tuerto Mendieta, vendería su gloria y la mía, si hubiese quien las pague....

CAPITULO XVIII

LA FUENTE DEL "INISTERIO"

Don Ventura Estrella vivía al frente de la casa de Mario Tijerilla y tenía costumbre de asomarse a uno de los balcones a contemplar a los viandantes, rodeado de sus hijos, aprovechando la ocasión para darles lecciones de cortesía e infiltrarles normas de fina convivencia social. A cada minuto se le oía decir:

—Buenos días, doña Celsa.

—Muy buenos días, don Barómetro.

—Distinguido amigo; distinguida dama....

Pasaba la mañana dando los buenos días, y de paso indicando a sus hijos la calidad y merecimientos de las gentes a quienes saludaba.

—Saben — explicaba — el que está pasando es don Barómetro, una de las eminencias de la ciudad, y éste otro, un científico; aquel, un políglota que habla hasta diez idiomas, siéndole familiares el latín, el griego, el francés, y también el alemán....

—No existiendo griegos ni latinistas que supiesen hablar idiomas, el señor ése, debe hablar lo que se antoje — respondía Pintado.

—Doña Celsa es una matrona de virtudes tan apreciables que pasa el día entero recorriendo las casas de los pobres.

—Es una matrona respetable, evidentemente — coreaban

los vecinos — lo malo, que casa donde se introduce, casa donde hay refriega...

—Y este don Manuel Lanás del Céfiro — concluía el señor Estrella — tan caballeroso, tan dueño de sí mismo, tan prominente....

—Y de seguro que tendrá usted unas palabras para Manolito del Tejar, el as de la moda — le preguntaban.

—Claro que sí. Manolito, aunque no lo crean ustedes, es uno de los jóvenes más locuaces, cuya imaginación corre parejas con su audacia....

Para el doctor Estrella, todas las gentes de la ilustre ciudad eran, no sólo admirables, sino eminencias, y deseaba que sus hijos fuesen educados en la tradición más pura y en las normas más cabales. Los domingos salía con ellos y los llevaba de paseo al Prado, explicándoles en el trayecto largamente la vida anecdótica de la ciudad y sus leyendas.

Uno de esos días, don Ventura, encontrándose casualmente paseando por el "Inisterio", tropezó con Natalio Uruchurto, al cual conocía y aconsejaba con frecuencia, incitándole a que llevase una vida normal. Natalio iba apresurado y tenía en las manos un fárrago de papeles.

—Me voy don Ventura, me voy a los minerales a trabajar, y esta noche me dan la despedida — articuló:

—Me alegro joven — replicó el discreto señor con solemnidad — y sobre todo lo felicito que se dedique usted al trabajo.

—Solo por unos meses — respondió Natalio — desapareciendo tragado por las sombras de una calleja.

Al final de la curva de una calle, se erguía una fontana llena de singular atractivo. Mozas del pueblo y gañanes se entretenían alrededor de la fuente, en alegre carcajada, en tanto los cántaros se llenaban de agua. Cada persona tenía una cañahueca que la introducía a uno de los caños de la taza superior para que el líquido pasara al recipiente sin derramarse. Mientras se realizaba esta operación que duraba horas, las mozas y los mozos alternaban ruidosamente, dedicándose al requie-

bro amoroso, a la vista paciente de los zonzos, que interpretaban con malicia cualquier palabra. Una que otra vez interrumpía la diversión amorosa, alguna chola vieja, que vaciaba el agua de los cántaros a los suyos y se alejaba con paso rápido. Entonces la llenaban de denuestos, y se producía una batalla verbal de lo más pintoresca:

—¡Cuidadito con mi agua, so chola corompida!

—¿Dónde había sido, pues, tu agua?, ¿tienes título, pergamino o qué cosas tienes, pedazo de marrano? — replicaba la chola.

Los burros aprovechaban la batalla para acercarse a los cántaros y beberse el agua. Los pilluelos gritaban con todas sus voces:

—¡Los burros! ¡Los burros!....

Los burros eran alejados a leñazos, y nada más que por dar un espectáculo gratuito y lucir sus habilidades amorosas, se enlazaban con las burras, produciendo la admiración conjunta de cholos, mozos y zonzos....

Estos burros, de cualquier manera, querían demostrar a las gentes que habían bebido agua del "Inisterio" y que el efecto había sido inmediato y maravilloso....

Don Ventura Estrella, explicaba a sus hijos, que la fuente del "Inisterio", poseía propiedades mágicas extraordinarias:

—Por ejemplo, se puede citar un caso histórico y milagroso: el del Dr. Paz, célebre historiador y hombre público, llegó a Sucre mocetón y con acento tarijeño. Lo tuvieron que voltear para ponerle botines. Educóse en la Universidad de Chuquisaca, pero nada hacían los libros y las lecciones, hasta que bebió unas gotas de agua del "Inisterio".... Lo mismo le sucedió a ese formidable e ilustre petizo, Aniceto Arce, el más grande de los tarijeños, que debe su cultura a Sucre y al agua de esta fuente....

Sin embargo, habían discusiones sobre sus efectos. Sostenían unos, que había que beberla a gotas, porque, si la bebían como los burros, además del efecto inmediato, había el peligro de tornarse burro y de rebuznar toda la vida. Otros,

los más, sostenían que esta agua tenía propiedades medicinales, ¡cual ninguna!

—A las machorras hace parir y a los mudos hablar — sostuvo una viejita, con toda desenvoltura.

Por eso, según la costumbre local, los padres llevaban a sus párvulos a la fuente, y les daban unas gotitas, para que, cuando grandes, conservasen el espíritu alerta y alacre de la ilustre ciudad. Así, según la tradición histórica, los más tontos de Sucre podían desenvolverse en los puestos públicos más elevados — inclusive llegar a la Presidencia de la República, como que llegó uno de ellos — nada más que con haber probado unas gotitas del agua misteriosa.

La plazoleta donde estaba situado el "Inisterio", recordaba tiempos coloniales. Era irregular y sin árboles. De una peña, brotada el agua milagrosa, y en lo alto de la misma tenían sus viviendas dos vecinos de Sucre: Dionisio Villarroel, antiguo soldado de Arce, y Casta Chopitea, alias la "zamba", mujer pintoresca y agradable, famosa por sus platos criollos y sus dichos. En la misma plazoleta habitaba el negro Miguel, especialista en lechones, tan noble y fino, que parecía descendiente de reyes de Abisinia, y monarca él mismo, pues transformaba los puercos en manjar divino, condimentándolos con sabiduría. En ese mismo barrio, tenían su tienda, "las bajos", choriceras de Sucre, cuya fórmula para las fritangas y chorizos no la superaba nadie y daba fama a la ciudad de los cuatro nombres. Estas cholazambas, gozaban de un prestigio merecido, siendo sus platos, gustados, no sólo por magistrados y pillastres, sino por la sociedad íntegra.

En verdad, todo lo de Sucre era notable — según el doctor Estrella — inclusive la avaricia de ilustres prohombres como don Celso Molina — tan famoso por sus fallos como por su espíritu ahorrativo, al extremo de que se citaba su sombrero de copa gris como una de las prendas más familiares de la ciudad. Generaciones pasadas y presentes habían conocido ese famoso sombrero que terminaba en punta como el de los lores

ingleses, y, que nunca cambió de color, porque siempre había tenido el mismo....

Cuando llegaban forasteros a Sucre — y se calificaban de tales, aún a los de provincia — las gentes alegres y vivaces les invitaban al "Inisterio", y luego de hacerles beber, ilimitada cantidad de líquido, se mofaban de ellos, extendiéndoles "ipso facto" diplomas de doctores "honoris causa", rebautizándolos con algún apodo exacto y certero.

Don Ventura Estrella, sostenía a la luz de la tradición chuquisaqueña y de papeles que solamente él los conocía, que muchos ilustres prohombres habían mojado sus labios en la fontana mágica. Citaba entre éstos, a Castelli, a Moreno, a Montegudo y al arzobispo Terrazas. Decía que Castelli mandó llevar algunas botellas del agua sagrada a Buenos Aires, pero que no produjo el efecto deseado, porque había que beberla en su origen y besar los labios de alguna chola del vecindario....

Presumíase que el más famoso de todos los chuquisaqueños, don Casimiro Olañeta, — padre espiritual de Bolivia — conocía la fórmula mágica de la fuente, y que la dejó escrita, depositándola en manos de uno de sus íntimos, para que la transmitiera de generación en generación.... de tal suerte, que los dotes y atributos, fueran patrimonio eterno de la ciudad....

De regreso a su casa, don Ventura Estrella, recreábase, relatando a sus hijos, los nombres de las familias ilustres de Chuquisaca, de las que poseían carroza, y, cuyos escudos heráldicos se desvanecían en la historia de los tiempos.... Era para él, una satisfacción de gloria, esta tarea, como lo es para el joyero el engarce de perlas raras en un collar.

Su manera de saludar, ceremonioso y solemne, traducía el acatamiento a las dignidades de la ciudad.

CAPITULO XVIII

EL JUEGO DE LA PINTA

El marqués del Tajo, envuelto en su amplia capa española con rebordes azules de terciopelo, llegó al Hotel de Villarpando, en compañía de Buitrago y de otros aficionados al tremendo juego de azar. Villarpando sumiso, fuerte para las malas noches y los resfríos, los recibió sonriente.

—A las once la partida.

—Muy bien.

Empezaron a caer los profesionales al local, entre ellos Licenciado Mela, sardo-italiano, pintoresco y agradable, que juraba y rejuraba por todas las madonas del universo veinte mil veces al día, distrayendo a la concurrencia con historias de piratas y viajes por mares que sólo él conocía y existían en su frondosa imaginación. Mela había sido antiguo marino, antiguo "dómine" y trabajador incansable a su manera. Fabricaba vino casero y cocinaba los más preciados platejos de la cara Italia. Solamente tenía un defectillo: su amor exagerado a los dados. Los demás compinches se le parecían. Eran capaces de cualquier cosa y del mayor sacrificio por las cartas y los dados.

Empezó la partida por un sexto de ases. Chocoleaba el experto Villarpando. En sus manos gruesas y fornidas, el cubilete adquiría color y desafío formal. Después de ansiosos segundos, en medio de juramentos del marqués del Tajo, se atrevió a decir:

—Sena-quina.... Parar. ¡Vengan esos billetitos de a mill....

—Cuarto de a mil.

—Pago.

—Mil más, en cabeza.

—Pago.

Villarpando estaba convertido en general de operaciones.

Los demás tenían los ojos fijos en el tapete, las manos como garras, los corazones anhelantes. De uno y otro lado se hacían apuestas a cual más atrevidas.

—Cinco mil en cabeza.

—Pago.

—Otros cinco mil, más.

—"Indio" Villarpando, págale.

—Pagado.

—A ver polluelos, a parar; acepto "tapados".

Se refería a que debajo de los billetes azules de a cien, podían ocultarse cheques y valores.

Buitrago, alto de estatura, rubio y aguerrido, hízole frente a Villarpando, perdiendo en medio minuto una gruesa suma, salpicando la entrega con carajos sonoros e interjecciones pintorescas. Para calmar su pena, bebió un largo trago de licor. Bebió dos más, y arrojó al tapete sus últimas reservas. Todos los jugadores hacían sus apuestas contra Villarpando. Todos perdieron. Todos fueron desplumados, según la expresión vernácula del juego. Villarpando recogía los billetes de a cien y de a quinientos, las libras esterlinas y las joyas esparcidos sobre el tapete. Revisó los cheques y los examinó al trasluz. Esa noche ganó cien mil pesos de los buenos, de los que todavía prestigiaban al país...

Suspendióse la partida a las cuatro de la madrugada, cuando comenzaba a clarear y los gallos de Sucre anunciaban otro día. Parecía que se había librado una batalla histórica. Los perdidosos tenían la cara larga y las manos en los bolsillos de los abrigos como generales derrotados, mascullando venganzas e ideando planes para revanchas próximas. Cada uno hablaba de haber perdido cantidades que sólo existían en su resentida imaginación.

—Yo he perdido "tre mila boliviani", — articuló Mela.

—Ni "cien boliviani", — le replicaron, muertos de risa.

—"Por la madona, palabra de honore".

—Cincuenta mil bolivianos tirados al agua, — interrumpió el marqués del Tajo.

—Yo, diez mil, — dijo Melgarejo.

—¿Y el "mono" Doredo, perdió o ganó?

—Ese siempre gana sus doscientos y huye, — repitieron a coro.

Todos los jugadores hicieron ajuste de sus pérdidas, exagerándolas por aquella manía del jugador, esperando próximas revanchas. Se sirvió la cena rociada de excelente vino cinteño y se bebió sin reserva.

Buitrago cogió la vihuela y Mela se puso a cantar unas sardas lejanas y agradables. Luego tocó una de esas tonaditas de Sucre, que ablandan los nervios. Buitrago, por costumbre, invitó a jugar las cenas. Como si estuviese escrito, el ganador Villarpando, esta vez, perdió entre el comentario risueño de los jugadores.

—Este "indio", solamente pierde las comidas, pero en cuanto ve dinero, su mano echa senas y quinas... ¡Afuera, "indio", cochino!

Villarpando desapareció del escenario riendo y guardando los billetes ganados como si fuesen montones de periódicos. Ordenó a la buena y excelente Quintina, su mujer, que sirviese lo mejor.

Buitrago, un poco chispa, comentó que Crescencia y Anastasia, criadas de don Manuel Lanas del Céforo, habían huído de Sucre, en compañía de unos badulaques.

—Ni noticia de ellas. — agregó, — a pesar de que la policía ha hecho toda clase de investigaciones.

—"Se ha ido la granujas" dejando el perro muerto detrás de la puerta, — interrumpió Mela.

—Don Manuel está, que se vuelve loco.

—Para mí, que están en Potosí, — añadió Buitrago, — amigo íntimo de Natalio Uruchurto. De todas maneras, algún día tenían que abandonar la casa de Lanas. ¿No me dirán, que no eran cholas de primera?

—¡Ahora a vivir y a putear!, — concluyó el pintoresco italiano.

—En los minerales hay campo amplio para todo, — in-

tervino el marqués del Tajo. — Chuquisaca es un vivero desde el tiempo colonial. Aquí las tragedias amorosas, y allí se emigra en busca de plata. Aquí los lances, allá el negocio.... Por eso en la pupila de esas cholas que trafican fuera de Sucre, brota de vez en cuando una lágrima. ¡Es la lágrima del recuerdo por la ciudad querida!

—Eso es Sucre — interrumpió Buitrago. — Ciudad de jugadores, de abogados y de aventureros. El sucrense es alto, espigado por lo general y nervioso; el corazón lleno de proyectos. Muchas veces ninguno los realiza, y vemos a nuestros compatriotas penando en diferentes oficios, en la lejanía de la mina, en la ciudad distante e inhóspita, o en la antesala de los ministerios....

—¡Tomemos esta copa por Sucre, por nuestro país!....

Bebieron los jugadores con recogimiento.

Entraron los mozos que enviaba Quintina, la mujer de Villarpando, portando bandejas con sabrosos manjares, hechos al amanecer, al estilo nacional: carne mechada con cebollitas fritas, chorizos, ensalada y pan frito.

—Esto es Sucre, — volvió a insistir Buitrago. — Cuando nos encontramos presentes y perdemos mísero dinero, nuestra lengua hace retazos a esta tierra y a sus habitantes. Entonces Sucre, no sirve para nada, sus vecinos, unos pendejos, pero cuando estamos lejos y nos está cerrada la puerta de ingreso, la blanca ciudad se nos presenta tierna y solícita, tan sentimental y agradable como una novia. Todo se magnifica y aparece revestido de un halo de luz y de sonrisa.... Ese mismo desprendimiento del sucrense, en "estado de trance", ese enloquecimiento por el juego de azar, nos advierte su trama nerviosa y fina, su capacidad única para maldecir, y su manía de ensuciarse en el mundo entero, incluso en él mismo, en el honor y en la sociedad; dispuesto a arrojarlo todo en un segundo al viento, y quemar sus alas como las mariposas al sol.

—El sucrense es capaz de grandes acciones heroicas, como también, de grandes canalladas. Es cambiabile como ráfaga y terrible como el rayo —intervino Osvaldo Pintado,— que

siguió con atención el juego de azar y había apostado unos billetes, por si acaso, perdiéndolos....

Buitrago hizo oír esa noche algo que nunca había tocado. Arrancó a la guitarra notas tristes y melancólicas. Pausadamente cantó, mientras su lengua chasqueante daba el parecer sobre un licorcito de Cinti, que Villarparando sostenía que trascendía a uvas....

—Esas uvas, — agregó Vilar, — no se dan sino en los parrales cinteños, junto a los molles, y por eso, cocinadas a fuego lento por un sol tremendo, en medio de montañas rojizas y bajo un hermoso cielo azul, son tan deliciosas. ¡Yo bebo por mi tierra, por esa tierra de varones!

Levantaron nuevamente los vasos y cada uno desapareció a hurtadillas hasta la noche siguiente.

Afuera se respiraba aire fresco; se sentía olor de tierra mojada y de claveles perfumados.

CAPITULO XIX

JUGADORES Y LITERATOS

Buitrago, empezó a choclear el cubilete de dados haciéndole frente a Melgarejo. Al poco instante cayeron al saloncito sombrío y adornado de litografías italianas, el "tapiti Medina" y el "risa Alvarez". Instantes después hizo su aparición funambulesca el tuerto Mendieta. Este tuerto, con su ojo de vidrio, era el más locuaz y el que más juramentos expectoraba por su boca. Literato de frases pulidas e irónicas, de metáforas e hipérboles, sus chascarrillos tenían ingenio, y su vida misma convertíala en chacota. Lucía encima de sus narices, quevedos con marco de carey, de los cuales pendía una cinta negra llamativa. Su afán literario consistía en divertirse con las gentes, por muy serias que fuesen, inventándoles historias picarescas que las festejaban alegremente los contertulios del hotel de

Villarpando, nido de literatos, libre pensadores, escritores gobiernistas, y también de jugadores. Villarpando nutría a toda la pandilla, invitándola platos nacionales, guisados con gran esmero y al gusto de estómagos exigentes. Los asados de lechón, el estofado de ternera, las picanas, los enrollados, las "sajctas" de gallina, los patitos tiernos, todos estos manjares eran preparados por la famosa Quintina, mientras el dueño del hotel chocoleaba el cubilete con los clientes, desplumándolos... Inclusive Tulio de la Villa, gallero e industrial conocido, aficionado al juego de azar, relamíase saboreando la cocina de Villarpando. Tiraba suertes de a mil y de a cinco mil, él que nunca gastaba diez centavos en nada. En las salas de juego se hablaba hasta por los codos y se referían las noticias más inverosímiles. Había que oírle al señor Gandarias, más flaco que una sardina y cuyo nombre de "choschi", coincidía con las tibias de los pajarillos, fraguar y ejecutar picardías, por el simple gusto de molestar a los vecinos. Al señor "Neque", amigo de Osvaldo Pintado, contando sus aventuras por el mundo entero, y matizándolas con el charango, pues su habilidad para el instrumento era magnífica. Alto, esbelto, de risa fácil, mujeriego y de verba flúida, hacía negocios y peleaba con todos, siendo su especialidad los frailes, a los cuales ponía verdes y azules, denunciándolos por la prensa y dando el nombre de sus queridas. Sacaba diarios, inventaba anécdotas, y se calificaba un animador de la cultura y del arte.

Era tal la colección de personajes que pernoctaba en el establecimiento y se amanecía, que rara vez cerraba sus puertas de noche. Pero la clientela favorita del local la constituía gente de letras noctámbula, crapulosa y bohemia. A las doce de la noche, irrumpía el "teja Solares", disparando los cinco tiros de su revólver sobre los focos del salón, dejándolo o oscuras. Villarpando que conocía la nobleza de corazón del tuerto, no se indignaba de los tiros; al contrario festejaba la travesura y servía más copas. A los cinco minutos se iluminaba nuevamente el local y se discutía sobre el "hermano lobo" de Rubén Darío.... Este tuerto, por lo demás, era todo un hombre.

Uno de esos seres que intimidan con su sola presencia. No tenía miedo a nadie ni lo conocía. Le importaba un ardite hacer frente a una pareja de matones y también a una pandilla. Con cualquiera se batía, y aunque resultase apaleado, no cedía terreno; lo recogían medio muerto y herido, pero en su ley. Era alto, arrubiado y esbelto. De joven fué cadete del Colegio Militar, y debido a su amor propio excesivo, disparóse un tiro de fusil en la cara, porque se le había hecho una injusticia. Esperó al coronel, y lo recibió a balazos. Desde entonces quedó tuerto, dedicándose a la medicina. Pero nunca le sirvió la lección, permaneciendo en la vida, tal cual le dictaba su capricho. Leía a Bonafoux, a Montalvo, a Rubén Darío, y más que médico, se titulaba literato, ateo y terrorista. Sin embargo, no se le ocurrió jamás oponerse al gobierno, sirviendo al general Montes y apaleando a los conservadores. En compañía del vate Peñaranda, fundó una hoja llamada "La Mañana", y desde ella combatió al clericalismo, riendo a carcajadas. Esta publicación sirvió de tribuna a una copiosa juventud, que hizo sus primeras armas en el periódico, pernoctando en el hotel de Villarando, y en lo de cholas educadas en la "literatura y en los picantes". Cuando se aburrían estos pillastres, buscaban camorra a los clericales y les insultaban en pasquines, componiendo chascarrillos y coplas festivas. "El Vigorón", excomulgado por el arzobispo de Sucre, logró salir alguna vez con el nombre de "El Cruzado", vendiéndose en la puerta de los templos.... ¡Las beatas se santiguaban!... ¡Los curas predicaban contra la iniquidad!... En tanto, los badulaques festejaban sus picardías alegremente.

Buitrago ganó a Melgarejo cinco mil pesos y ahora desahababa al señor de la Villa.

—Sexto de a cincuenta.

—Tres de a cien.

—Mil en cabeza.

No se oía sino las voces atrevidas de los jugadores.

"Tapiti Medina", apostó otros mil.

Era éste, un hombrón de noventa kilos de peso, de hablar sobrio, de mirada señera. Uno de esos valentones que inspiran temor. Medio gaucho, medio matón, pero honrado a carta cabal.

Buitrago chocoleó el cubilete y ganó.

—Estoy de mala suerte, — exclamó "tapiti".

Reinicióse la partida y perdieron todos. No había dinero en mesa y el juego de la pinta exigía moneda contante y sonante. Desaparecieron varios jugadores y al poco instante volvieron a presentarse en el círculo, exhibiendo prendas y joyas. Cierta perdidoso hizo traer de su casa, con un pongo, una araña de salón, "baccará", y la rifó en quinientos pesos. La araña y el dinero se hicieron humo. Quien ganaba era el señor de la Villa. Se oían juramentos y maldiciones contra los ricos, que siempre tenían buena suerte....

—"Tapiti Medina" y su inseparable compañero "risa Alvarez", bebían sendos vasos de cerveza, comentando su mala pata.

—El dinero, — decía el "tapiti", — no se desprende de la bolsa de los ricos. Le gusta que lo guarden. Por eso gana el señor de la Villa....

Estos dos forzudos "tapiti y risa" Alvarez, caminaban todo el día, a caballo, y tenían las piernas tan fuertes que hacían gemir a las pobres mulas. Eran una especie de gauchos locales y domadores por afición, infalibles en una pelea. Ambos se entendían a maravilla, poseían queridas iguales y los hermanaba la sed de aventuras y jaranas.

Tanto tuertos como forzudos, estaban unidos por una especie de afinidad común. Criticábanse, se insultaban, peleaban de vez en cuando, pero nada los separaba. Tenían su nodriza: el "indio" Villarpando. El vate Peñaranda, borracho hasta las patas, cantaba a la bohemia, a Rubén, a la ciudad de los cuatro nombres, recitando sus poesías en un tono ininteligible, y, como tenía, lengua defectuosa, apenas podía moverla, dejan-

do palabras entre sus labios poéticos y sedientos siempre. Era este poeta, rechoncho, miope y de capacidad admirable para los "cortos". El vatecito Ortiz, burlábase de los aedas —amigos y enemigos— poniéndoles defectos a la manera de Larra. El tuerto Mendieta provocaba la hilaridad general con sus chascarrillos y su risueño cinismo. Le coreaban el "chino" Arrueyo, vate nocharniego que caminaba arrastrando los pies y el portalira Guzmán, rival del marqués del Tajo, en eso de hacer pareados y acrósticos....

—"Te amaso, te amaso", — gritó Mela, el sardo-italiano, — tomando a Buitrago por las solapas.

La cosa parecía seria. Tenía en la mano una pistola. Buitrago manejaba un fajo de billetes y sostenía que le había ganado en buena ley. No se oía a nadie, el barullo era general.

—¿No fué, acaso, llano?

—No señor; sexto de a uno.

—Yo no tengo miedo, siquiera dispare su arma.

Mela después de jurar y rejurar por la madona en italiano y en sardo, guardó la pistola y convinieron en que debía choclear de nuevo.

—Parar, parar, señores.

—Venga esa platita a mis manos; "para el que es, es no más", — arguyó el profesional Buitrago.

Ganó Buitrago y limpió la mesa de billetes con las dos manos.

—¡Pero qué tío de suerte! — habló Melgarejo.

—Paren, señores, — volvióse a escuchar.

—¿Quién dá diez mil por estos brillantes?

Desde un ángulo Buitrago, gritó en alta voz:

—Se aceptan joyas.

Apareció Villarpando y el juego de la pinta tomó celeridad. Los fajos de billetes iban y venían de una persona a otra. El señor de la Villa sacaba dinero de todos sus bolsillos y los tendía a la mesa, él que nunca gastaba diez pesos en las cosas más urgentes. Se libraba la batalla con todas sus conse-

cuencias psicológicas altas y bajas. En dos segundos la suerte cambiaba: iba y venía, se esfumaba. Brindaba montones de billetes azules, rojos, verdes y los volvía a quitar. Las libras esterlinas brillaban a la luz de los ojos... Los dados hacían ricos y pobres, producían ilusiones de un minuto, despertaban optimismo para luego herir con su cuchilla afilada, produciendo angustia y dolor. Se oían interjecciones tremendas. Las voces viriles y los lamentos se elevaban en el aire, sellando apuestas. En seguida, silencio general. Un alerta de muerte. Luego exclamaciones de júbilo y maldiciones. El dado rodaba eternamente, hacía y deshacía fortunas, desgajaba honras y destruía virtudes. Buitrago parecía un rey; ganaba. Había empezado la partida con unos cuantos miserables billetes y ahora poseía miles. Era dueño y señor de fajos de billetes de Banco y de innumerables joyas y libras esterlinas esparcidas sobre el tapete. Melgarejo sacó a relucir unos pendientes hermosos de singular belleza, ya escaso de dinero. Alegaba que la cadena de oro engarzada de brillantes había pertenecido a doña Juana Arteché, millonaria y antecesora suya.

—¿Cuánto dan por la prenda?, — habló en alta voz.

La tomaron en mano los expertos, la acariciaron como a una novia y sintieron el placer del jugador, voluptuosamente. Cada uno dió su opinión. El "tapipi" Medina, el "indio" Villarpando, el "choschi" Gandarias y el marqués del Tajo.

—¡Hermosa prenda!, — exclamo de la Villa, — pero su valor es aleatorio. Depende de lo que quieran dar los jugadores. Yo la cotizo en cinco mil libras esterlinas.

—Imposible, no hay postor.

—Entonces, juego mil libras sobre la prenda, — replicó Melgarejo.

—Muy bien, muy bien.

Siguió la puja del juego. Cada uno hizo sus paradas. Se bebió sorbos de coñac francés, tres estrellas. Otros mezclaron coñac con té. Todos los ojos estaban pendientes de los dados y de las manos que chocoleaban. Durante unas horas

resistió Melgarejo. Al final cayó vencido y entregó la prenda, depositándola en manos del ganador.

Esa noche Buitrago, invitó a sus amigos a festejar su buena suerte. Repartió dinero a los mozos, hizo proyectos de comprarse zapatos y vestidos; le picó la generosidad del jugador.

Licencio Mela, bebía unos copetines a la salud del ganador, y tuteaba a Buitrago. Se abrazaron y juráronse lealtad eterna. Mela era un hombre locuaz, servicial y amigo de sus amigos, corazón a toda prueba en los trances difíciles y estómago internacional. Comenzó a cantar unas "canzonetas" napolitanas, imitando a los curas y a las monjas. El tuerto Mendieta recitaba poesías parnasianas, achispado, y, como de costumbre, empezó a burlarse de todos. Le llamaron al orden y contestó con insolencias, luego desapareció de la sala. Horas más tarde lo encontraron en la cama de una chola en posturas inverosímiles. Era uno de los tuertos más humorísticos del mundo, y cuya sátira peligrosa constituía toda su fuerza. Mentía, y aunque agradando, en el fondo, su alma amable, padecía de un amoroso desdén. Representaba el chuquisaqueño mal logrado y asfixiado, en un mundo que él lo quería hacer grande, convirtiendo la ciudad en centro de sus extravagancias y de sus chistes. Sus admiradores, "tapiti" Medina y "risa" Alvarez le cuidaban, prodigándole su tiernísima amistad. Entre esta gente había tendido un lazo de inteligencia y de buen decir; los unía las copas y las coplas....

Esta pandilla funambulesca, es autora de la aventura más extraordinaria, en el ambiente monacal y conservador de Sucre en esos tiempos. Una noche, el grupo de literatos comefrailes, embriagado de fiebre anticlerical, resolvió trasladar la venerable cruz de Popayán, de un barrio a otro, por arte milagroso. La cruz apareció en una pampa alejada, con un letrero, advirtiendo a las gentes que "cansada de la corrupción y de los escándalos frecuentes de una mal casada con cierto cura, había decidido huir de la ciudad"....

El vecindario se encontraba confuso. Las gentes no podían dudar que el traslado de la cruz se debiese a milagro. No

obstante, algunos vecinos recordaban vagamente, que la noche de su desaparición, habían notado un extraño cortejo que se organizó a las dos de la madrugada —hora en que acostumbra hacer su recorrido Luzbel y salen de sus escondites los chivos emisarios. En efecto, la cruz, en ese instante, era transportada en los hombros de los famosos literatos tuertos, de Octavito Mostaza y de otros más. En el trayecto, los penitentes, iban repitiendo con voz lastimera: "Este ya no es barrio, mal casada y cura, barrio de quién será". Procedía el cortejo Osvaldo Pintado, con un farol en la mano, y le seguían a guisa de suplicantes, con cirios encendidos, Tolomeo Muñoz, el "chino" Arrueyo y todos los vates disfrazados de diablillos. De rato en rato, fatigados, se detenían a beber un trago de licor y luego exclamaban: "dulce Jesús mío, dulce Jesús mío, ¿por qué, por qué?... Y seguía el estribillo: "éste ya no es barrio, mal casada y cura, barrio de Luzbel será"....

Uno de esos intelectuales, que más tarde daría qué hacer a las autoridades y a las instituciones, de quien se hablará más adelante, llamado "barbita" Aguilar, notando la extraña comitiva al recogerse a su casa, adjuntóse a ella, vociferando convencido:

—¡Muy bien, muy bien! ¡Abajo la ignorancia, destruyamos los ídolos!....

En las puertas de las tiendas, las cholitas, semidormidas y a medias ebrias, gritaban inconscientemente:

—"Bandidos, condenados,.... el diablo se los ha de llevar"....

Al día siguiente la consternación fué general. Las cholitas viejas, aquellas que habían visto confusamente el escándalo, señalaron que un coro de querubines y serafines, debido a los escándalos del barrio, había trasladado la famosa cruz. Pero, otras, que pasaron la noche en alegre juerga, advirtieron a las autoridades, que un grupo de badulaques, con mofa de la religión, había organizado la noche anterior un satánico recorrido, fuera de toda moral y con menosprecio de las santas costumbres.

Un día después, ardía de indignación todo Sucre, sin exclusión de ninguna clase social. Se reunió la gente en la plaza y organizó una procesión, para desagrar y reponer a la cruz de Popayán en su sitio. Viejos, niños, mujeres, beatas, el clero, todo el mundo, se golpeaba el pecho. El orador de este acto de fe católica, fué nuestro poeta Juan Juan Manuel Sainz, quien, ya para esa época, convertido y devoto, oraba y espiaba sus pecados, de rodillas. Su discurso fué ejemplar. Cuando concluyó de hablar, la gente lloraba y pretendía linchar a los herejes que habían profanado, de tan atroz manera, las creencias seculares de la ciudad. Los canónigos vestidos con todos sus atributos y sobrepellices, quemaron azufre y cantaron misereres, en tanto las campanas, severamente, anunciaban el infierno para los herejes, por toda una eternidad. El acontecimiento fué tan solemne que se lo recuerda hasta hoy, juntamente con el piadoso discurso de Juan Manuel Sainz, llamado familiarmente, el "castelar de Sucre", el cual, gracias a estas dotes oratorias y a otras, estuvo muy próximo a la presidencia de la República...

Ocultos los badulaques, divisaban la procesión de desagravio, detrás de los visillos de las ventanas de sus casas, con su único ojo, burlándose de la beatería, y seguros de que en sus venas corría ya esa especie de lava derretida que les producía tanta sed,... y tanto desenfado....

CAPITULO XX

ELECCIONES

De todas maneras, la elección para diputados tenía que ganarla la maquinaria gobiernista. Esto mismo sostenían en la peluquería del maestro Fernández, el doctor Tijerilla que, por entonces, habíase transformado en servidor incondicional del go-

bierno, y, don Barómetro Romero, sociólogo oficialista, mientras tendían el cuello a las diestras manos del figaro que los afeitaba.

La peluquería de Fernández era popular en su género y conocida como mentidero y círculo de noticias. En las paredes colgaban grandes espejos con marcos dorados, estilo imperial, que muy probable, pertenecieron a algún ricachón sucrense venido a menos. Los sillones eran de cuero; en las repisas de las mesas se veían infinidad de frascos, botes de todo color y tamaño con pomadas y lociones. En los ángulos estaban colgadas litografías de mariscales de los primeros tiempos de la república, el rostro polveado y luciendo trajes napoleónicos. Una antigua litografía representaba el fusilamiento del fraile Pórcel en el gobierno del dictador Linares. (1). La peluquería ostentaba orgullosa su letrero: "25 de mayo de 1809", y su propietario, el "maestro" Fernández, republicano de corazón, cuando se encontraba delante de republicanos, inclinábase también ante los liberales para no dañar el negocio de la tienda, al servicio de todos.

—O se toman todas las medidas para el éxito, en cuyo caso se consolida el gobierno, o dando muestras de debilidad, nos entregamos a la oposición, — expresó, Tijerilla.

—Ya lo creo, — respondió don Barómetro. — Yo pienso que la democracia dejada al azar, sin el control oportuno de los sufragios, es un peligro social.

Y citó en su apoyo a media docena de autores extranjeros, entre ellos a Gumplovitws, Lebcn y otros....

—Tiene usted razón, pero de todas maneras, tenemos que tomar las providencias del caso y demostrar nuestra hombría. Estimo que el prefecto Gallinal....

El prefecto de ninguna manera estaba dormido. Había distribuído sus sayones con anticipación en los lugares estratégicos, y los tenía bien alimentados desde semanas atrás.

(1). Un boliviano que vivía en París, mandó hacer litografías con el mejor artista de esa ciudad y las distribuyó en las peluquerías de Sucre.

Así, a Modesto Gallo, fanático y analfabeto liberal, dió-le instrucciones privadas para que atacase sin consideración a cuanto personaje se presentase en la plaza. A Urizar, intendente municipal, de ojos achinados, que se decía tener riñones liberales bien puestos, le transmitió el recado, de que a la cabeza de un grupo de esbirros, interrumpiese las reuniones de los jóvenes republicanos.

Todo el elenco estaba preparado para intervenir en las mesas y votar hasta diez veces seguidas si hacía falta. De esa manera, los candidatos gobiernistas que no contaban con popularidad, obtendrían el triunfo, derrotando al republicanismo y al propio Domingo L. Ramírez, que postulaba su nombre a una de las diputaciones por la capital.

Agentes del gobierno, diestros en las combinaciones y en los chanchullos, como el "tullo" Careaga, administrador de correos de Sucre, esmirriado y flaco, desde una semana atrás, caminaba por todas las calles con paso precipitado, echando espumarajos por la boca y miradas desafiantes a la oposición, enseñando a los que quisieran ver, fajos de billetes, con los cuales, decía, sobornaría a las masas ciudadanas, fuera de la chicha y del pisco...

—Estos cholos, — agregaba, — por muy opositores que sean, no desprecian un billete de a cinco, y por diez, bailan como el gato. ¡Voy a pagar hasta veinte "grullos" por voto!

Luego echaba a su garguero un largo trago de singani, y después de haber saboreado otros más, sostenía discusiones furiosas y pintorescas con los que querían oírle:

—¡No hay cómo Montes!... ¿Quién puede igualarle al general? Nadie. ¿Puede haber otro? ¡No! ¡Gobernaremos veinte años,... o treinta!...

El viejo Modesto Gallo, arrastrando apenas los pies, el día de elecciones no sabía dónde adquiriría fuerzas; recobraban elasticidad sus músculos, echaba chispas por los ojos y de sus pulmones salía el grito de guerra y de aguardiente: ¡Viva el general Montes! ¡Viva el gran partido liberal!

Modesto Gallo era ínfimo empleado del gobierno, apenas

un portero, pero su fanatismo le convertía en un esbirro tremendo. Inyectábase valor a medida que profería gritos primitivos y amenazantes. Nunca, más que el día de elecciones, se le veía en tal grado de paroxismo. El resto del año, el anciano, pasaba el día sentado al sol, impedido de caminar, cuidando el Palacio Legislativo que no funcionaba desde la "revolución federal", edificio de aspecto fúnebre y simbólico como las instituciones, muertas al nacer la república.

De las ruinas de ese recinto, emergía el más famoso esbirro de Sucre, el golpeador de ciudadanos, Modesto Gallo, matón temerario e irresponsable, que por encargo rompía cabezas y sufragaba veinte veces,.... burlándose de las leyes y aplaudiendo por las autoridades....

Esta ocasión, el fanático, daba vivas a los diputados del gobierno y le importaba un higo que fuesen los más cretinos de la ciudad, siempre que ostentasen la insignia liberal. Gallo, en compañía del "camba" Urizar, aterrorizaban el ambiente pacífico de Sucre con gritos horrendos. Apenas oyeron hurras al candidato opositor, perdieron el sentido y como perros amaestrados, lanzáronse en busca del odiado enemigo.

—¡Abajo, abajo!, ¿dónde están esos canallas?....

En seguida replicaron al unísono:

—¡Viva el general Montes!

Enarbolaron sus bastones con alma de hierro y dieron el silbido convenido, llamando a los sayones. Un instante después, acometían furiosamente.

Nadie osaba hacerles frente. Los ciudadanos opositores parecía que transigían con la humillación y aceptaban el yugo. Por fin se dejó oír un grito como respuesta viril:

—¡Viva Domingo L. Ramírez!

El que se atrevía a desafiar a los matones era el maestro zapatero Domitilo Quiroga. Y no sólo contentóse con un hurra, sino que desdeñando el peligro se animó a decirles en su cara:

—¡Abajo Montes, abajo el "cobre tacho"!

Eso de "cobre tacho", era una alusión al caudillo liberal, apodo que le había quedado desde la niñez.

Modesto Gallo bizqueó de una manera siniestra. El "camba" Urizar corrió hasta el lugar en que se encontraba Domitilo Quiroga, blandiendo su laque de hierro. El zapatero, excelente jugador de pelota vasca, evadió el golpe con agilidad, respondiendo a Urizar con un zurdazo, tendiéndolo por tierra. La pelea se hizo general. Intervenían de un bando y de otro fanáticos y cholos en medio de una gritería salvaje. Las mujeres arrojaban piedras a Urizar, y Modesto Gallo yacía revolcado por el suelo. Domitilo Quiroga tenía cogido a Urizar de las orejas, al mismo tiempo que le increpaba:

—"So cambia, alcahuete; lo voy a matar, ahorita mismo".

Gallo logró huir de en medio de las polleras de las cholos y de los puños de artesanos, refugiándose en una tienda. A los pocos segundos intervino la policía, capturando al maestro Quiroga y a sus acompañantes. Reapareció el sayón liberal Gallo, dándose el placer de golpear a los opositores con un bostón de nervio, al mismo tiempo que vociferaba:

—¡Ahora verán, canallas y conocerán quién es Modesto Gallo!....

Se dejó oír nuevamente el grito de guerra:

—¡Viva el general Montes, viva el gran partido liberal!

Si alguien se hubiese atrevido a gritar abajo, hubiese caído muerto de un balazo.

Por fin llegó el día de elecciones, después de una preparación etílica y de un diluvio de dinero. El famoso "tullo" Careaga, daba vueltas la plaza enseñando fajos de billetes a los obreros en su afán de corromperlos y torcer sus conciencias. Cínicamente, repetía:

—Quiérase o no se quiera, estos billetitos, nos darán el triunfo....

Bebió un largo trago de singani cintoño, y dándose coraje, tenoreó:

—¡Viva el general Montes!

El eco de las paredes de una iglesia respondió: ¡qué viva, qué vivaaa!....

En una tienda sombría, se bebía también aguardiente y se cambiaban papeletas de sufragio por billetes de a diez. En otra se daban contraseñas. Los ciudadanos más sucios y repugnantes se apresuraban a la venta de sus votos. Veíanse caras siniestras y patibularias, de esas que sólo aparecen el día de farsa electoral. A eso de las diez de la mañana, hizo su exhibición en la plaza el doctor Ramírez, caudillo popular y candidato a la diputación por la capital, en compañía de Luis de Argandoña, mozo valiente y audaz. Apenas fueron divisados por los artesanos, los vitorearon estruendosamente.

—¡Viva Domingo L. Ramírez, viva el gran partido republicano!....

Se escuchaban los gritos como si fueran lanzados por energúmenos y las gargantas, parecían reventar.

Ramírez lucía una corbata plastrón, de color negro, que hacía contraste con su traje pajizo claro. Por su aspecto parecía uno de esos famosos diestros llegados de Madrid o un tenor de ópera italiana. Los ojos enormes de español, daban claridad a sus facciones indígenas y recias. Su cabeza enorme, rapada a cero, veíase erguida y soberbia sobre los hombros robustos. Los liberales le temían por su verba y sus arrestos de hombre de acción. Era el representante legítimo de las libertades del pueblo de Mayo.

Luis de Argandoña, de facciones viriles, muy acicalado, sentía especial fruición de participar la popularidad, al lado de Ramírez. Aunque la candidatura le costaba miles de pesos, veíase dichoso, y cada viva a su persona, era como el pago a sus méritos políticos.

Ramírez fumaba un grueso cigarro habano y manejaba un junquillo entre sus dedos ágiles. Miraba despectivamente a la multitud, dominándola con el acero de sus inmensos ojos. Guiñaba a las mujeres hermosas y saludaba con signos de mano, afablemente a las jóvenes. A su vez, las mujeres, le miraban con pasión y orgullo, reclamándole una sonrisa. Las cho-

las le seguían por las calles, junto a sus maridos. Hombres, mujeres, chicos, todos le seguían. Era el hombre que arrastraba popularidad detrás de sí, el tribuno que hablaba un lenguaje grato y armonioso, el mismo que repetía en todas las ocasiones: "Pueblo mayestático de mayo".

Ese pueblo, escuchándole hablar, exultaba de gozo, bramaba de indignación y levantaba los puños al aire, llegando al histerismo y al sacrificio.

Muchas cholas, sin regatear su honra, cuando disputaban a gritos según la costumbre, solían decir sin el menor rubor: "soy querida de Domingo L. Ramírez". Y otras, en la intimidad o en público, se envanecían de haber sido desdonceadas por el caudillo.

—"Lo quiero, lo adoro a Ramírez", — repetían centenas de mujeres.

El único que no admiraba a Ramírez ni elogiaba sus discursos, era el murmurador profesional Osvaldo Pintado, el cual, creyendo perjudicar al orador, repetía muchas de sus anécdotas:

—Una vez llamaron a Ramírez, desde Santa Cruz, para que defendiese un asunto ruidoso. Se trataba de una viuda hermosa, cuyo marido fué asesinado. Ramírez defendió tan brillantemente, que al final del pleito encintó a la viudita. Cómo, verán ustedes, ¡todo un hombre!...

En una mesa electoral se produjo el primer incidente. Modesto Gallo apaleó a un ciudadano. Sus secuaces le bañaron en sangre. En otra mesa, los sayones del gobierno, sugrafaban hasta diez veces, con la misma cara y con increíble cinismo. Uno de ellos, alegó ser presbítero. Como le reprocharon burlonamente, respondió sin embarazo:

—Lo era mi padre, ¡luego, lo soy yo!....

—¿No tiene usted vergüenza?

—¿Vergüenza? ¿Qué palabra es esa?

—Pégale a ese hijo de cura, — habló el "chasca-chaqui", famoso matón del republicanismo.

El artesano Rivadineira, fornido como un toro, tendiólo de un puñetazo en las narices. Inmediatamente cayeron sobre

él varios matones armados de vergajos y le condujeron a los calabozos de la policía. Un joven que quiso intervenir, fué golpeado sin misericordia.

No obstante la coerción del gobierno, los ciudadanos defendían su voto con amor y con sangre. La parodia electoral se desarrollaba burlonamente en medio de la risa de los oficialistas. La mayoría de los electores daba su voto en contra del partido del gobierno, y ésto excitaba al "tullo" Careaga y a sus amigos, peritos y expertos en el arte de falsear plebiscitos.

Decenas de sayones paseaban por las calles, amenazantes, dando gritos estentóreos. El artesano Torrico, alias el "chasca chaqui", joya de la oposición, ya bastante entre copas, alentaba a sus compañeros y les prometía el triunfo. Era este personaje, antigualla del tiempo pasado, todavía conservado muy bien: alto, fornido, de grandes bigotes lacios, de enormes orejas y con pelos dentro de ellas, cuya fisonomía hombruna y recios puños, inspiraban temor. Tenía un andar curioso, semejante al gallo trabado o que lo habían retenido hasta el día de la riña. Su voz era gruesa y de bajo. Fanático e impulsivo desde el tiempo del presidente Arce, considerábase uno de sus esbirros. Con dos tragos de buen singani cogía al enemigo por las solapas, y con un par más acompañaba a tomar cuarteles, quitándole el fusil al centinela... Por estas razones, Modesto Gallo, al único que temía era al famoso "chasca-chaqui", acordándose de algunos revolcones que le había dado y de cierta ocasión que le emporcó la cara a patadas.

En otra mesa sucedió algo grave. El obrero Juan Míguez reclamó la duplicidad del voto de un esbirro, y por este solo hecho fué golpeado brutalmente. Un sayón nuevo y audaz, traído desde provincias, iniciaba su debut con ferocidad. Le llamaban el "yampareño", y en el instante que aquel volvía a golpear a Míguez, recibió un certero balazo en el ojo, cayendo exámine. El tumulto se hizo general. Los sayones agredieron al obrero Míguez a bayonetazos, dejándolo sin vida. Míguez, antes de rendirse, siguió disparando, hiriendo a muchos, hasta

que ya no pudo más, siendo recogido en medio de un charco de sangre. La elección terminó en seguida.

La mayoría de los ciudadanos había sufragado por Ramírez, pero el gobierno se adjudicó el triunfo. Modesto Gallo y el "camba" Urizar, atronaban las calles al grito de: ¡viva Montes! Los hombres del republicanismo desaparecieron de la plaza y organizaron una manifestación de desafío. Desde los balcones del Club hablaba Ramírez. Comenzó su discurso con frases pulidas y limpias en homenaje a su pueblo natal; luego enardecido poco a poco, derramó su pasión por las venas de la multitud. Muchos se encontraban en el paroxismo, su corazón saltaba dentro de sus pechos, sus ojos despedían chispas. Domitilo Quiroga lloraba de rabia y las cholas chuquisaqueñas desgarraban el suelo, armándose de piedras. Cuando concluyó su discurso, los artesanos peleaban con los sayones y el motín se había producido. Las voces clamaban: "a la policía, a la policía"....

Se oyeron descargas de fusiles. Desde una ventana, el prefecto Gallinal, dirigía las operaciones. Cayeron algunos obreros y esto enfureció a la muchedumbre. Luego vino la noche, y los disparos de arma de fuego de una y otra parte, se generalizaron, corriendo la sangre del pueblo por las calles en holocausto a la libertad, según el texto....

No se oían sino gritos lúgubres y ladridos de perros nocturnos que producían pavor en las callejas hondas y tristes. Alguien tocaba el charango y cantaba a media voz la copla: "libertad querida". A lo lejos atronaban los vivas:

—¡Viva Montes!

—¡Viva Ramírez!

Un mozalbete trepaba a la sazón una de las torres de la catedral, en la plaza histórica. Su intención era tocar a rebato. El rayo de la luna desgarró su sombra y una voz ordenó hacer fuego. Desde una esquina el soldado hizo puntería. Una, dos, tres, partió el disparo. Burbuja, el chico Burbuja' aprendiz de zapatería del maestro Domitilo Quiroga, pilluelo

agradable, cayó fulminado de un balazo, como si fuera herido por el rayo.... ¡Murió en homenaje a la libertad!....

Cuando lo recogieron, aún caliente y destrozado, tenía una sonrisa en los labios; parecía que quería decir algo.... En las manos apretaba su vieja gorra a cuadros.

CAPITULO XXI

JUGLARES Y POLITICOS

Durante mucho tiempo las gentes de Sucre recordaron con indignación la farsa electoral sangrienta. Todas las conversaciones se referían a ella, a los crimines del gobierno y a la saña del prefecto Gallinal. El entierro de las víctimas dió lugar a nuevos actos populares y a nuevos discursos del caudillo Ramírez. Todavía sus frases flotaban en el ambiente caldeado de la ciudad:

"Recordemos por una eternidad a los que se sacrificaron por las instituciones libres, muriendo abrazados a su bandera".

Hacia siglo y más, que los ciudadanos estaban sacrificándose por las libertades en todos los gobiernos....

Los candidatos gobiernistas, don Agamenón del Espacio y Mario Tijerilla, no osaban salir a la calle. A pesar de que el triunfo electoral fraudulento los había elegido diputados, no se les veía sino de noche, deslizándose a escondidas a la casa del prefecto Gallinal. Don Agamenón sufría de la próstata y no podía caminar ni dos cuadras sin detenerse a orinar. Se parecía en esto a los canes. Cualquier pared la utilizaba como urinario, sobre todo las esquinas de las iglesias y los ángulos de los edificios públicos. No obstante de ser diputado electo por el liberalismo y de que sus corifeos de Sucre se las daban de anticlericales, él era afecto a los curas, privadamente, y muy creyente. Tijerilla desde el día siguiente de su triunfo, prepa-

ró viaje a La Paz con extremada minuciosidad. Doña Andrea Mirasol le compró ropa interior de seda, arregló sus menudos menesteres y pagó algunas cuentas. Por ese tiempo, Tijerilla, pretendía a una de las hijas del señor Mirtos. Doña Andrea tuvo la debilidad de visitar a la familia Mirtos por encargo de su hijo, llevándole un obsequio valioso, y entre medias palabras y avergonzada, solicitó la mano de Raquelita, para Mario. Al comienzo el señor Mirtos sintió indignación y deseos de arrojarla a la señora Mirasol a la calle, pero se contuvo pensando en que el hijo de la señora gozaba de influencia oficial. La dió por consiguiente lamentables excusas, pretextando que Raquelita padecía de urticaria crónica, y que no podía contraer matrimonio en ese estado. Al saber Tijerilla la negativa no se resignó al fracaso. Valióse de don Nicanor Carrasco, dueño de la famosa tienda "El Cocodrillo", con instrucciones insinuantes y categóricas. El emisario nuevamente fué rechazado. En privado, muy en privado, el señor Mirtos, pensaba:

—¿Ha se visto, semejante atrevimiento? ¿Un pobrete, un soplón, un chisgarabís, un tal por cual, pidiendo la mano de Raquelita? ¡El mundo anda al revés!... ¡Estos liberales!...

Por su parte, Tijerilla, arguía:

—"¿Tengo a no derecho a la mano de Raquelita? Sí; en primer lugar por mi talento, y luego, porque soy diputado. En silencio, reflexionaba: a este paso.... llegaré.... Sí, llegaré.... y entonces"....

Al señor Mirtos le importaba un ardite el porvenir de Mario, excepto si le enseñaba millones. Para él, la vida, se reducía al dinero, a vender cintas y artículos que le produjeran ganancias. Aunque tenía la debilidad por los títulos nobiliarios, transigía rápidamente por un negocio a la vista. Se decía que por sus venas corría sangre sefardita, y aunque no había comprobación alguna, su nariz y sus ojos turbios lo atestiguaban. Por otra parte, su hija, con una fortuna saneada, no podía contraer matrimonio, sino con un hombre de apellido similar: por ejemplo: Clavel, Pino, Cedro y otros, con abundantes acciones de Banco.

De los intelectuales, y más aún de los gobiernistas, se reía; le inspiraban piedad....

Mario Tijerilla, lleno de pesar, se dirigió a la redacción de "La Mañana", lugar de regocijo y chirigota política, donde había costumbre de invertir valores literarios y sociales. No se creía en nadie a no ser que prometiese cenas espléndidas y diversiones continuadas. Entonces al anfitrión se le dedicaba versos, se le coronaba y se le llamaba genio, hasta que concluyese su plata. Por esa época, llegó a Sucre el señor Garrón, caballero potosino y dueño de minas, que deseaba vincularse con los badulaques. Recibiéronlo con extremada sagacidad y cortesía, le invitaron a discutir y beber, y cuando se encontraban ya un poco chispas, el tuerto Mendieta levantó el vaso pronunciando un brindis espectacular:

—¡A la salud de este nuevo Pericles que nos envía la fría ciudad de Potosí!

Bebieron todos y nadie se excusó del discurso. Todos le arrojaron flores. No obstante José Lino Ventosa, potosino y aventurero, diestro para el trago y que sabía comprender las bur-las, levantó su copa y respondió al señor Mendieta:

—¡Bebamos por el tuerto Mendieta, el único en su género, y único también en el arte de los "cortos"....

La alegría fué general y el tuerto no supo qué replicar de inmediato. A los cinco minutos, trataba de conjugar José Lino con pollino y hasta con ladino....

Una noche, los badulaques jugarónle una mala pasada al señor Garrón, invitándolo al "Inisterio", y después de sacarle los pantalones, lo bañaron. Pero en realidad no se trataba de la fuente del "Inisterio", sino de otra vulgar que fué confundida, dada la completa ebriedad de los manifestantes. Las prendas del nuevo vate las llevaron al Hotel de Villarpando como trofeo. Pero el señor Garrón cogió una pulmonía que casi se lo lleva a la tumba. En los instantes febriles, maldijo a los intelectuales de Sucre y se propuso destruir la fuente de la sabiduría del "Inisterio", como venganza netamente potosina....

El tuerto Solares se divertía a su modo, unas veces dan-

do balazos a los transeúntes y otras asaltando la policía sin peligro alguno, pues sabían allí, que era uno de los amos del oficialismo. Sin embargo, tenía gracia lo que hacía. Desarmaba al centinela y se acostaba en la cama del comisario de turno, clausurando el local hasta que se le pasaba la borrachera. Por su parte, el vate Peñaranda, para no ser menos, burlábase del talento de Tijerilla y de sus amoríos, criticándole hasta su modo de andar y sus artículos sesudos. Lo que más les irritaba era su vanidad y su tono de "magister", después que fuera elegido diputado.

—¿Te has fijado, — les decía a sus íntimos, — en la transformación de Tijerilla? ¿Es evolución o involución? Casi ya no habla sino con voz grave y profunda, dialoga consigo mismo y emite opiniones....

—Va por mal camino, — respondió el tuerto Solares.

—¿Pero qué le pasa?

—Parece que se ensucia en sus pantalones.

Rieron de buena gana, pero el vate añadió:

—Nada de eso, se limpia con "La Nación" de Buenos Aires....

—Ahora ya comprendo.... Sí. Sí.... ¡Esa su afición a la lectura, a los diarios voluminosos.... a los de prestigio!....

—¿Pero, tú crees en el talento de Tijerilla?

—¿No?

—¿Pero, tú crees, por ventura, que alguien en el mundo que se llame Tijerilla, tenga talento? Ya el mismo nombre lo advierte. Que me digan Tijerilla sastre, coleccionador de papeles o chiscarabís; pasa, ¡pero Tijerilla diputado por la capital de la República, es un escándalo!

—Tijerilla es nuestro, es del gobierno.

—Como todos nosotros,.... alquilados, solamente nos separa un detalle: tenemos ingenio.

Oswaldo Pintado, que siempre concluía estas discusiones, observó sagazmente:

—Una cosa es ser alquilado y otra muy diferente, caca-seno....

Don Agamenón del Espacio, era algo más serio y contundente. Desde que fué elegido diputado, volvióse asiduo concurrente de "La Mañana", sirviendo de blanco agradable de los vates badulaques. Nunca se indignaba. De paso, abría su cartera generosamente y la reunión terminaba en lo de Villarpando. Allí se podía delinquir impunemente. Se formaba la misma rueda, se oían los mismos chistes y se bebía con largueza.

Para variar, el tuerto Mendieta se emborrachaba rápidamente, armando camorra a los vecinos y discutiendo inclusive con los mozos de que Verlaine era lo más grande que había producido el mundo. Recitaba sus versos con voz pausada y de ultratumba, y cuando querían hacerle callar, advertía que era un genio e insultaba a todos:

—¡Gentes de mierda, canallas!, ¿qué sabéis vosotros de poesía y de los grandes poetas? ¡Mozo, otra copa!

Aparecía Nicanor Mallo, siempre flaco, de bigotes lacios, eternamente con la manía de beberse las copas que encontraba a su paso, fuesen de amigos o de enemigos. Hacía irrupción el "chino" Arrueyo con un farrago de papeles bajo el brazo, la mirada turbia, sudoso y cansado, pretendiendo leer sus poemas a todos y sus nuevas creaciones, siempre iguales, sobre el mismo tema: "su tristeza infinita y la incomprensión de las gentes vulgares". Al final, le invitaban copas y aunque no le invitasen, bebía, siguiendo el cómodo procedimiento ideado por Mallo. Por la noche, el "indio" Villarpando se resarcía de los "clavos", haciendo pagar los consumos a los clientes ricos.

El "Club de la Sabiduría" continuaba su vida diaria, sin impacientar a sus socios por nada. Allí también se jugaba, se murmuraba y se perdía gruesas cantidades de dinero. La lucha política reciente había separado a las familias en forma profunda. Los republicanos no mantenían contacto con los liberales, al extremo de suprimir el saludo cortés y gentil, costumbre tradicional en la ciudad. Se hablaba a "sotto voce" de la próxima revolución y de trabajos subversivos entre sombras.

Ni para qué decirlo, las cholos, estaban empeñadas en estos trabajos y tenían su partido. En su mayoría eran republicanas y creían a pie juntillas en el caudillo Ramírez. Entre estas cholos, había una, llamada la "torera", mujer de hígados y de vocabulario florido, que hacía estremecer a los más lenguaraces de Sucre y ponía en fuga a las otras mujeres. En tres segundos salían de sus labios mil insultos —si cabe exagerar el término,— elaborados por su fecunda imaginación, en quéchua, en castellano y en cualquier idioma. Vestía, esta dignísima mujer a la moda de las buenas cholos de Chuquisaca: pollera de terciopelo rojo o verde, medias color carne, mantón celeste, y de sus orejas pendían faluchos con perlas y engarce de oro. Cuando caminaba, parecía un banderillero en la arena, haciendo su entrada, al son de la marcha de Cádiz. Vendía empanadas y helados, y al ofrecer su mercancía lo hacía con tal gracia, que todo el mundo repetía:

—Está pasando la "torera".

Nadie podía burlarse de esta mujer, temida por su boca. No obstante una noche, los sayones del gobierno, la llevaron a los calabozos de la policía, porque había insultado al general Montes. Los gritos que dió, se oyeron en toda la ciudad, y los diarios opositores denunciaron el escándalo, sin transcribir, naturalmente, el vocabulario de la "torera", en obsequio a los esbirros.

Los famosos tuertos y los vates que, difícilmente se sonrojaban, evitaban el encuentro con esta mujer, porque su léxico era arrollador y, además, se levantaba las polleras en media calle,.... aunque hubiera público....

CAPITULO XXII

LA ZAMBA, LA HUESO Y LA SELFITA

Por las noches, para festejar los acontecimientos y matar el tiempo, el par de tuertos, acompañados de Osvaldo Pintado,

del famoso guitarrista Aníbarro y de "quespi" Pantojilla, sufrido para los tragos y para las bromas; también de excelente humor y apetito, se dirigían a buscar hembras a los lugares amables, y pernoctaban allí uno o varios días con sus noches. La primera reunión la hacían en lo del "indio" Villarpando y las demás en lo de la "hueso" o la "zamba".

Estas mozas se encontraban por entonces todavía tiernas. Eran amigas íntimas y tenían esa gracia y donaire chuquisaqueño. Ambas alegaban ser "hijas de familia", doncellonas e inocentes. No obstante, no se excusaban de asistir a las fiestas, a los "actapis" y a los "misachicos". Listas y de aguda ironía, sabían actuar en sociedad, y cuando se encontraban en compañía de liberales, simulaban ardiente liberalismo, haciendo lo propio, toda vez que eran visitadas por el "chancho" Incausti o el doctorcito Mendizábal. Entonces aparentaban ardor republicano y un fanatismo rabioso...

A esta pareja, se unía alguna vez la "selfita", chola rubia y bonita, de ojos verdes, que sabía cantar y bailar muy bien, estimada por todos los jóvenes, a los cuales brindaba su coquetería y los tenía encandillados con su cuerpo grácil y admirable. La "zamba", era una morocha de color ambarino, de ojos negros, llenos de picardía, amplia de caderas y abundantes senos cívicos; vivaracha, aficionada a los versos, autora de bailecitos y muy dada a las citas bíblicas. Discutía con el tuerto Mendieta y le rebatía muchas veces sus modismos literarios. Conocía de nombre a Verlaine y a Baudelaire y los creía tan borrachos como el "chino" Arrueyo o Nicanor Mallo. Al tuerto Solares le hacía frente con una botella en los trances difíciles, y su fama de bailadora de cueca, corría por el barrio así como su habilidad para los picantes. En los buenos tiempos, picada de la fiebre anticlerical, nunca dejó de echar su carta a espaldas, siempre que se tratase de hablar mal de los militares o de los curas. La "hueso", era también rubia, espigada y de ojos almendrados, color café, romántica al parecer, muy señorita, muy modosa y llena de afectados cariños. Estas tres ami-

gas no se desprendían y jarana en la que estaba invitada una de ellas, concurrían las tres.

Viejos, jovencitos, todos gustaban de su coquetería, dándose cita en sus tiendas, lo más risueño de la sociedad, festejando onomásticos, aniversarios y acontecimientos políticos.

Tanto mezclarse con literatos y badulaques, habían adquirido sus modales y no era raro oírles criticar los editoriales de los periódicos, y expresar sus opiniones desnudas sobre los juegos florales..., fuera de que su especialidad consistía en el preparado de los mechados, las empanadas y las mistelas.

Recibían en su casa con fineza, y muy pronto los invitados tenían en sus manos sendos vasos de cerveza o de buena chicha, de la que se había "comenzado recientemente" y era consumida con devoción por los aficionados del barrio. Entonces aparecían en su punto, los platos de conejo estirado o de pollo tierno, los delicados "carapechos" y las "humitas". Y luego del elogio de la cocina, la charla se alimentaba de chistes, de anécdotas y de mentiras, festejándose bulliciosamente, en tanto los besos y los abrazos, postergábanse para el día siguiente.

Esta manera de vivir y de pasar el tiempo, rodeado de amigos y de amigas, evadía la amargura de los años y amortiguaba la tristeza local, dando al ambiente, colorido y matiz. Todos eran amigos en las fiestas; los adversarios rendían su enojo, y los brazos de unos recibían a los otros; se juraban fidelidad pasajera y al día siguiente, volvían a herirse.

La "zamba", tenía fama de ocurrente, y entre sus historias se relata una muy agradable y de humor. Una mañana, excitada por el patriotismo, se dirigió a la prefectura y sin más preámbulos, denunció al arzobispo, de robo de joyas. El prefecto la escuchó con atención y no podía haber de curiosidad, de qué clase de joyas se trataba.

—¡De la virgen de Guadalupe! patrona de la ciudad, pues, — aclaró.

—¿Es posible?

—En efecto, — respondió la "zamba" exigiendo las in-

investigaciones del caso, titulándose delegada de Chuquisaca por disposición de la Constitución!....

Las autoridades eclesiásticas para sancionar su temeridad, estuvieron para excomulgarla, pero esto no afectó a la "zamba", admirada por un coro de badulaques y poetas. Al contrario, se la festejó con una jarana en forma, en la que se bailó hasta el amanecer y se cantó coplas alusivas a las sustracciones de joyas y la audacia de la moza, cuyas carnes morenas ardían en vida, en alegre lugar de los infiernos....

Alguna vez, esta mujer, por interpósita persona, hacía celebrar misa y exhibía entonces un niño de Praga, muy milagroso, al cual por la noche, cuando empezaba la jarana, le cubría los ojos con un lienzo, para que no viese las licencias de los borrachos. ¡A la mañana siguiente, en premio, aparecían debajo de la almohada de la "zamba", billetes nuevecitos de a diez y de a veinte, puestos por el niño!....

TERCERA PARTE

Tus gentes ¡oh Sucre!, no tienen arreglo....

Algunos, los más cuerdos, abandonan tu lar y van a buscarse el pan a lejanas tierras. Sufren, penan y te recuerdan accidentalmente para gemir o para darse golpes de pecho....

Regresan para rodearte con sus brazos, para servirte y endiosarte, pero tú eres de piedra. Los recibes con indiferencia, la envidia roe tus entrañas, y cuando se marchan para nunca más volver, suspíras....

¡Te maravillas cuando triunfan y derrochan millones!....

¡Oh Sucre! De tu fina entraña salieron miles y miles de tus hijos y se desparramaron por todas partes, llevando su emoción, su clara inteligencia y su locura....

Como los griegos de la decadencia, se olvidaron de su lar y se entregaron en la vida a diferentes oficios y trabajos:

unos de intelectuales, otros de aventureros y de príncipes, soñando eternamente con la rubia fortuna...

CAPITULO XXIII

HACIA LOS MINERALES

Después de un viaje penoso a pie y a caballo, en las más tristes circunstancias, Natalio Uruchurto y "diablito" Gumiel, estaban para llegar al mineral de Llallagua, acompañados de Crescencia y Anastasia, las dos sirvientas de don Manuel Lanás del Céforo. Natalio Uruchurto iba vestido en forma singular y curiosa. Se había apropiado de las botas de un coronel retirado, prestóse el colán de un amigo y el poncho argentino de don Manuel Lanás del Céforo, "facilitado" galantemente por Crescencia. "Diablito" Gumiel soportaba el frío, bien envuelto en una bufanda descolorida y que, seguramente, en "illo témpore", perteneció al señor Molina, presidente de la Corte Suprema. Ambos, sin embargo, alentados por el buen singani cinteño, la aventura que realizaban y el amor de las mezas, manteníanse alegres y confiados. Recontaron sus billetes, y entre todos, la caja ascendía apenas a unos cuantos míseros pesos. Natalio se atrevió a hablar:

—Todo este sufrimiento concluirá cuando lleguemos a los minerales. Allí trabajaremos de "firme" y los billetes entrarán a nuestros bolsillos sin que nos demos cuenta.

—Que Dios te oiga, hermano.

—¿Pero, trabajaremos, no?

—Eso se entiende; no somos mancos....

—En cuanto a Anastasia y Crescencia, tienen que hacer picantes y poner tienda. Dicen que en los minerales hay muchos gringos.

—Salud, hermano.

Curaron el frío con un largo trago de licor. Reincidieron en el trago y Natalio apeló al charango. Unos notas senti-

mentales y amargas dejáronse oír en la lejanía de la pampa. Estaban en pleno altiplano.

—El charango es el amigo tierno del andino, y parecía que repitiera las quejas de su alma introvertida. Sus notas hacen llorar y el corazón se acnjoja — dijo Natalio.

—Tienes razón, Natalio. — El charango es el compañero fiel del que camina por breñas y quebradas, en busca de fantasmás y de oro....

De vez en cuando encontraban rebaños de llamas pardas y negras. Las de color blanco, semejaban reinas empurpuradas y nupciales. Las alpacas parecían monjas de convento con pecheras albas. Frágiles vicuñitas corrían de un lado para otro, arqueando sus cuerpos vibrátiles. Montañas severas y grises veíanse como parte de un encantamiento doloroso.

—¿Estos son los minerales?, — se atrevieron a preguntar las cholás.

—Estos son. De estas tierras áridas que parecieran sin alma, frías y hostiles, brotan la fortuna, el fausto, la dominación. De estas tierras han emergido genios y tiranos.

—Y estas breñas — articuló Gumiel — han tragado a miles y miles de optimistas y esclavos. ¡A unos dá y a otros mata!

Crescencia y Anastasia caminaban detrás de los asnos al lado de dos indios mustios que estaban pagados para el servicio de arrieros. A instantes se detenían a mascar su coca y luego la acompañaban con el "acullico". Incorporábanse trabajosamente, pero cuando se ponían a andar no descansaban, dispuestos a dar la vuelta el mundo, pausadamente y sin fatiga. Eran fisonomías de hierro, ojos negros y carnes durísimas, habituados al frío de la cordillera. Su mayor placer, parecía estar reconcentrado en el garguero, cuando les penetraba el chorro de alcohol puro y enérgico. El "pisco" licor extractado de higos y cáscaras de durazno, era simplemente agua, para estos altiplánicos, los más fuertes entre las especies humanas de América.

Crescencia y Anastasia, cholos robustas y acostumbradas a las penurias —incluso al mal trato—, seguían a sus hombres, calladas, madurando proyectos minúsculos. Los asnos llevaban enorme cargamento de bártulos, todo lo que habían podido acumular las mancebas durante mucho tiempo para el viaje codiciado. No se olvidaron de nada; transportaban bacines de hierro, sartenes y ollas. La guitarra balanceaba su cuerpo de un lado para otro, prenda con la que pensaba ganarse la vida "diablito" en los apuros. Una colección completa de cueros de oveja, frazadas de colores, costales, polleras de encendidos matices, abultaban la carga junto a las botas de chola y hasta una virgen de su devoción.

Emigraban de su tierra, tal vez para nunca más volver, siguiendo su destino amoroso. No tenían otro porvenir, que ganarse la vida duramente. No eran señoritingas, ni hijas de familia, por consiguiente carecían de código moral. La sociedad feudal las consideraba aves sin nido, cholos fortuitas, para quienes las leyes del matrimonio no regían. Podían amancebarse, tener hijos para distintos hombres y rehacer su hogar en cualquier parte, sin otra alegría que el trabajo diario, y de vez en cuando la "farra corrida". Tal vez algún minero, rico y cansado del trabajo, las tomaría como esposas o queridas para toda la vida, pero mientras tanto Uruchurto y "diablito" Gumiel... eran sus amantes. Toda la conversación se refería a Sucre, a la vida que hacían en la casa de los amos en compañía de las "niñas y de los niños"... Ellas, que siempre fueron servidumbre, tenían recuerdos sentimentales para la señora, el caballero, las niñas, el pongo y la opa. La casa hogareña resucitaba en sus mentes, y sentían algo así como un remordimiento que no se quería ir, atormentándolas, porque, de todas maneras, se habían criado a la sombra de los muros de la vieja casa de los Céfiro, oyendo sus gritos, sumisas y sin rebelarse, hasta el día aquel que fueron a la fiesta y se dejaron seducir por Uruchurto y Gumiel. Muchas veces les vino la tentación de abandonarlos y de retornar al hogar, pero no podían hacerlo de

ninguna manera. Habían cometido verdadero delito, al fugarse, sustraído prendas de vestir, y se consideraban perdidas para siempre. La única salvación para ellas era vivir en los minerales y hacer lo que todas las cholitas...

Abrieron sus corazones y respiraron animosamente, exclamando ¡Llallagua, Uncía! Chuquisaca quedaba lejos, borrosamente: no existía más...

CAPITULO XXIV

EL CURA MANPORRO

Habrían perecido en el camino, sin mayores recursos, si no tropiezan milagrosamente con un raro paisano que, además de su solicitud, les dió consejos, dinero y optimismo para la prosecución del viaje.

Se trataba del cura Manporro, recio hombre de iglesia, locuaz y agradable, que ejercía su ministerio, salvando almas, en las áridas tierras de Uncía, desde hacía años. Apenas tocaron su puerta, él personalmente, salió a abrirles y en un lenguaje sin remilgos, les dijo:

—Pasad, buenas mozas y vosotros, amigos, haced lo propio: ésta es vuestra casa. El acento y las maneras que tenéis, son inconfundibles: venís de Sucre, y, a lo que parece, de fuga, ¿si en algo puedo servirlos?

Tanta amabilidad y fraqueza iluminó las fisonomías de los viajeros. Le contaron todo y se presentaron con sus verdaderos nombres.

—¿Y a dónde os dirigís?

—En verdad, a buscarnos la vida.

—Si es así, bien venidos; aquí la tierra es árida, pero tiene la manía de ofrendar sus dones a los audaces. Siempre que no tengáis prisa, podéis descansar en esta humilde casa por unos días.

Uruchurto agradeció al cura con sentidas frases, en tanto que "diablito" Gumiel, que conocía al párroco, desde hacía

años, allanaba las dificultades. El cura Manporro era un mocetón sonrosado y fornido, de espíritu alegre y servicial, oriundo de Zudáñez que prestaba ayuda a los badulaques, recordando a la capital Sucre, más que nadie. Su apostura, sus modales y sus grandes ojos pardos le habían predestinado para un alto puesto en la jerarquía eclesiástica; no obstante lo había desdeñado siempre, sintiéndose feliz al considerarse patriarca de villorios íntegros, admirado por toda su grey. Al margen de su apostolado, dedicóse a cultivar dos cosas: el buen decir y el buen yan-tar, fuera de que sus miradas no descuidaban a las buenas mozas. De ahí, que, cuando sus ojos escrutadores tropezaron con los de las dos paisanas, dilatóse su inquieto corazón, y su apetito pródigo imaginó succulentas viandas. Por lo demás, el cura Manporro, como casi todos los de su especie, poseía la verba fácil y un prodigioso ingenio.

Uruchurto y "diablito", no se hicieron rogar con la invitación, quedando en el refugio en compañía de las mozas.

Además de la charla sabrosa, de los dichos y hechos, de los caldos de cordero, de los "rostros asados" y de la música de la tierra, tuvieron que recordar anécdotas picantes, pues el señor cura era un cuentista insigne y un guitarrista de los buenos. Uruchurto y "diablito" Gumiel al recuperar las fuerzas, dieron prueba de enorme capacidad para beber y una disposición para cantar. De admirable memoria ambos, recordaban al instante todos los bailecitos de Chuquisaca y sus correspondientes letrillas. Esto duró muchos días. Bebieron y cantaron como rara vez lo habían hecho, en medio de lágrimas y sollozos. Cuando partían, el cura Manporro, galante y jovial, como tenía de costumbre, puso en sus manos varios sobres: unos, contenían cartas de recomendación para los gerentes de las minas, y otros, billetes de a cien, obsequio personal de simpatía que no reclamaba agradecimiento alguno, ni siquiera ligera mención.

Vestido como un alto dignatario de la iglesia, con su sotana de seda y sus medias finas, desde la puerta, les hizo sig-

nos con la mano, bendiciéndoles. No dejó de felicitarlos por sus aptitudes personales, añadiendo:

—¡Estas voces y estos charangos, sólo se oyen en Sucre!... ¡No hay remedio, tierra pródiga en músicos, intelectuales y... juristas! (Este último lo dijo con pena). Pero el badulaque es la flor más preciada!...

Traspassando una loma, "diablito", hizo sonar su charango a guisa de despedida, y Uruchurto su linda guitarra. Tocaron algo que recordaba a Charcas, la tierra querida e ingrata que no la verían más...

CAPITULO XXV

EN LA MINA

El gerente de la mina "La Joya", recibiólos a Uruchurto y "diablito", con cierta displicencia. Era éste un yanqui alto y asalmonado de apellido Jones, cuya fisonomía troglodítica y unas manazas de Dios, tan grandes como su cara, inspiraban cuidado. A esto había que añadir sus mandíbulas tenaces y arbitrarias que se movían de un lado para otro, mascando porquerías de su invención. No obstante, su risa infantil desconcertaba, y cuando "diablito" le dijo, que venían de Sucre, y que no sólo eran trabajadores sino artistas de la vida y del buen vivir, tornóse cariñoso:

—Hace tiempo que no trato con pendejos, y esto me aburre, — interrumpió secamente, — ¿qué es eso del arte y del buen vivir?...

—Quiero decir, que sabemos tocar la guitarra y el charango; que cantamos regularmente, y que, además, de consagrarnos a las tareas inherentes para llenar el buche, no nos aterrorizan los gringos.

Tamaña franqueza es un nativo, agradó a Mr. Jones, sonriendo cordial y hasta insinuando un copetín mañanero y hasta dos. Luego, agregó:

—Acabo de leer la carta de mi compadre, el cura Manporro, y estoy dispuesto a ayudarlos. ¿Qué guapo mozo, no? Como cura vale un carajo y como hombre dos. Aquí ha dejado recuerdos agradables, y mezclados a ellos, media docena de hijos, sin descuidar la fe naturalmente. ¿Me dice que ustedes son chuquisaqueños y de lo más agradables. Bueno, ¿qué saben hacer ustedes?

Natalio Uruchurto tomó la palabra, y como si estuviese ante una Corte de magistrados, habló en términos precisos y halagadores que el ingeniero extranjero se frotó las manos y rascóse la cabeza dos veces. Pero Uruchurto, insistió:

—Señor Ingeniero (estaba para llamarle eminencia), preguntáis qué sabemos hacer, y la respuesta es fácil y también difícil. Pero de acuerdo a nuestra conciencia debemos responder que sabemos todo y no ignoramos nada, pues como pobres no exigimos mimos, además, somos de Sucre.

El gringo tenía costumbre de tratar a los jóvenes badualques que llegaban frecuentemente de Chuquisaca, en busca de trabajo, y no se sorprendía jamás del lenguaje pintoresco y lleno de matices que empleaban.

—Bueno, — habló el ingeniero, — ¿se conforman con cinco pesos al día?

—¿Y cuáles son nuestras obligaciones?, — preguntó "diablito".

—De capataces. Sus obligaciones consisten en levantarse al clarear el alba y otras veces trasnochar; en resúmen, evitar que los peones roben el mineral y no trabajen.

—Convenido, señor ingeniero, y muchas gracias.

—Pasen por la oficina, — añadió, — y que les tomen ficha, los números y les den avío.

El yanqui frotóse las manos y encendió su pipa. De paso aplicóse la botella de "wisky" a la boca, trasegándola con delicia. Resolló dando muestras de satisfacción personal y luego sus manos comenzaron a ordenar una montaña de papeles de todo color.

El lunes siguiente, Natalio Uruchurto y "diablito", trabajaban en la mina "La Joya", vestidos a la usanza de los viejos mineros, con botas, bufandas y pantalones de lona. Crescencia y Anastasia se instalaron en un tienducho. Salieron a dar una vuelta por el poblado y casi se les parte el alma. Veían a cada paso mineros abotagados y miserables, con los trajes en sendales, la cara morada por el frío, sus manos partidas y negras. Cholas flacas y sucias, vendían panes, empanadas y quisos regionales a los trabajadores siempre hambrientos. En algunos tienduchos y chinganas se expendía licor barato y coca. Las caras de los habitantes estaban quemadas por un sol tremendo y por el aire, a cuatro mil metros de altura sobre el mar. Un viento impenitente y tenaz soplaba por las calles y tundía todo lo que topaba. Los mineros parecían tibetanos, indúes o coolies, y aceptaban su suerte royendo la tierra como los gusanos. Entraban a los socavones por grupos y salían también por grupos, derechito a dormir, pero generalmente a comer el plato de picante, a excitarse con alcohol, y luego a revolcarse promiscuamente. Estos eran los que habían cobrado la semana y disponían de buena bolsa. El poblado se llenaba de gente los días de pago y aparecían cholos, indios y cholos de los lugares cercanos, trayendo comestibles, panes, licor y coca. En algunos toldos armábase la farra, se oía cantar y tañer de guitarras y charangos, y en otros sitios gritos epilépticos y lloros en medio de promesas.

Desde la primera semana, Crescencia y Anastasia, comenzaron a trabajar, siguiendo los consejos de "diablito" Gumiel. Cholas foráneas y buenas mozas, llamaron la atención de gringos y empleados de la administración. Inmediatamente, sus tiendas, fueron visitadas por lo mejor del poblado, y allí bebíase y quedaba el dinero. Incluso Mr. Jones, no dejó de dar su paseño nocturno por la vivienda de las mancebas.

Al poco tiempo, Natalio Uruchurto, puntual, de inteligencia despierta, duro para el trabajo, fué ascendido. Lo trasladaron de la mina a la administración, dándole mejor sueldo,

con el cargo de controlador de especies. En cambio a "diablito", afecto a los ponches y a las noches en vela, no pudiendo cumplir el horario de trabajo, lo despidieron.

—No hay mal que por bien no venga, — alegó, conformándose a sí mismo.

Desde entonces, el señor Gumiel, dedicóse a frecuentar bares y chinganas, alquiriendo popularidad. En todas partes le conocían y le apreciaban por su sangre ligera, por sus chistes y su arte de tocar el charango. En cualquier sitio era bien recibido y estimado. Dedicóse pues a vivir del juego y de la farra. Sabía de memoria los cumpleaños de todos y también anunciaba las fiestas de los santos. En seguida organizaba comilonas, picantes y la farra, con acompañamiento de orquesta, de gringos y de cholas. En estos trabajos era un lince. De cualquier manera caíanle en las manos billetes de a diez y de a veinte (de los buenos, de los que valían 19 peniques y un cuarto). De vez en cuando, para no perder la costumbre nacional, administraba una buena paliza a su amante y peleaban toda la noche hasta que venían Uruchurto y Crescencia a componerlos. Entonces "diablito" poníase afectuoso y había que llamarlo al orden... El amor le chispeaba en los ojos...

Por lo regular, el "señor Gumiel", —como decían en la mina—, se batía bien y era lo que se llama en buen romance, un "busca vida", camandulero, ayudado por su fértil imaginación y su ningún prejuicio. Natalio valía otra cosa. Casi no vivía en su casa, manejaba dinero, y a fuerza de paciencia y de trabajo, logró convertirse en uno de los puntales de la administración. Mencionábase su nombre con respeto, y se le citaba como ejemplo de puntualidad y de dureza. No obstante, no había perdido su antiguo vicio, de los "sextos de a cien y los llonos".

Crescencia y Anastasia se acomodaron a las normas de los minerales, acumulando en poco tiempo, dinero.

—No hay como la chola para el menudeo y la sisa, — decían los gringos. Envidiarían las hormigas...

Empezaron a comprarse catres de metal, mesas, cómodas, y a transformar sus viviendas pobres y desmanteladas, en lugares habitables. Aún se atrevieron a cultivar flores, poniéndolas en tiestos, lo que significaba un verdadero lujo en estos andurriales, y también a criar perritos y gatos a falta de hijos.

Los días domingos hacían empanadas al estilo de Sucre, y chorizos los jueves. Muy pronto tuvieron que trasladarse a otro sitio, abriendo una especie de bar, que era frecuentado por los empleados de la administración y los jugadores.

El barcito entonces con su nombre y recordaba a Chuquisaca: se llamaba, "El Colegial". Uruchurto le agregó: "El Colegial Perdido".

El trato diario, informóles, de que los minerales estaban llenos de chuquisaqueños y cochabambinos, pero éstos de Sucre, eran paisanos descentrados, gentes que hacía años habían poblado estos lugares inhóspitos, viviendo en las cavernas como trogloditas, pero, que ahora, sentíanse orgullosos de tener casa de adobes y pequeños negocios en el yermo. Muchos pertenecían a la capital; no obstante, se les había adormecido la lengua con los años de frío, perdiendo el brillo en los ojos y en el decir. Llevaban vida de "cocanis", de primera generación, economizando centavos y durmiendo en el suelo, sucios y en perfecta paz con todos los parásitos. Sus caras eran vidriosas, sus manos recubiertas de costras negras, endurecidas por el frío y el aire.

—No son chuquisaqueños, deben ser potosinos o de Cochabamba, — decía "diablito", furioso, porque rehuían a su trato y a la succión de centavos.

—Chuquisaqueños, hijo — respondía Anastasia, — hablan todavía apretando los dientes y con el acento de San Roque. Lo que pasa es que el trato con los "cocanis" los ha degradado y los ha vuelto más roñosos que ellos.

La pampa bramaba de vez en cuando, y soplaban esos vientos andinos, a cuatro mil metros, paralizando el cerebro y los ojos. En verdad, el espectáculo era desolador y gris; las

montañas al atardecer tenían apariencia lunar y fantasmal. Pero a las seis de la mañana, aparecía el sol, el Dios Sol, astro venerado por los indios y de cuánto ser viviente habita el altiplano. Todo brillaba a su luz radiante, inclusive los más insignificantes guijarros, cosquilleando la imaginación como si fuesen partículas de oro. Todo seducía, y en la mente había la perennidad de un solo pensamiento: hallarse una mina y volverse rico. Horadar la montaña, buscar el mineral, oculto celosamente debajo de una sombra. De ahí ese desprendimiento del minero por las cosas materiales, esa vida orgiástica, esa generosidad tan parecida a la del jugador. Plata que llegaba a sus manos, plata que se fundía. Ese rumboso vivir en medio de sedas, de perfumes, de licor y de mujeres. En la mina se cotizaba la belleza como en el desierto, y se la pagaba muy bien, pero todo se derretía en las manos y se disipaba. La gente vivía en perpetua alucinación y delirio de fausto y grandeza. El más pobre andaba con la idea de ser poderoso alguna vez, de encontrarse vetas de estaño o de plata para deslumbrar a sus semejantes. Y como no llegaba ese día, mascaba coca en silencio, y en silencio devorábale la fiebre y la inquietud.

Poco a poco, Uruchurto, fué adquiriendo una vida especial. Estudiaba y leía para no aburrirse. Una de las crónicas de Mallo, describía cómo se había formado la riqueza de Chuquisaca, gracias al fausto de los mineros afortunados que huían de los fríos de Oruro y Potosí, hallando refugio y solana para sus últimos días. Por eso crearon la ciudad perlada en la vecindad de ríos rumbosos, en la cabecera de un valle riente, protegida por cerros paternos y azules que resguardábanle del viento hostil. Buscaron y formaron su nido, donde gozar y donde encontrar mujeres bellas a quienes regalar sus onzas de oro. Debido a eso, Chuquisaca, tenía prestancia y señorío. Chuquisaca no sólo era la ciudad culta y de cultura añeja, sino que daba barniz a los que habitaban su suelo y se quedaban a oír el gorjeo de los pájaros, debajo de sus aleros. En tiempos idos, siendo difícil el viaje a la metrópoli hispana, los acaudalados,

recordando su estirpe, protegieron el arte, hicieron construir maravillosas iglesias y acumularon tesoros. Esta magnificencia había formado la mente del chuquisaqueño, gustador de la charla amena, la aventura, el dinero, y finalmente el juego y la política. (1).

Cuando iba a los socavones, Uruchurto compadeecía a los trabajadores. Vivían en una especie de cuchitriles o cuevas superpuestas unas sobre otras; comían como podían y su vida jamás estaba libre del riesgo. Frecuentemente se oían gritos y lamentos; eran por los muertos o por los hombres sin brazos y sin piernas, que en medio de horribles escenas de los deudos, los arrancaban de las minas para velarlos y continuar bebiendo y coqueando. No obstante, cada hombre que llegaba al mineral, considerábase superior. Se comprometía a una cosa: a dominar a la naturaleza, y sucedía lo contrario; se convertía en ser poseído por el yermo y transformado en ente, presa de las fuerzas divinas y sobrenaturales. De ahí ese su misticismo a la tierra, la pureza para adorarla, sin complicaciones, echándole un poco de licor y otro poco de coca.

Y luego la deformación de ese misticismo por los cultos idolátricos, las fiestas, las procesiones, el cura, las chupantinas, hasta perecer y quedarse sin un real. Cada hombre de la mina tenía sus prejuicios formales que había que respetar. Por ejemplo, jamás toleraba, que mujer o cura, penetrasen a los socavones, porque la tradición advertía que inmediatamente la mi-

(1). — El clima de esta ciudad y su provincia es soberbio, y esperiméntase en hombres, en animales y en pájaros. Los hombres, aunque sean de nacimiento humilde, se truecan en levantado espíritu, debiéndole sus corazones más al clima que a su naturaleza. Todos quieren ser parejos y ricos o ninguno quiere reconocer superioridad en otro. Los hidalgos suben a caballeros, y los que lo son crecen a deudos de títulos grandes; todos se precian de valientes, y más se hacen magnánimos. Esto procede solamente del clima, que éste, como hace en la tierra tan excelentes creaciones de metales, lo hace también en los ánimos de los hombres. (Fray Antonio de la Calancha. — Crónica Moralizadora del Orden de San Agustín en el Perú... 1584.

na se "aguaba". En cambio Lucifer y Satán Trimegisto, protegían el metal y se los daban a sus devotos, en silencio.

La mayoría de los sucrenses con los cuales alternaba Uruchurto, se componía de aventureros como él, mineros trasfigurados y optimistas, que habían abandonado comodidades y hogar en busca de las codiciadas piedras. Su lenguaje era otro. Ya nadie se refería con blandura a las cosas agradables de la vida. Se hablaba de wólfram, de piritas, de cotizaciones, del mercado, recordándose a los que se habían enriquecido y a los que estaban arruinados.

Cada sucrense tenía en vista el regreso a su tierra, pero nunca poseía suficiente dinero acumulado, la plata necesaria para deslumbrar y regalar a los que habían quedado en el solar, esperando el retorno de los argonautas. Iban a la capital, alguna vez, evidentemente, y pernoctaban una semana, derrochanban su haber en una noche, en "sextos de a mil o de a diez mil", bailaban buenas cuecas, abrazaban cuerpos queridos y volvían a la mina a arar y sudar de nuevo, en busca de la pícara fortuna, de esa que dió millones fantásticos a Aniceto Arce, a Patiño, a Pacheco y Aramayo....

—Pero cuando cae la veta en manos de algún chuquisaqueño, — aseguraba "diablito", — se convierte en miel....

—No se guardarán las onzas en talegos ni las manos permanecerán apretadas y avarientas, — añadía. — El chuquisaqueño rico, derrochó sus millones, votó su fortuna, viviendo y gozando. En cambio, el viejo Patiño, jamás conoció el amor, la sonrisa ni el temblor de un agradecimiento. Nunca supo ser rico. Vivió como pobre vergonzante en medio de sus riquezas....

CAPITULO XXVI

AMORIOS EN LA MINA

Una de las visitas de Mr. Jones, gerente de la mina "La Joya", casi provoca consecuencias desagradables y hasta serio

disgusto a "diablito" Gumiel. El gringo aficionado a los buenos platos y a las buenas mozas, andaba siempre detrás de las foráneas. Habíase fijado desde hace tiempo en Anastasia, la querida de "diablito", y trataba de seducirla con dádivas y presentes. El, no entendía de requiebros amorosos ni de pasacalles. Derecho se fué al asunto.

Sabiendo una noche, que Gumiel jaraneaba en una chingana, dedicado al trago y a los dados, Mr. Jones, presentóse en la casa de Anastasia y hablóle rudamente:

—"Diablito" no trabaja, ni quiere trabajar; yo, gana mucha plata. Yo, comprar brillantes, mantas. Yo, muy bueno".

—Sí, mister, pero "diablito", también muy bueno.

—"¿Moy bueno? No sirve para nada; yo, entender con "diablito" y emplearlo nuevamente en la mina, pagar muy bien".

—Si es así Mr. Jones, entiéndase con él.

Pero el gringo insistía. Anastasia se dió cuenta al segundo de las intenciones aviesas de Mr. Jones, cuando éste, acercándose familiarmente a su lado la abrazó de la cintura y la puso en las manos diez billetes, articulando a manera de prólogo:

—"Aver, Anastasia, diez cervezas; osté muy simpática, bella flor"....

—No me haga reír Mr. Jones, será pues, para sus lindos ojos, — respondió con coquetería.

—"Yo decir, siempre verdad, nunca mentira. Yo gusta también tu cuerpo".

Se aproximó aún más y pretendió besarla con torpeza. La besó una y diez veces. Anastasia vacilaba, un turbión de pensamientos la volvían loca. Apenas pudo decir:

—No chacotee Mr. Jones, podía llegar "diablito".

—Ya dije una vez, — repitió con furia, — "yo pagar "diablito" muy bien".

—Nos sirvamos, pues, Mr. Jones. ¡Ay, qué divertido es su onmbre! ¿De verás, que usted se llama C. O. Jones?....

—Carlos Oswald Jones. — respondió amoscado.

El diálogo repitióse una y otra vez sobre frivolidades. Mister Jones se imponía por su dinero, bebía cerveza y daba a Anastasia grandes esperanzas. Ella trataba de excusarse hasta donde podían sus fuerzas, pero en su cabeza había confusión de apetitos materiales, de fugas y de comodidades. La "blanquilla", una chola de menor cuantía, vivía con un gringo y paseaba en coche. ¿Por qué no acceder a Mr. Jones? Sin embargo, el recuerdo de "diablito" persistía, su llaneza, su vida de aventuras, pobre y badulaque, pero pleno de tierna y honda amistad.

Volvió a repetir el yanqui, pausadamente, y jugándose su última carta:

—"Yo poner casa, criada; mister Jones, hombre de palabra. Viviremos muy bien, no como acá, entre chinchas y conejos. Yo, llevar al extranjero".

Y en su exaltación sexual, se atrevió a decir:

—"Osté Anastasia, ser mujer de C. O. Jones".

—No me haga reír mister... Usted, muy chistoso. Pero, si se casa, tiene que cambiarse de nombre. ¿Me promete?

Mister Jones se puso a reír a carcajadas, al mismo tiempo que libaba copiosamente. Había terminado una buena cantidad de botellas y pidió "wisky". Respondióle la moza, que su casa era muy pobre, y que esas bebidas no existían en las cantinuchas.

—Si quiere le sirvo un buen singani, legítimo, del bueno. Todavía me queda oculta una botella de las narices del "diab'ito".

Mister Jones chasqueó la lengua y en su idioma peculiar, murmuró:

—"Mi, no toma esas porquerías; mí, quiere "wisky".

Golpeó las manos y se presentó un mozo, especie de guarda espaldas, el cual lo acompañaba a todas partes. Le dió instrucciones para que fuese a su casa en busca de una botella del apreciado licor. Entretanto el asedio a la manceba continuaba en forma brutal. Varias veces Anastasia logró des-

prenderse de sus manos y de sus besuqueos. Mr. Jones estaba demasiado ebrio y repetía tonterías. Anastasia había bebido también, y su cabeza giraba, sus pensamientos eran confusos. Mr. Jones insistía en llevársella a la administración, forajeada.

Cuando ya se disponían a salir, irrumpieron al local, "diablito", Uruchurto y Crescencia. Mr. Jones olvidóse de su conquista amorosa y reanudó los brindis. Uruchurto tomó la guitarra y "diablito" su charango. Armóse la fiesta. El gringo repetía incoherencias y se acordaba de Texas; revivía en el delirio alcohólico una novia lejana y rubia que le esperaba siempre. El era también otro aventurero, uno de esos yanquis desparamados por el mundo, enérgico y activo, que andaba buscando el vellocino de oro en las entrañas de tierra, igual que los españoles del siglo diez y seis.

Uruchurto solía acordarse en estas circunstancias de lo que le decía el doctor Estrella, asustado y conmovido:

—"Este siglo es de los yanquis. Así como hubo el siglo de los Luises, de los romanos y de los griegos, este siglo es de éstos hombres que mascan "chicle".

Bebieron hasta el amanecer y cantaron. "Diablito" filosofaba, sin importarle el auditorio:

—Beber, — decía — es una de las necesarias desviaciones que proporciona la vida. Beber por "amor al arte", es retornar a los tiempos acuáticos; pero beber con canto y chola al lado, es procurarse uno de los elixiris más deliciosos. Intuir el cuerpo de cholas sexuales es, seguramente, uno de los afrodisiacos más poderosos, que no está citado en ningún clásico del amor.

—Cállese señor Gumiel, alias el "diablito", que hay concurrencia, — interrumpió su amante, burlándose.

—¿Callarme yo, callarme cuando recién estoy empezando?

Lanzó una carcajada y la invitó a aproximarse. Sin cuidarse de nadie, seguía divagando. Estaba inspirado.

—El que bebe, se quita una pena y se agrega otra. Bólviva es feliz porque bebe, y lo sería más, si los ciudadanos bebieran alcohol bueno. Todos los borrachos sueñan en su delirio éflico con la patria grande, el heroísmo y la bravura de sus hijos. Lo malo es, que estos felices, despiertan llorando, y, para olvidar sus penas, vuelven a emborracharse.

Cayeron al fondín otros hombres de aventura, gringos como Mister Jones. Entonces, "diablito" dejó de filosofar y creyó imprescindible una ronda de naipes, o en su defecto, un "cacho con dados". Uno de los extranjeros, holandés rechoncho y locuaz, aceptó el desafío. Pidió copas y sacó a relucir un fajo de billetes. La partida comenzó.

Este holandés era la representación de la aventura y el trago en la mina. Bebía como un polaco, o simplemente como holandés, y hacía apuestas a quien terminaba, en el tiempo más breve, docenas de botellas de cerveza. Siempre ganaba. También estaban en el juego un dinamarqués, de apellido Kindapper, con una horrible cicatriz en la frente, y dos alemanes robustos, aptos para todos los menesteres, muy familiarizados con los licors nacionales, con las gentes criollas, y admiradores de las cholos. Don Enrique, como se llamaba el más gordo de los alemanes, tenía chola comía picantes y tiraba taba los domingos. El otro, Federico Von Kritter, el más joven, estaba lleno de preocupaciones sociales. Su empeño era volverse rico, inmensamente rico, aunque tuviese que casarse con criolla o matar.

Jugaron hasta la primeras horas de la mañana y perdieron varios miles. Gumiel en forma discreta y amable atendía a los clientes, sin olvidarse, no obstante, de cobrarles el tantos por ciento para la casa!... Clareaba y las voces se oían aún dispuestas a torcer la suerte.

Nunca supo "diablito" de las intenciones de Mr. C. O. Jones. Anastasia cambió de carácter y pusóse insoportable. Para matizar, "diablito", con cualquier pretexto, por haber mirado o por no haber mirado a alguien, le administraba sendas palizas, que siempre terminaban en largos coloquios amorosos... y otra vez se armaba la farra...

CAPITULO XXVII

EL DOCTOR AGUILAR FISCAL CHUQUISAUENŌ

En los minerales vivía, desde hacía algún tiempo, el doctor Aguilar, ejerciendo el noble oficio de fiscal, al lado del juez, también suculense, doctor Bastos; pues, la mayoría de los cargos administrativos, estaban en manos de jóvenes y viejos chuquisauenos, emigrados años atrás.

El doctor Aguilar, tuvo enorme placer, de estrechar entre sus brazos a Gumiel y Uruchurto. Los recibió cordialmente, les preguntó por la tierra y por algunas novias que dejara. Quiso derramar tiernas lágrimas y terminó aceptando un brindis en su honor. El astuto "diablito" le había soplado, al oído, que en el barrio de "tres molles", conoció varios pequenines que tenían un parecido a él, sorprendente. El doctor Aguilar, invitó nuevas copas.

El doctor Aguilar era el tipo acabado y completo del jurista chuquisaueno, que buena parte de su vida la había pasado entre expedientes, chicanas y jueces abotagados por el uso y el abuso de las copas y de los picantes. Abogado habilísimo y casuístico, se creía maestro en la dialéctica y el arte de transformar las cosas más simples en compuestas y vice versa. Como polemista era temible —pues su táctica consistía en olvidarse del adversario y de la cuestión en debate, para introducirse de lleno al campo filosófico— su campo, como decía él —y aquí, dar la batalla sin cuartel! Cuando se enteraba de que el adversario había desertado, derrotado vergonzosamente, el doctor Aguilar, burlón y convencido de su superioridad intelectual, pedía "ipso facto", dos tragos de buen singani, y concluía encardecido, ultimando a los últimos microbios judiciales. De joven, se decía, pretendió a una muchacha angelical y bella, la cual se dedicó años después a la prostitución, y como este amor

juvenil le decepcionase para siempre, "encholóse", pidiendo un puesto de autoridad judicial en los asientos mineros. Varias veces, regresó a Sucre, pero nunca por más de un mes. Desde entonces, vivía en Llallagua, consagrado a velar por el orden, la ley y la defensa del Estado.

Cuando se embriagaba, —y esto con frecuencia— repetía convencido:

—¡Soy el mejor abogado de Charcas!

Y, cuando algún intruso, insistía en la materia que mejor dominaba, con vocecilla meliflua, respondía:

—Dedicado a los crímenes, a los delitos, a la contumacia, luego abogado criminal....

El doctor Bastos indignado por la confusión de términos, rectificaba y le hacía notar el error.

—¿Querrá decir usted, criminalista?

—No señor, ¡criminal!, abogado que se ocupa de los crímenes....

—Usted lo ha dicho.

—Sí, señor; es más lógico que criminalista; la palabra demasiado larga.... Criminal, viene de crímenes, ¿me oye usted?

Uruchurto y "diablito", gozaban de las ocurrencias del doctor Aguilar, invitándolo con frecuencia a sus reuniones, y obligándole a cantar a medias chispa, tangos y bailecitos, pues tenía voz de tiple e imitaba a las mujerzuelas con pretensiones de "divas".

Pero muy pronto recobraba la dignidad de su cargo, y enronqueciendo la voz, se plantaba delante de las empresas mineras, exigiéndoles consideraciones, muy especialmente al gerente la mina "La Joya", Mr. C. O. Jones.

—No me vengan con gringuitos a mí, — repetía, — ¡donde está Aguilar, está el Estado! ¡El Derecho, simple y llanamente!

Entonces el fiscal, requería a su secretario, — un borrachín de cuentas, — y ordenaba que sin dilación pasase un oficio a Jones, recordándole que vivía en la república de Bolívar,

hija predilecta del Libertador, y que las leyes eran terminantes. Citaba algunos artículos de la Constitución y pedazos de jurisprudencia de la Corte Suprema. Concluía el extraño documento, sometiéndolo a C. O. Jones a su entera discreción, so pena de caer en rebeldía y contumacia. Y si no bastaba esto, le hacía entrever la cárcel y un par de balas.

Su lenguaje, en este aspecto no se resentía de débil:

—Este, — decía, — necesita un par de balas, y hasta seis, si se trata de abigeato o de asalto en despoblado.

El doctor Aguilar, tenía el apodo tierno de "barbita", y nadie que lo conocía le llamaba si no anteponiendo el apodo. Su barbita, en efecto, le daba apariencia de marqués de Bradmín, desprendido de alguna novela de Valle Inclán o de querubín de estampa. Otras veces, parecía joven galán, emergido de postal sicalíptica francesa, y finalmente, viéndole su cara fresca y rosada, caminando nervioso por las calles con el junquillo juguétón entre los dedos, daba el aspecto de los amanerados nobles limeños. Por lo demás, "barbita", no sólo era pintoresco, sino representante cabal de su clase: abogado de la Universidad verbalista, con apariencia de sabio, y, de tanto cacumen, que discutía con la mayor frescura todo lo que ignoraba, burlándose, con esa risita de conejo, y repitiendo ante propios y extraños, sus palabras consabidas:

—Disparates, tonterías...

Se hizo pues, compañero inseparable de "diablito" Gumiel, tornándose confidente de sus planes, a condición de que no faltasen los tragos largos y seguidos. De vez en cuando, abusando de la confianza, enamoraba a Anastasia, y hasta se atrevía a palparle sus senos redondos, con delectación y precipitadamente.

—Mi doctor, eso no; usted tiene sus compromisos; yo también; bonito fuera, — defendíase la chola.

—Es que el amor, el amor, — insistía temblando.

Y luego agregaba, seriamente:

—Me atraes como un imán.

—¿Y su mujer, doctor?

—Jubilada para usos caseros, muy vieja... ¿En cambio, tú? Me derrites; no hay remedio. Tomemos una copa. En fin, el asunto tuyo, se ventilará la próxima semana, antes, no, porque debe esperar su turno.

Se refería al juicio criminal que seguía Anastasia a otra chola, la "blanquilla", por injurias graves contra su honorabilidad. No habiendo en los minerales, flores con qué echarse, la vez que disputaban cholos, se arrojaban a la cara el diccionario íntegro, levantando al padre, a la madre, ensuciando a la familia íntegra. Entonces, la costumbre, era seguir juicio criminal, el cual probaba dos cosas: la riqueza del vocabulario quéchua, con toda su inmundicia, y la tranquilidad de los jueces de oír semejantes procacidades.

Anastasia y Crescencia, como buenas cholos de Sucre, eran conocidas por discutidoras, intrusas y metidas en la vida ajena, comedidas y galantes con los vecinos. De ahí la cantidad de disgustos que tenían con cholos potosinos, a las que sacaban sus defectos en un santiamén, y su cordialidad con las de Cochabamba, porque les ayudaban en las riñas.

El mayor lujo de las dos mancebas, consistía en repetir constantemente: "somos cholos de la capital". Eso quería decir que sabían vestirse con polleras de terciopelo, cubrir sus espaldas con finos chalets de seda, calzar botas de cabritilla; además de que podían expresarse en buen castellano, y de paso, dar lecciones de gramática parda a cualquiera. Al andar, como un signo de prestigio, movían el trasero; en la charla, eran zalameras y amables; bailaban la cueca con gracia, admiradas de todos por sus ojos negros, su piel mate y sus piernas magníficas.

En esto llegó el 6 de agosto, fiesta nacional de la república, y los vecinos de las minas, a pesar de su ninguna unidad, decidieron celebrar el acontecimiento con una reunión patriótica y un buen picante en lo de "diablito" Gumiel. El doctor Aguilar se distinguía como uno de los más entusiastas; lue-

go el señor Puente, chuquisaqueño que vivía en los minerales desde su niñez; los Sempértégui, mineros de recursos; los Sierra, orureños agradables y festivos; el señor Quespi, "cocani" rico, que invitaba cerveza sólo cada aniversario patrio. A Anastasia y Crescencia se sumaron las "palomas", cholas regalonas que hacían negocio vendiendo mistelas y lechones. Luego se hizo el recuento de los empleados de la mina, seleccionando a los que por su condición y calidades, podían alternar con doctores y autoridades. Pensóse en Mr. Jones y los demás gringos, además de algunos chilenos y peruanos. El convite era formal y estaba anunciado un menú de primera: cazuela a la chilena con mariscos, lechón con papas doradas y picante de gallina; todos los platos rociados de chicha cliseña y de excelente vino de Cinti que, por entonces todavía se bebía con placer, porque tenía cuerpo y se vendía legítimo.

El doctor Aguilar, para festejar el 6 de agosto, apareció desde temprana hora, vestido de etiqueta y con sombrero de copa. Cuando alguien osó sonreír, él, lleno de tranquilidad, murmuró:

—¿No sabe usted, que el 6 de agosto, debe festejarse de pie y con todos los atributos?

Esa mañana, el señor fiscal, de suyo pacífico, desenfundó su revólver y dando tiros al aire, igual que los patriotas, lanzó varias hurras a la república, y, como si no fuera suficiente, matizó los hurras, añadiendo gruesas palabrotas. Luego se puso a tararear la canción nacional con esa su voz fina y de cámara, y los acentos del himno se desparramaron por la altipampa, armoniosos, sobre todo, cuando decía. "es ya libre, ya libre, este suelo; ya cesó su servil condición". A eso de las diez de la mañana, los primeros "cocteles" hicieron su efecto. El doctor Aguilar aceptaba complacido las invitaciones de los vecinos, brindando por la patria. Mr. Jones, con sus propias manos, preparó unos "cocteles", que fueron regustados por la concurrencia. "Diablito" Gumiel, desde la víspera había festejado el 6 de agosto y tenía la mente confundida y el garguero seco. A eso de

las doce, el doctor Aguilar, pronunció uno de esos discursos vibrantes, recordando el espíritu de Casimiro Olañeta, doctor chuquisaqueño y abogado como él. Cuando concluía, al pensar en su tierra ausente, cayerónle algunas lágrimas por sus rosadas mejillas. ¡De Chuquisaca había salido la nacionalidad! Brindó una vez más, cuando de repente, poseído por un delirio patriótico, desapareció del ambiente, seguido de Gumiel, dando el pretexto de que debía cumplir una misión delicada y difícil.

La fiesta continuaba entusiasta y nadie tenía la menor sospecha. El doctor Aguilar cruzó la plaza, atravesó una calle, y se dirigió resueltamente a la prisión. Allí, sin dar explicaciones a nadie, ordenó en voz alta:

—Carcelero, abrid las rejas; todo el mundo en libertad! ¡Día de la Patria!...

El carcelero vaciló mucho tiempo, tocóse repetidas veces la cabeza, refunfuñó e hizo lo que pudo para no cumplir la orden que le parecía extraña, pero "barbita", señalando con el dedo índice de la mano levantada y teniendo elegantemente los guantes y el bastón de puño de plata, volvió a insistir:

—¡Abrid las puertas! ¡Día de la Patria!

Por fin el carcelero las abrió y escaparon los presos a la carrera, en su mayoría, por delitos comunes, entre ellos, un chileno, de apodo "galardón", quien había pasado a cuchillo a más de dos cristianos. Sin embargo no todos quisieron huir. Muchas veces se les había puesto en libertad para matarlos por la espalda, pero viendo la sinceridad del fiscal, que en persona los libertaba, eligieron el camino de la pampa, "Galardón" tuvo la osadía de llevarse el escudo de Bolivia, para dejarlo en una chingana; luego, contagiado por el aire de libertad que inspiraba "barbita", se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Viva el doctor Aguilar! ¡Viva el libertador de presos!

Por la noche, sin embargo, anoticiada la población y el juez, del escándalo, no tuvo otro remedio que ordenar el arresto del "libertador" por atentado a las normas de derecho y vio-

lación de las leyes penales, con descaro y complicidad. A "diablito" se le acusó de haber recibido dinero de los presos para facilitar su fuga, y, aunque no se le probó muy bien, se preguntaban las gentes: ¿qué fué a hacer a la prisión? Y, si era verdad la enajenación patriótica del doctor Aguilar, ¿por qué no la contuvo?

Mucho tiempo después la sociedad recordaba este hecho. El doctor Aguilar fué devuelto a Sucre, —su tierra natal— con recomendación de que no saliera nunca más, pero persistió en su papel de libertador de presos como don Quijote. Sufrió perjuicios materiales, trunció su carrera y estuvo mucho tiempo en prisión. Gumiel pudo salir indemne del juicio apelando a toda su astucia, sosteniendo que acompañó al doctor Aguilar, pero que no podía atropellar la voluntad del representante de la ley. Por otra parte, dijo, que en realidad fué un mero curioso sin responsabilidad ni atribuciones. Habría querido detener a los presos y vióse solo y aislado. Con todo, hizo una proeza: días más tarde logró capturar a "galardón", pero ya sin el escudo.

Esta hazaña le valió a "diablito" la consideración pública, y un tiempo después el nombramiento de intendente de policía.

CAPITULO XXVIII

UNA AVENTURA AMOROSA DE "DIABLITO"

Algunos años después, Natalio Uruchurto, no pudo resistir a la tentación de visitar Sucre, llevando buenas onzas de oro, ganadas muchas, con el sudor de su frente, y otras, en los "sextos y los llanos"... Natalio no era ya el gandul que hemos conocido. Estaba convertido en el señor don Natalio Uruchurto, vestido a la americana, con gruesos anillos de cuatro quilates de brillantes en los dedos, y la cartera abultada, llena de billetes de corte mayor.

Crescencia, su amante, vivía siempre en los minerales, de-

dicada al negocio, preocupada de cocinarle ricos platos y de presentarle cada semana ropa limpia. Por lo demás, era leal, hacendosa y económica. Sus antiguos amoríos habíanse extinguido y no pensaba en otro hombre que en Natalio. En cambio, Anastasia, un poco ojo alegre, dióle a "diablito" la alegría de un hijo que se iba criando con olor mineralógico y pulmones de Llallagua. "Diablito", transformóse en el señor Gumiel, vecino notable, dedicado a los negocios de ensaye y rescate de minerales. En realidad, eso del rescate era pura filfa; los tratos se hacían al margen de la ley, y en nombre de ella, se alentaba a los rateros y ratoncillos a que mordieran el queso en beneficio de una pandilla organizada de pillastres que engordaba en las minas a costa del "chico". (1).

Venían los trabajadores hasta él, bien embozados, con la bufanda suspendida hasta los ojos, y como si tuvieran una presa furtiva de caza, la depositaban en el suelo, cobrando en seguida el importe del metal robado. Gumiel les entusiasmaba con palabras zalameras y dábales buenos tragos de licor. Así concluía el negocio. Por su parte, revendía el mineral al holandés borrachín, el cual simulaba trabajar una mina y sacaba de ella "tanta barrilla, que producía envidia". Por estas y otras razones, el "rescatador en grande", era amigo de todos: del intendente, del prefecto, de los jueces y hasta de los soldados. Bebía y festejaba cualquier acontecimiento, pues le favorecía su hígado de elefante.

El señor Gumiel, en medio de sus elucubraciones, picado con la idea de hacer fortuna, resolvió buscar novia rica y salir definitivamente de la pobreza.

Para ello, fijóse en la señorita Graciela Quespi, hija del señor Quespi, comerciante "cocani", dueño de varias "minitas pobres" de estaño que le dieron abundante dinero. Calculábase su fortuna en un millón de pesos fuertes y tal vez más. La señorita Quespi, había sido educada en Chile, tocaba el piano y reci-

(1). — "Chico", es el mineral robado y de buena ley.

taba poesías de poetas modernistas, gesticulando y tornando los ojos al cielo, de la misma manera que los corderos cuando van a ser degollados. Esta mirada sedujo a "diablito", y él, haciendo uso de sus conocimientos literarios, la puso el nombre de "nictálope", para estar a la moda. Sus amores tomaban un curso veloz, hasta que Anastasia, informada, armó un escándalo, que casi le cuesta a Gumiel la vida. Lo insultó, le tiró con el bacín en la cabeza, y como llevaba vida sinuosa y los billetes que circulaban en sus bolsillos trascendían a coimas y combinaciones obscuras, amenazó denunciarlo.

Durante su intendencia se le había acusado de estar sobornado por Jones.

Anastasia estuvo a punto de fulminarlo, con todas las artes que poseen las cholas, pero, "diablito", hábil en el oficio de domar mujeres y seducirlas, calmó sus tremendos ímpetus de mujer en celo, rindiéndose en apariencia. Además, en esos días, la señorita Quespi, fué robada por un galán que llegó de Chile, y que se decía ingeniero y ocasionalmente poeta. El señor Quespi, viejo en la avaricia y duro de sentimientos, tuvo que recuperar a su hija de uno de los hoteles de Antofagasta, retornándola al hogar paterno —ya empañado su honor para siempre— y ocuparla en la venta de fideos y sardinas, sin que nunca más se le ocurriese a la señorita Graciela, recitar ninguna poesía, por más bella que fuese. El señor Quespi, se enfurecía como un toro, cuando alguien, sin saberlo, mencionaba un libro de versos. Pero de todos modos, la desgracia de la hija, amortiguóse considerablemente —porque el honor maltrecho estaba preservado por un millón de pesos fuertes. Finalmente, y esto era seguro, que otro "cocani" desprejuiciado y enemigo de la doncella, la tomaría como esposa legítima, para continuar la tradición y agrandar la fortuna de los Quespis. En la mina, esta aventura, proporcionó a las gentes un rico filón, explotándolo durante varios meses, y de paso, sirviendo para analizar minuciosamente a esta clase de gentes.

—¿De dónde habían salido semejantes sujetos?, — fué la pregunta general.

Para unos, los "cocanis", eran descendientes de fenicios primitivos llegados al altiplano en épocas pretéritas, que se unieron a las hijas del país y se criaron en la aridez del yermo, acostumbándose a practicar desde la niñez la avaricia. Ordenaban llamas y zorras, e inventaban platos imaginarios como ese de la "lagua de piedras lavadas", para hartarse imaginariamente, y luego rumiar.... Otros, sostenían, que los "cocanis", habían aparecido en cierta región del país, en tiempos preincaicos, con sus costales de yerbas y piedritas de colores, dispuestos a vivir de los zonzos, de la usura y de las necesidades apremiantes de los nativos. Después de la conquista española, cuando vieron que las leyes del imperio se relajaron, y que todo el pueblo indio se daba al vicio de la coca, dijeron para sí: ¡bien venido y loado sea Dios; este negocio es eterno! Pero nunca cultivaron las hojas de la coca; las vendieron al menudeo, obteniendo ganancias centavo a centavo. Más tarde, inventaron el "acullico", y el vicio fué completo. Y constituyóse una estirpe curiosa, matrimoniándose entre ellos, creando la cofradía de la avaricia andante y de los negocios al pormenor. Al cabo de dos y tres generaciones, lograron reunir buenas fortunas, y entonces, se daban placeres minúsculos, como aquellos de beber una botella de cerveza cada 6 de agosto. Hacían estudiar a sus hijos en las universidades para doctores, y a sus hijas para pianistas, con la perspectiva de un buen casorio o de que sobresaliesen en la escala social. Pero estos hombres no estaban desposeídos de virtudes: eran honestos, valerosos y afectos al estudio; viajaban a pie por los caminos del altiplano, y cualquier conocimiento que pudiera independizar su conciencia, les satisfacía. Eran una especie de vanguardia indígena, armenios del país, tozudos, pacientes y avaros que recorrían el yermo, la montaña, llevando a cuestas un costal de baratijas, junto con el cesto de coca, para tenderlo en un minuto en cualquier venta y llevarlo también, trasladándose a otro lugar.

"Diablito", en medio de los "cocanis", habría sido el rayo que cae a media noche o la rata golosa y vieja que se introduce a la despensa para concluirla. El señor Quespi, agradecía en el fondo, al joven galán que sedujo a su hija y la raptó, abandonándola en un hotel de Antofagasta, porque, de todas maneras, fué desgracia menor, que la desdicha eterna de caer en manos de un dilapidador, —honra y prez de lo que podía dar la mejor academia de badulaques de Sucre.

CAPITULO XXIX

RETORNO A LA VIEJA CIUDAD Y ANTIGUOS AMIGOS

—Me voy a la tierra, — exclamó Natalio, al despedirse de "diablito".

—Que te vaya bien, hermano. Regresa pronto; ya regresarás...

—Y tú, ¿no te animas a ir a nuestro Sucre?

—Hermano, me matarían. Ya sabes que a cada chola debo una vela. Soy "manu", como dicen las chicheras, y no puedo pagarles. Chicha consumida, chicha olvidada. Además, ¿te das cuenta, Natalio? ¿Regresar, pobrete?

—¿Y tus ahorros, tus rescates de mineral?

—Liquidados; tú sabes que en estas tierras se vive de apariencias, como en todas partes del mundo. Y le dan crédito. Sería un error funesto decirles a todos: "diablito" está arruinado, "diablito" sin plata. Al contrario, mi empaque, mi risa jovial, mis billetes de a cincuenta en el bolsillo, ocasionalmente, me dan prestancia; pero a tí, te confieso Natalio: vivo al día, estoy acribillado de deudas. Mis rescates de mineral son una farsa. Dinero que ingresa, dinero que se funde. Yo aliento a los trabajadores a que cometan robos, les doy avío, licor y garantías.... Todo este negocio requiere vigilancia diaria, influencias, el ojo alerta. No debo descuidar al nuevo intendente, pues-

to que vamos a medias. En cuanto a tí, que goces en Sucre y que te quieran; bien lo mereces. ¡Adiós, hermano!

Natalio llegó a Sucre, después de varios años. Nada había cambiado, sólo las miradas de las gentes. Le observaban con el rabillo del ojo, le examinaban su ropa, sus brillantes, sus zapatos americanos y sus corbatas. Le daban nerviosamente la mano y se iban. Los mejores amigos le huían, todos ofrecían vistarle y ninguno se acercaba a su casa. Su vieja madre había encanecido; sin embargo, era lo único que le producía placer, verla que gozaba con su retorno y se enorgullecía de su hijo. La acariciaba con ternura y le decía entre sollozo y sollozo:

—Madre, nada te faltará en adelante. Tendrás todo. Ahí están mis libras de oro; aquí, está Natalio, convertido en hombre, muy hombre. ¿Te acuerdas, mamá, de mi niñez? No tuve la felicidad que tienen otros hijos. No tuve padre y no pude estudiar, seguir una carrera. Y me hice grande y fui el más grande badulaque de la ciudad. Y he regresado al solar lleno de dinero y de fuerzas; pero,.... me da vergüenza, decirlo, agotado y sin alma.

—¿Sin alma? ¿Tu alma? ¿Qué dices, Natalio?

—Madre; el alma la tengo desgarrada; la he dejado en los minerales. Nada debo a los hombres. Mi oficio es vencer y soy uno de los mastines de la mina. Me pagan para eso. Sin embargo, me desquito en el juego. En verdad, mi ocupación es triste.

Evidentemente, parecía que Natalio había perdido la razón; decía necedades. Era un hombre apuesto en sus cuarenta años. Rico, trabajador, bien parecido. ¿Qué le faltaba pues, según su madre? Casarse. Tal vez, una mujer le llenaría el seso. Y trató de presentarle una variedad de señoritas sucrenses, agradables, risueñas y bonitas. Natalio se reía y burlaba de todas.

—Pero, madre, todas las que me presentas son unas se-

ñoritingas, de esas que estudian para casarse o se casan sin estudiar; que andan buscando en el matrimonio una solución fácil, —cazar un marido como las arañas atrapan moscas, para vivir y sacarle los ojos. Yo quiero a una mujer,— lo sabes, bien —que me ha seguido y me tolera mis liviandades, mis defectos y también mis porquerías. — Esa mujer, madre, es una chola.

—Loco, loco, mi hijo está loco, — exclamó la pobre señora y se puso a llorar.

Natalio salía de noche, y derechito se dirigía a lo del "indio" Villarpando, a enseñarle sus billetes nuevécitos, de a cincuenta y de a cien, sus libras esterlinas y sus joyas. Villarpando, grande de corazón y ancho de espaldas, con su mirada zahorí, examinaba todo lo que lo presentaba y le aplaudía, llamándole "pioner". Luego del abrazo tierno, le invitaba a una partida, y a eso de la media noche, después de unos singanis copiosos, se oía el choclear de los dados. Y cosa rara: ganaba Uruchurto, ahora que tenía deseo de perder, que quería demostrar su firmeza económica con unos sextos de a mil y unos llanos de cinco mil....

Pero, el mayor placer de Natalio, en su tierra, era encontrar a sus viejos amigos, ricos de imaginación y pobres de oro, con los bolsillos rotos, pidiéndole siempre disculpas, por si no pagaban los copetines que se servían y las cenas que se ordenaban.

—No importa, no importa, — exclamaba Natalio, abriendo generosamente la cartera, cancelando el consumo de todos y comprometiéndoles nuevamente a verle.

Los viejos amigos, solícitos en los cumplidos, le miraban con el rabillo del ojo, deteniendo la mirada en la abultada cartera y haciendo justiprecios imaginarios de sus anillos, de sus joyas. Tras de mucho pensar se atrevían a hacerle insinuaciones, entre broma y broma, acerca de su fortuna:

—¿Ganas mucho en la mina?

—Se gana y se pierde, todo depende de la suerte, — les respondía.

Por la tarde, iba a lo de la "zamba", a alternar con el doctorcito Mendizábal y regustar el rico "carapecho" o unos partitos tiernos, hechos con mano maestra. De noche hacía elección variada y encontraba a los mismos perdularios que había dejado años atrás. Ahí estaba el señor "chulla", zalamero y locuaz, entretenido como pocos y de ingenio festivo. Le daba por imitar a los ricos y creerse al final rico; usaba un lenguaje particular con "zetas" y "eses" y arrancaba carcajadas cuando caminaba como el señor de la Villa o Melgarejo. Daba la explicación que ningún hombre caminaba igual y que la diferencia de encaje y de alma, estaban propiamente en los pies. Y remedaba a otros, y burlábase de todos. El señor "chulla", en verdad era un artista de grandes y finas cualidades, de hallazgos exclusivos y sutiles, cuya ocupación de deleitar a sus amigos lo hacía gratuitamente. Cuando vió a Natalio, luego de fingir no verlo, se le aproximó despacito, dándole la mano como dan los príncipes. Acto seguido, y con el mayor comedimiento, en los términos de su invención, le dijo:

—¡Oh, Natalio, pareciera ayer!... Frescos aún están en mi memoria, tu persona y tu generosidad, cuando abandonaste el solar. Húmedos los ojos de tu partida... Cholas, farra corrida, chicha picantes a discreción... Todos estos recuerdos, nublan la mente, pero tu presencia, hoy y siempre, renuevan mi alegría. ¡Oh, Natalio!

—Gracias, "chulla"; ¿pero, en serio o en broma?

—¿Crees, por un segundo, que yo, tu amigo, pudiera burlarme de tí? En serio, Natalio.

—Entonces, un trago.

—Dos, tres, y si nuestro hígado tolera, diez, Natalio.

Y se reunían con otros amigos y bebían los primeros tragos en lo de Villarpando, para terminar la noche en lo de la "selfita" o de la "hueso".

El señor "chulla", era sin disputa, uno de los más ocurentes de la vieja ciudad. No había estudiado nada y por consiguiente, no poseía título universitario alguno. No se jactaba

de "doctor", ni pretendía una canongía ni sinecura, ni se preciaba de apóstol; era un autodidacta en todo; sus gracias tenían el sello de su originalidad nativa, y su elaboración mental no seguía rebusques clásicos o modernos.

Cuando Natalio le invitó el copetín por cuarta vez, el señor "chulla", vaporoso y ya suelto de lengua, se permitió explicarle su personal filosofía que era pintoresca y simple:

—En primer lugar, querido Natalio, soy de Sucre y no me moveré de esta tierra, aunque padezca hambres y veinte cataclismos. Pueden irse todos los sucrenses a La Paz, o a los minerales. Yo me quedaré acá, en este pueblo, donde he nacido, levantándome a las cinco de la mañana para contemplar el alba, y luego orar a la caída del crepúsculo, cuando las campanas de nuestra catedral dicen con toda gravedad, don,.... don y contraen el pecho. Además, tengo que hacerte una confidencia, querido Natalio.

—Salud, hermano.

—Salud.

—Te decía que tengo que hacerte una confidencia. ¡Gozo de una gran fortuna, intocada y virgen! En realidad, soy más rico que el señor Patiño, y mucho más dichoso que cualquiera de esos hombres que atesoran millones. ¡Soy el feliz propietario de Sucre, de sus campos, de su cielo azul, de sus huertas floridas, de sus calles abandonadas, es cierto, pero históricas! Regusto cierto placer antiguo y medioeval, cuando mis narices sienten el olor de doncella, que es igual al de las margaritas o de los nardos.... Me respetan las cholos, y mi prestigio es inminente. No tengo necesidad de exhibir mi riqueza en complicados títulos de propiedad y pergaminos notariales; ¡están a la vista mis dominios! Y los habitantes reconocen tácitamente mi autoridad, me aclaman como al señor de estas tierras y de esta ilustre y docta ciudad. Por eso digo, una vez más: ¡Váyanse todos los sucrenses a recorrer el altiplano y a doblar el espinazo, dejando su imaginación, su sangre y sus lágrimas! Yo me quedaré en este nido, para oír el canto del gallo y el arrullo de

los pajaritos, todas las mañanas, viendo el despertar del sol que aparece detrás de nuestros cerros venerables. Admiro a las indias de Yotala que llegan todos los días con sus cestos de hortalizas, sus flores y sus sabrosos duraznos. Y estoy muy feliz con las costumbres que me he impuesto. A las nueve de la mañana regusto el "elixir" nacional y compongo el cuerpo. Luego, en compañía de un amigo, que vive de sus míseras rentas como yo, nos servimos unos chorizos, de esos cuyo tufillo produce entusiasmo al estómago más inapetente, y, si hace falta, acompañamos el platejo con una malta, marca "chanchito", de fabricación casera, que tan buenos resultados ha dado en esta región.

El señor "chulla", sentíase inspirado y continuaba sus confidencias. A instantes, Natalio, tenía envidia de este hombre tranquilo y sonriente que divagaba y burlábase del mundo. Pero él, de formidables músculos, de temperamento varonil, viejo chuquisaqueño, dado a la aventura, le oía escéptico, deleitándose con sus ocurrencias. Sin embargo, no podía vivir más en la quieta ciudad, inactivo y dedicado a la molicie. Su alma enérgica y ambiciosa estaba contagiada de la picadura del siglo: adoraba el vil metal. Para Natalio, no existía vida, no podía existir, sin el oro en las manos, en los bolsillos, desparrramando en el tapete. El vil metal era lo único apreciado, lo único que hacía mover al mundo, lo que domaba voluntades, lo que corrompía doncellas, y hacía girar ciudades antiguas y modernas en todos los confines de la tierra. Escuchando al señor "chulla", le invadía una especie de sopor agradable y todas sus ideas le parecían corruptoras y débiles.

—Pero, mi única fortuna, — prosiguió el señor "chulla", — no la puedo ceder a nadie ni dejarla en herencia. Para vivir en este pueblo, ha sido preciso llegar a la conformidad y superación de todas las vanidades. En primer lugar, he logrado poseer una fuerza inextingible para mirar el mundo y a los hombres, desde el fondo de mi corazón, con piedad. Los miro tal cual son por dentro; polvo y escoria. En seguida, he aprendi-

do a dominar mis sentimientos y pasiones, convirtiéndome en un hombre simple. Por eso puedo introducirme con facilidad hasta el escondrijo que cada ser lleva consigo, y que es todo ternura y bondad. Los hombres, en muchos instantes de su vida, son completamente infantiles y animales, sin complicaciones. Lo interesante es insinuarse y presentarse a ellos en forma divertida, poniéndose a su merced...

—Salud, hermano.

—Salud.

—Yo no he estudiado en ninguna academia ni universidad. Mis conocimientos y mi experiencia los tengo en mi sangre, en mi arte y en lo absurdo de mi vida. ¡Yo soy el más rico de Sucre!... Vivo, bailo y me divierto a mi manera. Otros sufren. Melgarejo, porque no puede echar suertes y se le van los ojos por un caballo de sangre; el señor de la Villa, porque no puede economizar cien mil pesos más; los otros, porque son casados o porque no pueden casarse. Yo, en cambio, me conformo con poco: soy duro para el sufrimiento, pero mi alma se alimenta de la menor sonrisa, del candor de los niños y de las flores. Amo también a las mujeres: las venero, (sacóse el sombrero e hizo una venia hasta el suelo). Y no dejo de tener músculos para mi decoro personal. Sabes, el otro día, pegué un zurdazo formidable, defendiéndome de un malandrín, y asistí a la cita de una muchacha, que según ella, está enamorada de mí y quiere casarse. Pero la reflexioné, la puse en razón y la dije, que yo era tan libre como el aire, y que no deseaba mantener a nadie — excepto hacer dádivas. Luego, me enteré, que lo que pretende la moza, es enlazarme de todas maneras, y la alimento treinta o cuarenta años seguidos, a condición de que la muy diabla, me acompañe a gastar mis rentas. ¿Qué te parece?...

—Respiró el señor "chulla" y bebieron el décimo copetín. Pasaron en seguida a las novedades de la ciudad. Manolito del Tejar, acusado de estafa, de una gruesa suma, había huido de Sucre, avergonzado por la sociedad y por su tío, que le dió su garantía para un cargo en el Banco; ahora se en-

contraba "corriendo la liebre", en Buenos Aires, pero siempre muy bien vestido y frecuentando buenos hoteles como si se tratara de una vacación. Cuando llegaban coterráneos a la capital argentina, les acompañaba a dar vueltas, sabía direcciones de casas de citas y comía en los mejores restaurantes. Mantenía su nombre del Tejar, descendiente de los Tejar, célebres ratas de todos los tiempos, desde la Edad Media. En cuanto a Pepito Sandía, había contraído matrimonio con una doncella sucrense y tenía varios hijos cabezones. Estaba dedicado al trabajo casero, y, además, gerentaba una fábrica de ladrillos. Ofe- lia y Leonorcita, las dos hijas de don Manuel Lanás del Céfiro, casadas, desde muchos años atrás, mostraban las redondeces del matrimonio. La una, había tenido sucesivas flebitis, y su noble ocupación era tejer medias; la otra, escribía desde París, mensajes a su padre, con la ilusión de retornar algún día al hogar paterno. (Según ella, París era muy lindo y hermoso, sobre todo por la cantidad de "cabarets" y diversiones nocturnas. Anunciaba que la "princesa de la Glorieta", sugestionada por un yogui, dedicaba gran parte de su vida a una serie de exorcismos). En cuanto a don Manuel Lanás del Céfiro, vivía atormentado por los reumatismos y los erupios, pero siempre caminaba con el pecho levantado, los ojos de lechuzón y la cabeza dura como el granito. El doctor Peinado, después de una ardiente polémica con el padre jesuíta León, se hallaba confuso y en un piélago de contradicciones. Su liberalismo había sido batido, en primer lugar, por su esposa, doña Celestina, mujer de agallas, que no admitía ningún argumento científico, que no estuviese oleado y bendecido por la iglesia; en segundo lugar, porque él mismo se convenció, de que en las pequeñas ciudades, con tufo aristocrático, lo mejor era comulgar ruedas de molino, para conservar la prestancia, el apellido y los bienes....

—¿Estos son los vecinos notables de nuestra tierra?, — habló Natalio.

—Estos son, pero como dice el "tapiti" Medina, — los más brutos, — replicó el señor "chulla". Don Manuel, por otra

parte, se ha vuelto jugador y pintista sin escrúpulos; la otra noche jugó los pendientes de su mujer.

—¿Bromeas, o es cierto?

—Te cuento la verdad.

Los ojos de Natalio se agrandaron, sus manos se pusieron temblorosas. Hizo como que chocoleaba un cacho imaginario. Su gran aspiración era ingresar al famoso Club donde se realizaban pinteadas formidables, pero su condición social se lo impedía. A pesar de sus buenas libras, al buen Natalio, se le consideraba, como un individuo de la clase media, ignorado y sin valimiento, que había templado sus músculos en los minerales, no obstante, excluido de la sociedad.

—¿Y Tijerilla?

—Tijerilla, se encuentra ahora en La Paz, como diputado oficial. Pronuncia discursos sobre empréstitos y bonos. Se ha bonificado personalmente y anda con ese pasito rápido de adulón profesional. Se desliza como si persiguiera negocios turbios, y otras veces se da aires de notable. Aquí no tuvo éxito social, pero dicen que en La Paz se ha comprometido con una ricachona.

—Lo de menos.

—Salud, hermano.

—¿Qué te parece, si fuéramos a pernoctar a lo de la "hueso"?

—¿Con tal que no nos encontremos con su amante?

—Y aunque esté, Natalio; los billetitos abren todas las puertas y también los corazones. Terminemos, hermano. ¡Por Sucre! ¡Por nuestra tierra!

Salieron a la calle abrazados, arrastrando los pies en busca de correrías nocturnas.

CAPITULO XXX

VERANO, CHOLAS Y AVENTURAS NOCTURNAS

Felizmente, cuando Natalio, aburríase con la monotonía del ambiente, irrumpió el verano, y los vecinos notables y sus familias, desaparecieron de las calles de Sucre. Los que no podían darse el lujo de un veraneo en forma, desaparecieron también, encerrándose herméticamente en sus casas. Los pudientes, buscaron las playas del Cachimayo, río en cuyas orillas brotan las huertas más agradables, tapizadas de perales, duraznos, higueras y maizales verdes. Las haciendas de Duraznillo, Charcoma, San Juan, el Peral, Nuccho y otras, tenían sobrada fama de acogedoras. Muchos fuéronse a sus fincas de la quebrada de Yotala, mientras las familias pobres y con tufos aristocráticos, tomaban el sol y el aire en los tejados de sus casas, simulando un veraneo pintoresco entre cuatro paredes. Lo cierto es que la temporada de baños, comenzó oficialmente en octubre, y duró tres meses. Con la navidad y el año nuevo, las gentes frescas y oliendo al barro del río, volvían a iniciar sus rutinarias costumbres.

Las playas pobláronse de enjambres de cholos, de jóvenes calaveras, y de imillas, cuyos cuerpos y enormes traseros, aparecían modeladas en el camisón húmedo, cuando salían del agua. Las gentes acomodadas alquilaban cuartos en las casas de hacienda y hacían vida social activa en medio de los alfares, invitándose mutuamente. Las pobres contentábanse con alojarse en ranchos rústicos de indios y, finalmente vivían como podían, a la diabla, pintorescamente, supliendo la incomodidad con la alegría, en medio de copetines, de fiestas orgiásticas, farras que se organizaban con cualquier pretexto, y amores que se colaban furtivos y volvíanse impetuosos. Tal vez, las cholos, vivían mejor que las familias pudientes, porque en su círcu-

lo, los prejuicios sociales estaban amortiguados, y la traba amorosa reducida al mínimo. De ahí que los ranchos indígenas eran los más frecuentados y bulliciosos. Los invitados llegaban en toda clase de jamelgos y cabalgaduras, revestidos de lo que podían encontrar en los viejos armarios de sus casas. Unos, llevaban botas argentinas y ponchos, otros, usaban colanes viejos, casacas militares y dolmanes austriacos con alamares, que seguramente pertencieron a abuelos españoles. Finalmente, los jamelgos que se caían de flacos y con apariencia de rocinantes, traían, no sólo a sus dueños y las alforjas repletas, sino hasta dos, o bien, una chola en las ancas. La mayoría hacía el viaje a pie, alternando los descansos con "cocteles"; así, cuando irrumpían en los ranchos, sus rostros encarninados y la locuacidad, reflejaban loca alegría.

Desde las cumbres, se divisaba el Cachimayo, como una serpiente de agua turbia y rumorosa, y, cuando uno se aproximaba a sus playas, el olor del barro y el perfume de las huertas, le penetraban a las narices, afrodisíacamente. Duraznos de toda clase, higos negros sabrosos, frutillas y guindas, leche de cabra, quesillos y cuajadas, vendíanse en los balnearios improvisados, y en cada rancho se sentía el tufillo de las fritangas, de los chorizos o del asado de lechón. Las visitas llegaban a lo de las amistades haciendo vibrar las cuerdas de sus guitarras, siendo recibidos con hurras. Se abrían las alforjas y repartíanse los obsequios. Las botellas se las descorchaba con veneración, elogiándose su contenido. Las mujeres parecían más hermosas con sus talles delgados y sus vestidos ligeros y vaporosos. En las noches se inventaban juegos de prendas ingenuos y sencillos, mientras el amor brotaba aligero en cada pecho.

Natalio Uruchurto derrochó buen dinero en Charcoma, jugando a las cartas entre viejos amigos jaraneros y cantores. Los días se deslizaron con la brevedad que da el placer y la ternura de la buena compañía. Buitrago, en mangas de camisa, convirtióse en excelente copero, preparando "cocteles" a cual más raros y expeditivos, mezclando leche y singani, "wisky" y otros

ingredientes, de tal suerte que los badulaques caían fulminados. Melgarejo cantaba coplas picarescas que ponían en fuga a las doncellas, y el señor "chulla", acertado en sus dichos, distraía a la concurrencia, ocasionando polémicas por el más insignificante detalle.

Este debía ser el último verano para muchas mancebas, porque Clorinda, hija de la "cubana", tuvo un percance y huyó a los minerales en compañía de su madre. Uno de esos días, la "cubana" desapareció misteriosamente de la ciudad, después de los baños, y nadie supo más de ella, ni dónde se había ido. El señor "chulla", investigador pertinaz, dijo que andaba por Uncia, y que ella y su hija, fueron seducidas por unos chilenos que llegaron a Sucre en un circo. Otros, sostenían que la "cubana", arreglóse con un español charlatán y abandonó Sucre. Lo cierto es que, desde ese día, su tienda se la vió clausurada y con dos candados. Y cuando alguien se acercaba a la vecindad y preguntaba por ella, una chola vieja y amoscada, después de hacerse rogar, respondía invariablemente:

—La "cubana ha muerto"; ahora vive de "firme" con su marido, el señor López.

Se refería a que ya no existía tal chola farrista y pecadora; que su apodo extinguióse, y que otra persona había brotado de las mismas entrañas, para llamarse con honra: "señora de López".

Clorinda hizo fortuna en los minerales. Se enamoraron de ella ricos y mineros y les pareció lo más agradable que habían visto sus ojos. Era para esos hombres rudos, algo así como una fruta del paraíso, con sus labios rojos y su pulpa admirable. Sus ojos rasgados, del color de las uvas verdes, contrastaban con su piel morena. Y luego su donaire, sus cadenas en flor y sus andares.

Clorinda en medio de cholas, por lo general mineralógicas y aplomadas, parecía una reina. Tuvo inmensa suerte. Uno de los señores más ricos de las minas, de esos que poseen vetas en las faldas del cerro, el conocido José Lino, la

arrancó de los brazos maternales, la puso casa, la regaló joyas y vivió agradablemente con ella. La "cubana" desapareció de Potosí y se fué a la costa con el señor López. Un año más tarde murió con una de esas enfermedades que atacan a los que descienden de las alturas al mar, esfumándose para siempre. En sus últimos instantes, ordenó que le tocasen un bailecito de la tierra.

La infausta noticia llegó a oídos de su hija, casualmente. Vistióse de riguroso luto, y en sufragio de su madre, hizo celebrar una docena de misas con el cura Manporro. Nadie mejor que este prelado, que había conocido personalmente a la "cubana", y también a Clorinda, el encargado de transmitir el mensaje religioso al cielo....

CAPITULO XXXI

BALBINA MORALES, RAPTADA POR FEDERICO DE OFIR, Y RECUPERADA EN GRACIA DE DIOS POR ILUSTRES DAMAS

En cambio, Balbina Morales, tuvo una aventura singular, que sirvió al comentario lugareño por varios años; incluso pasó a formar parte del anecdotario de la ciudad. Balbina Morales se encontraba en la edad deliciosa de los diez y siete años, regustada de todos y admirada por viejos y jóvenes. Ella respondía con sonrisas a los requiebros, y aunque su educación fué descuidada, bailaba admirablemente y era cínica en los dichos, criada por sus tías y su madre, para que perdurase el nombre famoso de las "tórtolas", cholas de renombre de Chuquisaca. Balbina sabía excusarse en el instante oportuno y desaparecer misteriosamente de la sala a un guiño de sus familiares. Varias veces le dieron sabios consejos, como éstos:

—"Hazles creer no más; son ricos".

Y en este noble afán, les succionaba los bolsillos.

Bebía con todos, regustaba las puntas de los vasos, y

en manos de su madre parecía una joya, atrayendo clientes y despertando amoríos en la juventud intrépida de la ciudad. Tan eficaz y tan fría era Balbina, que los vates locales le dedicaron poemas marmóreos, y hasta le dieron yerbitas y "hualichos", sin resultado. A todos hacía les creer que los quería y a todos engañaba. Al coronel Zaballa, jefe del regimiento, le arrancó sus últimos centavos, y lo degradó, convirtiéndole en soldado raso y esclavo de sus plantas. Pero lo peor fué, que casi lo compromete en una "revolución", él, que jamás se comprometía con nadie, excepto cuando se trataba de los sagrados intereses de la patria, que eran también los suyos.... Este coronel le regaló anillos, gastó sus sueldos íntegros y llegó a la debilidad de querer separarse de su escuálida mujer. Balbina mantuvo-se sonriente, dándole esperanzas, aconsejada por sus admirables tías.

Sabedor de que éste estratega militar —el mejor táctico del país— frecuentaba la casa de las "tórtolas", el "chancho" Incahuiste, compadre de una de ellas, y no menos famoso revolucionario, se hizo presentar "ipso facto" al coronel, y después de unos tragos largos y de unos platos de conejo, el estratega planeó la "revolución", previo un arreglo ventajoso para la patria.... El "chancho" Incahuiste, dirigente republicano, caminó más que de prisa, llevando la noticia a Ramírez. Meses después, estallaba la "revolución", pero el infortunado "chancho", moría de placer con el regüeldo del éxito, cuando todo se le aparecía color de rosas....

En este lapso de tiempo, llegó a la ciudad de los cuatro nombres un joven de París, antiguo diletante de Sucre, que el azar le había llevado a Francia a estudiar bellas artes, no obstante de que cualquier estudio le resultaba pesado y mortificante para su eterna sensibilidad, a no ser el amor. Especie de escéptico, con manía ambulatoria y dedicado a las cosas galantes y frívolas, poseía cualidades de las que sacaba provecho inmediato. Se jactaba de su audacia y poseía un risueño cinismo. Su cara de efebo o de "querubín pecador", agradaba

a las mujeres, especialmente a aquellas que soñaban con aventuras novelescas o les picaba la curiosidad de los amores tempraneros. Era el hombre ideal, emergido de alguna página de Casanova, y le ayudaban sus rasgos finos y hombrunos a la vez, su mirada de lince, la apostura garbosa y esbelta. Usaba buena ropa, gustando perfumes exóticos y prendas raras. Además utilizaba el dinero, y su morbosidad consistía en corromper mozas que apenas alboraban los quince abriles. Este manco se llamaba Federico de Ofir.

Llegado a Sucre, todavía con el aire y el acento parisino, después de ambular por tierras extrañas y lugares amables, largos años, la ciudad blanca de los cuatro nombres, le pareció trágica y monótona, muy semejante a esas poblaciones de Castilla, con sus bachilleres, doncellas, curas y prejuicios. Federico, pasaba largas horas al sol, sin saber cómo divertirse, recordando sus picarescas aventuras en el barrio de Montparnasse. Y, no teniendo otro recurso a mano, visitó las casas de las cholas, una por una, dando muy pronto con la de Balbina Morales, cuyos senos "pugnaces y florecidos", según la expresión del señor "chulla", eran la tentación de todos. El joven "Lovelace" comenzó gastando buenos billetes de a diez y de a veinte; volvió a regustar la famosa chicha del país, y tuvo discusiones furiosas con los peritos y aficionados. A un comienzo le pareció bebida repugnante y vulgar destinada a los cholos, pero muy pronto fué adquiriendo el temple, y luego la saboreó con delicia, hasta que un día el señor "chulla", le dijo con humor:

—Esta bebida nacional, contiene más vitaminas que las americanas y más cochinas — si creemos al doctor Fortún — que cualquiera droga corriente. ¿Ha gustado usted, la del Santo Paulo?

—No, pero tiene que ser algo peor....

En efecto, la chicha del Santo Paulo —cholo medio brujo y medio curandero, contenía recetas académicas, entre las que había que adivinar "caca de guagua", aguardiente del valle de Mojotoro, muco de zonzo conocido, pedazo de suela de

zapato de canónigo, y, finalmente, agua del "Inisterio". Esta chicha, así elaborada, era más eficaz que la dinamita en los intestinos, produciendo el regocijo de las glándulas en un santiamén. Esta fórmula química, servía para la procreación conejil y el ningún asco a las moscas y a las fiebres. A los expertos, la áurea bebida, —jueces, militares y escribanos— les sabía a hidromiel de los dioses....

Don Barómetro Romero, moralista y enemigo del alcohol etílico, había escrito en esos días una serie de artículos en el periódico "La Mañana", de Sucre, que causaron molestia a los chicheros y a los sedientos a perpetuidad. Se expresaba en estos términos:

"El que toma chicha tiene, el penetrante olor a chanco, y al final se vuelve chanco; y lo que es peor, pervierte el gusto y los sentidos, bajo el influjo poderoso del alcohol etílico, transformándose, de ciudadano pacífico en bravucón de barrio y en procreador de chicos sin control estadístico".

Y en otra producción sociológica, agregaba:

"El chichero, es decir el que abusa de esta áurea bebida nacional, engorda y deforma su cuerpo y su cerebro. Ejemplos los tenemos a cientos. La pelagra, esa enfermedad del maíz fermentado, produce entre otros síntomas, la vanidad excesiva, la locura, por no decir la megalomanía. Esos seres de mirada enrojecida y tremendos matones de provincia, son, sin duda alguna, devotos de la chicha. Esos politiquillos verbosos y discutidores; esos oradores de caja de fósforo; esos intrigantes consuetudinarios y testigos falsos; esos asesinos con cuchillo de cocina, son también chicheros...."

No obstante de esta requisitoria espeluznante, don Barómetro, para no dañar su prestigio de político, de vez en cuando, aceptaba unos vasitos de la famosa chicha, meneando la cabeza y limpiándose la boca con un gran pañuelo. En estas oportunidades, el señor Melgarejo, se atrevía a decirle:

—Pero no me negará doctor, que la chicha es ireemplazable después de un platejo nacional: ¡un picante de gallina

o un estirado de conejos! Es nuestra bebida patria y no podemos suprimirla.

Y en un rasgo de humor, añadía:

—Ha contribuído, más que todo, a la historia del país. Sin ella sería difícil ningún golpe de cuartel! Está en nuestras venas!...

Don Barómetro Romero, meneaba la cabeza y sentía piedad por la sociología.

A Federico de Ofir le importaba un bledo la chicha, salvo en ciertas ocasiones imprescindibles. Buscaba él, amóros y aventuras. Y la única manera de seducir a las cholas era ahogándose en medio de un mar de licor. Se puso pues, a hacer la conquista de Balbina Morales, y luego de encandilarla con pequeños obsequios y de firmarles a las tías, papeles sin importancia, raptó a la menor y la trasladó a una tienda o desván, procurándose de un amigo un catre de plaza y media y varios adminículos, entre ellos un bañador de hierro colado, (de esos que habían llegado una docena de años atrás a la tienda de Cosulich), que servía para bañar párvulos, y que ahora utilizaba la moza, para baños de asiento. El decorado quedó completo con un biombo de tres alas, pintado por un artista local, muy amigo de Federico, y que toda su vida había soñado con la vida bohemia de París. Su obra consistía en copiar desnudos de Ingres y de Manet. Balbina aborrecía los desnudos y los ocultaba cuando venían personas extrañas, considerándolos inmorales. Sin embargo, muy pronto, aprendió a sorber tragos de menta y a emborracharse con éter. Federico, para identificarla con París, le cortó los cabellos a la "garzonne", pintándole mariposas azules en los senos...

Hallábase divertida y regocijada Balbina en su nueva vida, cuando uno de esos días recibió la visita de un delegado de la iglesia, el cual tomándola de sorpresa, la hizo amonestaciones serias sobre su conducta. Se trataba del señor Malpartida, síndico muy respetable y conocido en la ciudad, católico formal y vestido eternamente de negro, muy pulcro y lleno de

esas afectuosidades místicas, toda vez que hablaba con mujeres o cobraba arriendos, pero intolerable con los deudores o con aquellos que habían trasgredido la moral. Precisamente el desván que alquiló Federico, pertenecía al señor Malpartida, y habiéndose apercebido que algo raro pasaba en su interior —pues una pareja de tórtolos anidaba en él— se propuso interrumpirlos. Dejando a un lado toda cortesía el síndico, previno a la manceba que debía dejar el local "ipso facto", y que todo el barrio estaba escandalizado de su conducta.

—Entre otras cosas, la llaman a usted, la "francesa", — la dijo, — y eso, ya no puedo permitirlo, habiendo gentes respetables que rezan novenas y rosarios todas las noches en la vecindad...

También la advirtió, que las señoritas, los polluelos y hasta los viejos la espiaban; y que eso del éter era cuento viejo del demonio en su afán de llevarla derecho a los infiernos, en vida...

Federico, enterado del suceso, trató de calmar a Balbina, que temblaba de los pies a la cabeza, y no le dió importancia, tratando de eludir al señor Malpartida, sin presentarle beligerancia. Luego, haciendo gala de fría displicencia, envió al ilustre síndico una carta, en la que lo mandaba a paseo con estas frases:

"Siendo usted viejo y envidioso de nuestra juventud, incapaz de comprender el amor y menos la civilización occidental; causándole rabia la lozanía y frescura de los cuerpos en flor, ha pretendido arrojarnos de este triste desván que, Balbina y yo, lo hemos embellecido con la presencia de nuestras almas, arguyendo que somos inmorales... Pero debe usted saber, señor Malpartida, ilustre representante del clero y de la moral católica, que en mi carácter de joven que ha recorrido el mundo y ha libado el panal de las abejas en muchas latitudes, me creo un civilizador, algo más: un innovador y un hombre que ha traído el progreso a la blanca ciudad"...

El señor Malpartida que no entendía de frases y menos

de alambicados términos, y, cuya civilización concluía en las afueras de la ciudad, indignóse y puso el hecho en conocimiento del arzobispo. En seguida visitó a la señora Lanas del Céfiro, presidenta de muchas instituciones, la cual, poseída de euforia moralista, reunió a todas las damas de buenas costumbres y de calidades; y juntas, ayudadas por el célebre padre jesuita León, de grandes conocimientos dermatológicos y lingüísticos, resolvieron lo que se debía hacer en un caso tan grave; es decir, poner coto y sanción a las innovaciones escandalosas y libertinas introducidas por el mancebo civilizador, cuya fama de burlarse de los santos, de las santas y de las honorables gentes había corrido por todos los rincones de la capital.

—Hay que proceder con cautela, — aconsejó doña Gertrudis de Vientos, — pues me han dicho que el tal Federico, no sólo se jacta de su insolencia, sino que se burla de la virginidad y de sus derivaciones delante del mismo diablo....

—Nada, nada; iremos armadas de nuestra autoridad moral y de nuestros derechos de piadosas madres de familia, — repuso doña Hipólita, con ímpetu y valentía. — Por algo somos una de la tradición, y representantes de las buenas costumbres en este santuario.

—Es preciso darle una lección al tal Federico y a la sociedad íntegra, — respondieron todas. — No podemos tolerar que en nuestras narices reine el impudor y el libertinaje. ¿Qué diría de nosotras la sociedad y la historia?

Por unanimidad, como los cruzados en épocas pretéritas, resolvieron dirigirse al vedado lugar, clausurarlo personalmente, y de paso capturar a la delincuente amorosa como ejemplo de iniquidad y licencia, aplicándole el condigno castigo.

Hacia la oración, una tarde, informadas previamente de que Federico se encontraba triscando una partida de cartas en el hotel de Villarpando, las ilustres damas se dirigieron en corporación al desván, y premunidas de sus papeles y de la autoridad que tenían, penetraron violentamente al local, que era una tienducha pobre, pintada a la cal y de pintoresca aparien-

cia, debido a los desnudos y a las máximas escritas en las paredes por los poetas vernáculos. Balbina, yacía en el lecho, semidormida y con los senos pugnaces y florecidos, que le brotaban de la camisa entreabierta, detalle, que para las ilustres damas, fué la primera prueba reveladora del pacto demoníaco.

Antes de que pudiese articular palabra ni defenderse, la señora Hipólita, hizo escuchar su voz de matrona acostumbrada a domar a los Céfiros:

—¡Levantaos pecadora, que aquí venimos a desafiar a Luzbel!...

—Luzbel no habita en esta pobre tienducha, — replicó Balbina, — ni siquiera lo conozco; pero como alguien me ha dicho que tiene cuernos y cola, es posible que lo encuentren en alguna mansión rica...

—¡Insolente, callaos, pues añadís a vuestros pecados ya conocidos el empacho y el desenfado!, — gritó doña Hipólita.

Y sin más ni más, la dió con la escoba en la cabeza, al mismo tiempo que la arrojaba el contenido de una jarra con agua bendita.

Balbina tapóse la cara y perdió el sentido. No sabía cómo defenderse. Nunca había visto tanta gente ilustre en su casa, especialmente señoras de alto rango y plumaje que se preocupasen de cholas y de pecadoras humildes... y, finalmente, se preguntó: ¿qué tenía que hacer Luzbel con su amor? Al contrario, los ángeles la protegían, ¿y por eso no se había escapado con Federico? Oyó la voz de otra matrona que decía:

—Vestíos, indecente y tratad de poner os bien con Dios... si todavía queréis salvar vuestra alma...

Balbina perdió el juicio. No había quien la socorriese; tenía miedo a las gentes, y, sobre todo a sus tías, que habían descubierto que los papeles de su amante eran pura filfa. Venrían ellas y sin palabras suaves ni aparatosas como las de las damas la arrastrarían por los suelos. Vistióse y bajó la cabeza, demostrando conmovido arrepentimiento. Entonces, la señora de don Barómetro Romero, gran investigador y sociólogo, la

interrogó con franqueza científica, dando a sus palabras un tono suave:

—¿Quién te indujo hacia el mal? ¿Fue Federico, el demonio, o es que tenías propensión desde pequeña? Responde.

Y antes que respondiese que sí, la señora de Vientos, —especie de furia del color de la pulga, — armada de unas tijeras, tomando la cabeza juvenil de Balbina, cortóle irregularmente los últimos mechones de cabellos que le quedaban, como para avérgonzarla. Terminada la tarea, la obligó a hincarse de rodillas y orar. Balbina quiso incorporarse y pelear, y tuvo que soportar una nueva jarra de agua bendita. Doña Ursula de Vientos, vociferaba con todas sus fuerzas:

—Repetid tres veces: ¡soy una indigna pecadora! Repetid....

Balbina tenía deseos de fugar o de defenderse con piedras, pero las damas lograron intimidarla, sujetándola con todas sus fuerzas. En seguida, las ilustres matronas, echaron ceniza al desván, al mismo tiempo que mascullaban latinajos y otras cosas parecidas. Finalmente clausuraron la tienducha, poniendo en la puerta un letrero en caracteres visibles, para que todo el vecindario se enterase, explicando que el "local que tanto daño había hecho a las santas costumbres, quedaba vacío, después de haber sido exorcisado".

Una vez que estaba vestida y humillada Balbina, la metieron en un coche, llevándola al convento de las "Recogidas". En el umbral de dicho establecimiento se procedió a nuevos exorcismos, quemando azufre y rociando el suelo con agua bendita. De conformidad a la disciplina y prácticas del recogimiento —y por instrucciones especiales del sacerdote— se la sometió a un régimen severo, confinándola en lugar apartado, sin relación con las demás reclusas, pues tenía que purgar sus tremendos pecados de París... Sin embargo el alma de la manceba, parecía transfigurada en el martirio, y ésto notóse cuando la condujeron delante del confesor, obligándola a hacer minucioso examen de sus pecados, quedando en un estado tal de

arrobamiento que el buen sacerdote creyó adivinar la gracia... Entonces él, para cerciorarse, con magníficas y suaves palabras, la condujo al terreno extraconfesional, que equivale al psicoanálisis moderno. Con cautela extremada, en la forma que sólo los expertos saben hacerlo con las jóvenes, se enteró de su vida, de las manías y de las extravagancias que realizaba con el demonio de su amante.

Balbina era creyente a su manera, más bien, supersticiosa, pero de aguda mentalidad, y sus respuestas dejaron al confesor confundido y en una serie de dudas que él las atribuyó al demonio, que en tan temprana edad quería apoderarse de una alma. Sin vacilar y cumpliendo con su místico deber, la dió penitencias severas que, para Balbina fueron nuevos pecados. ¡Qué bellos recuerdos y qué delicias derretíanse en su sangre! Semanas después, comulgaba con lágrimas en los ojos y elevaba su alma a la Dolorosa, pero nuevamente volvió a sentir los goces. En adelante, consideraba a Federico como al mismo diablo; no obstante, sentía atracción por él. A través de las paredes del reformatorio lo veía en todas sus plegarias y le hacía cruces. A los pocos segundos se transformaban en besos....

Las ilustres damas daban gracias al cielo por tan radical conversión, felicitándose de haber salvado una pecadora de los infiernos.

El comentario en los bancos de la plaza y en los círculos era el milagro de Balbina. Con el tiempo sería canonizada y pasaría a la historia como santa de la ciudad.

En cuanto a Federico, poco o nada le importó el asunto. Al comienzo sintió viva indignación, y sus amigos los tuerfos y literatos de avanzada, le animaron a entablar polémica, publicando artículos en la prensa liberal, pero juzgó absurda cualquier defensa. Muy pronto le vino la calma y dando paso a su risueño cinismo, atrevióse a exclamar:

—¡Inútil ser apóstol y civilizador en estas tierras!....

—Inútil, hermano, — le consolaron sus amigos.

Y a modo de recuerdo y anatema, añadió:

—Balbina era toda una promesa: inteligente, sensitiva e inclinada al vicio. Lo que más siento, es que las viejas me han raptado mi bañador y mis libros pornográficos. ¡Lo mismo le sucedió a un presidente civilizador! Mandó traer "bidets" y sus enemigos políticos se los robaron, acusándole de inmoralidad...

CAPITULO XXXII

EL CLIMA NERVIOSO Y LA RISUENA Y ALEGRE LOCURA DE SUS HABITANTES

Llegó a Sucre el honorable Mario Tijerilla, diputado gobiernista, con su esposa, la dignísima señora Naty Balboa de Tijerilla, hacendada ricachona del altiplano. Tijerilla ya no era el chisgarabís que hemos conocido, sino el doctor Tijerilla Girasol o Mirasol, descendiente de los Girasoles, patricios y desconocidos de todos los tiempos. Su madre doña Andrea, hacía tiempo que había liquidado su tienda de comestibles. Vestía saya negra y paseaba acompañada de una criada gorda que trascendía a rosas... Aquel badulaque, —su hermano Mariquito, — que había constituido la preocupación de doña Andrea, gracias a sus aptitudes de excelente tocador de guitarra y entusiasta para el trago, logró ascender a teniente, más tarde a capitán. Iba en pos de una carrera provechosa y agradable. Tal vez llegaría a coronel, y muy probable a general, mediante sucesivos golpes de cuartel que le llenarían de gloria, de plata y de conocimientos revolucionarios y políticos... Osvaldo Pintado, ya viejo y cada día más gruñón, repetía:

—Yo he equivocado mi camino. Soy un táctico verbal infalible y no peco de exagerado en eso de calificar los malos antecedentes de las personas. Si estudio para militar —digo, estudiar, por eufemismo— ya estaría comandando una división... porque en estos países no hay remedio: cura o militar, aunque

eso de ser cura exige renunciamientos mujeriles, por lo menos aparentes.

—Yo también sería coronel, — añadió el señor "chulla", — y de paso me engulliría un regimiento con caballos y todo. En un año estaría en disposición de comprarme casas y fincas... Pero este procedimiento me disgusta.

—Felices los militares, — interrumpió, Federico de Ofir, — gozan de todo y nos dominan con la punta de la bota. Es la carrera más saneada en este país y en cualquiera de Sur América, sin peligro de morir ni siquiera de accidente. Aquí se muere de viejo, aunque a la larga se conviertan en Minotauros....

Mario Tijerilla fué agasajado por el elemento oficial y hasta se le invitó a dictar conferencias en el paraninfo de la Universidad sobre poetas modernistas. Su esposa, vestía pieles lujosas, y usaba anillos de buenos miles de pesos. Sin embargo, la sociedad puntillosa no la visitó. Ella salía todas las mañanas al parque y, de paso, visitaba los templos. Muy pronto la pusieron su correspondiente apodo: "la tinaja", a causa de su cuerpo petizo y rechoncho. Mario saludaba a todos con afectación y trataba de ser cordial. A la mayoría ofrecía empleos y a su ciudad natal la construcción de palacios. Pero, como notase frialdad en sus coterráneos y esa displicencia sucrense, tan peculiar, arregló su viaje a La Paz, quejoso de su tierra y de sus gentes.

En charla privada, repetía a su mujer:

—Sucre es así, siempre lo ha sido, ciudad de gentes vanidosas y que se mueren de necesidad. Tú les invitás, te aplauden, te miman, te llaman genio y a la salida del agasajo no se olvidan de decir que han estado en compañía de un cretino....

Y agregaba, amoscado:

—Estas gentes son tan ingratas como las palomas o los gatos... No aman a nadie, excepto a ellas mismas. Parte de sus defectos brota de su soberbia delirante.

—¡Ay tu Sucre!, — replicaba Naty, — es una olla de grillos y de envidias. No volveré más a poner los pies. Me han hecho sufrir con sus miradas,... con sus sonrisas y con sus prejuicios.

Mario reaccionaba y concluía rotundo:

—Sucre es agradable como leyenda y como historia. Ciudad pequeña, sin extranjeros, sin comercio intelectual y sin contacto con el mundo. ¿Qué ciudad pequeña y que padece de engreimiento no es igual?

De todas maneras, Mario, hizo un experimento saludable. Regresó a su tierra con la nostalgia que da la ausencia, deseoso de regustarla y sólo saboreó su hiel, su sol y su aire. Únicamente la noticia del fallecimiento de don Nicanor Carrasco, antiguo amo suyo, le produjo impresión. El famoso propietario de la tienda "El Ccodrilo", murió como había vivido, sin amigos, sin afectos y aferrado a su moral absurda: economizando, para que su trabajo y privaciones fueran a dar a manos de los frailes, hábiles en eso de devorar herencias. Una tarde, el pobre viejo, expiró sin decir ay, y se le enterró rápidamente, porque su cuerpo hedía. Dejó, sin embargo, una extensa lista de bienes, de joyas y papeles que fueron inmediatamente poseídos por el albacea testamentario señor Limpias. Demás decir que don Nicanor, dejaba toda su fortuna para usos volátiles e incienso, y para que su alma ingresara al cielo, ya que su cuerpo no había conocido mujer, ni vino, ni tabaco. Mario, por primera vez pensó, de que la riqueza no es la felicidad. No había duda: el alma debía sufrir y purificarse con mil dolores. La gracia concedía Dios al que sufría y sabía ser grande. También al incrédulo, porque Dios era el mejor humorista.

El tuerto Mendieta tenía sobrada razón, al expresar en coro de amigos, que Patiño, el millonario, era un infeliz, porque estaba desposeído de sensibilidad. No se alegraba, sino recibiendo, atesorando. En cambio, cualquier badulaque, poseía inmensa fortuna con sólo recalentarse al sol en los bancos de la plaza y dar rienda suelta a su ardiente imaginación.

Las gentes ricas, —insistía Osvaldo Pintado,— son las que tienen el plato de comida diario y la salud perfecta; que conservan el fuego de su amor inextinguible hacia las cosas bellas y hacia todos los hombres.

CAPITULO XXXIII

INTELECTUALES Y HUMANISTAS

Luego de pequeñas discrepancias el grupo de intelectuales y literatos humanistas se introdujo a lo de Villarpando a comentar las noticias locales y las del mundo entero. El refugio se llenaba de clientes a las doce de la noche y toda la garruería tomaba posiciones detrás de mesitas de mármol, sorbiendo tragos de "té con té".

El tuerto Mendieta relataba anécdotas del viejo tiempo pasado, de un Sucre que ya no existía. Sus palabras tenían tanto calor, que los personajes vivían y emergían en las callejas, envueltos en sus capas negras con rebordes de terciopelo.

—¡Salud! ¿Qué pasa? Este singani no es del bueno. A ver, "indio" Villarpando, que me cambien la copa.

Apareció un mozo y explicó que don Isaac no estaba en el hotel, sino echando unas cuscas en lo de unas buenas mozas.

—De seguro, en lo de las "blanquillas", — respondió el tuerto, — y enfrentándose con el fámulo, le dijo:

—Oiga usted; este singani es pésimo, tráigame otro, bien cargado, pero del bueno, del que toma don Isaac; no de ese de cáscara de durazno. Estos cinteños se están volviendo unos falsificadores de primera, cuando su negocio estaría en prestigiar su licor como el mejor del mundo.

—Salud.

—Salud.

Chasqueó el licor en sus labios, y como si estuviese en un salón con clavicordio y encajes, se puso a enumerar los apellidos de Sucre... La mayoría tenían nombres vascos. Algunos de sus descendientes eran brutos de remate y necios; sin embargo ostentaban un rango que no coincidía con su meollo vacío. Sucre, la ciudad de los cuatro nombres, al correr de los tiempos, había formado una sociedad original y con características propias. No se parecía a ninguna del continente. A pesar de su pequeñez —pues nunca llegó a contar más de treinta mil habitantes— producía seres dotados de una magnífica trama espiritual, dispuestos a la aventura, a las letras y a todas las artes. Los sucrenses tenían un concepto tan puntilloso de su honor que algunas hazañas ilustraban el romance de esta tierra.

—Otra vez, ¡salud! Como les decía: por esos tiempos se vivía del honor. Familia mancillada, era como si hubiera sido atacada de la enfermedad más contagiosa; nadie la veía y nadie la invitaba. El sucrense, por excesivo amor propio, se transforma en el peor enemigo, el enemigo más irreconciliable, así, como también, en el mejor amigo, en circunstancias dramáticas, si se le toca su cuerda sensible, su vanidad, su humorismo, su deseo de mando y de poder, pero sin grosería, con dignidad y sin hacerle notar que se le manda. ¿Conocen lo que le sucedió a Mata, diplomático chileno? Cuéllar lo último a tiros, debido a una infidencia. ¡Cómo éste hay muchos casos! Tiene más humorismo la historia de una dama seducida por otro diplomático chileno a través de paredes tan gruesas —de un metro de ancho— que francamente las beatas se hacían cruces. La cuestión fué que la dama, viéndose en mal estado, no tuvo otro recurso que confesar la desgracia a sus hermanos, los cuales en briosos corceles persiguieron al seductor hasta encontrarlo y le cortaron la oreja, después de darle una tremenda paliza. Entonces, el diplomático maltrecho, y con la oreja de menos, pidió perdón, regresó a Sucre, y se desposó como manda Dios y la ley, ¡pero la oreja nunca más volvió a aparecer!....

Oswaldo Pintado, esperaba que el tuerto Mendieta concluyese, para relatar sus aventuras. Se arrellanó en su sillón, torció sus bigotes y sorbió un largo trago de "té con té".

—No podemos vivir sino en Sucre, —a pesar de los Céliro,— porque hemos constituido una Academia al aire libre, y somos algo así como el tábano sobre el lomo de la ciudad, para que mantenga su prestancia y su cultura.

Oswaldo Pintado tenía su historia. De joven había sido uno de los más apuestos y elegantes. Viajó por el extranjero, dejando sus fotografías en manos de mujeres que le recordaban con pasión. Federico de Ofir, contaba, que algunas damas de Antofagasta, tenían el retrato de Pintado en su cabecera. En Río Janeiro, le mencionaban como un don Juan. En todo sitio donde estuvo, la leyenda de Pintado, era que fué un connotado calavera, buen mozo y de superior inteligencia. Viejo ya, no obstante erguido y apuesto, se distinguía como el sucrense charlador, de buen sentido, y, al parecer, como que vivía de sus rentas y de su inagotable humorismo, aunque, a decir verdad, recibía del Estado una mísera pensión en mérito a sus antiguos servicios.

Para calmar sus recuerdos y aquietar la sed de su espíritu, Pintado pasaba sus ocios en compañía de extranjeros que habían adquirido carta de humorismo de la ciudad. Uno de ellos se llamaba Novis, de quien ya hemos referido sus aventuras, menos una, la de haber explorado el Chaco Boreal al lado del francés Touar. A su regreso, buscando lugar apacible, se quedó para siempre en Sucre, relatando frecuentemente sus historias sobre los salvajes. El otro, era el coronel francés retirado Briançon, dedicado a los negocios mínimos y que su prodigiosa imaginación los convertía en enormes, dándoles contornos imprevistos que divertían a los que querían oírle. Finalmente, alrededor de Pintado, se sentaba a beber un buen "chop", el francés Prévost, ingeniero de caminos, explorador y músico. Igual que el célebre ingeniero Pinkas, había andado al azar por montes y serranías, dejando rutas abiertas y recuerdos. Vivía

solo, en el bosque, en una casa a medio construir, a la cual faltaban puertas y ventanas hacia años, pero no carecía de radio, de "wisky" y heladera! Cuando alguien se aventuraba por esos andurriales, sus ojos tropezaban con un letrero extraño que sorprendía por su ingenuidad y malicia al mismo tiempo: "hoy día helados". Los viajeros se detenían para gustar los helados y encontraban a "monsieur" Prévost en mangas de camisa, haciendo planes imaginarios, siempre cortés y galante, inquiriendo por los acontecimientos mundiales, pero sin querer abandonar su guarida que le parecía deliciosa. Alguna vez iba a Sucre, poníase traje elegante, bebía coñac, y entonces relataba su vida. ¡Amaba entrañablemente la música y los buenos licores!....

Este conjunto de viajeros, anclados en la ciudad para siempre, se daba cita en el "Gran Hotel Americano", de don Pablo Fuertes, español de Pamplona, al cual, el vecindario lo estimaba como una joya, por su corazón generoso y sus virtudes de hombre cabal. Don Pablo, era nodriza de los badulaques necesitados y en apuros económicos. Fundó un hotel y en él puso todas sus esperanzas. Don Pablo ganó dinero, pero jamás administró sus intereses, con el fin de hacerse rico. Siempre le tiró de la manga la generosidad, pensando en las desgracias de los otros, más que en las suyas. De esa manera, don Pablo, que nació para ser pobre, lo fué toda su vida, con la diferencia de que su dinero lo empleaba, algunas veces, en favorecer cómicos y toreros que llegaban a Sucre, estudiantes quebrados y políticos perseguidos.

Este local famoso, era algo así como uno de los figones redivivos de los tiempos cervantescos, donde se planeaban aventuras, duelos, suicidios y complots. De esa época se cuenta una anécdota que pinta el carácter de don Pablo, español hasta la médula. Dos periodistas fugitivos y sin recursos, lograron hospedarse en su hotel, pernoctando el largo espacio de dos años, bebiendo y comiendo sin pagar jamás un centavo. Alguien le aconsejó que los arrojase a la calle. Don Pablo tocó-

se la frente, y, luego de un segundo de reflexión, respondiáale en el castellano del siglo de oro:

—¡No seáis bruto! Si los echo a la calle, donde van esos muchachos, que pueden ser periodistas o saltimbanquis. ¡Se me mueren de hambre!

Era el tipo clásico del español ya desaparecido, que había encontrado en Sucre, la continuidad de su pueblo natal, resolviendo quedarse y morir. Nunca abandonó la ciudad, y su mayor placer consistía en poner un par de banderillas al quiebro, delante de un público enardecido, y de los gritos de pavor de las gentes que le querían, imaginando ya, verlo sangrante, en los cuernos del toro. En esas ocasiones aparecía el viejo, con su traje de luces, como si estuviese delante de la novia. Sus gustos eran simples: gustaba el buen vino, la mujer y las aventuras picarescas. Cuando murió, este español, nadie, ni el malo, ni el indiferente, se excluyeron de expresar su pena. Todos le debían servicios.

A todos ayudó.

Fué lo que se dice en la plenitud del vocablo: un hombre.

Sucre no era una ciudad al estilo de los pueblos creados al azar, sin alma y sin cuerpo. Su trama nerviosa y dramática brotaba precisamente de que cuidaba su cuerpo y su alma. Por eso el que llegaba a su lar, participaba del afecto de las gentes, en la calidad que su sabiduría o su humorismo le hacían apreciable. Unos cuantos años de vida en Sucre, y ya el pueblo le contagiaba su alma, sus gustos, sus afanes y chismes, y le rodeaba de ese cuidado maternal que hace que el hombre viva y se olvide de lo que dejó en otras tierras. Sucre prestaba ínfulas de Quijotes a sus habitantes y enaltecía sus espíritus. De ahí que Briançon se sentía héroe perenne porque era creído y admirado aún entre sonrisas, exactamente igual que en su tierra; mejor que en su tierra. Todos sabían las hazañas de Novís, de Mr. Prévost y de otros extranjeros.

Sucre vivía de los hechos y dichos de la badulaquería andante. Otro francés, Mr. Morris, había resuelto, en compañía de su hijo, salir al mar, partiendo en balsa desde el río Pilcomayo, en las afueras de Sucre, —río, que como todos saben, en esos lugares no es navegable. Habló tanto Mr. Morris y conmovió al vecindario, que un día de esos hubo que darle fiestas, despedirlo con discurso y banda de música. La balsa fué preparada minuciosamente; se la proveyó de comida para varias semanas; se la dotó de armas, instrumentos de precisión y mapas. Aun la buena señora doña María, mujer de Morris, hizo con sus propias manos una torta, y una tarde apareció el explorador con el clásico casco de Tartarín de Tarascón, vestido a la moda de los grandes viajeros del siglo diez y ocho; algunas medallas colgaban de su pecho; una pistola 45 se veía al cinto. Su hijo, que le servía de escudero, iba menos armado que el padre, sin embargo un fulgor de esperanza brillaba en sus ojos. (Su padre le había dicho que en el trayecto encontrarían el famoso cerro de "La Polla", al cual la leyenda lo hacía aparecer revestido de ricos filones de oro). Esa tarde memorable, en medio de los acordes de la marsellesa y del himno nacional, los exploradores zarparon llenos de ilimitada confianza, con la perspectiva de llegar al río Paraguay y verse al final del viaje cubiertos de gloria. Pero, ¡oh pesar!, unos dos kilómetros más lejos, la balsa varó lamentablemente. Mr. Morris quiso proseguir, llamó en su ayuda a los espíritus tutelares, hizo ofrecimiento de su honor, pero cada vez, la balsa encallaba y hundíase. A duras penas pudo salvar la torta que doña María le había regalado. Este fiasco conmovió profundamente al explorador, el cual tuvo que ocultarse de la espectación pública por unos meses, para disculpar su loca aventura. Mr. Prevost, opinó que debía dársele un banquete de desagravio. Los sucrenses, enterados del fracaso, sonreían y divertíanse con las andanzas del buen francés, que todavía debe vivir en Sucre a la edad de noventa años.

Oswaldo Pintado, bebió un trago de licor, y dando a su

voz entonaciones graves y agradables, puso fin a sus anécdotas:

—¿Oyen esos rugidos? Son los del león real africano, que ahora se lo tiene proscripto en nuestro parque zoológico; devorando chivos y asnos que se mueren de viejos. Sucre, ciudad pequeña y extraña, tiene sus diversiones nocturnas. Posee un zoológico admirable, que no demanda cuidado alguno. Ahí tenemos al osito Mendocín, que se busca la vida y hace migas con los badulaques; al oso Costas, que se enamora de doncellas; el zorrillo Yañez, que las persigue; a los Gallo Pope que han hecho su nido en el alero de los tejados; al canario Jáuregui y al tigre Romero. Y no hablemos de tanto volátil que se despluma en las cantinas y en las picanterías. ¡Esta es la vida de Sucre y su alegre locura! De esta tierra tan nerviosa y de aires tan cálidos han salido los varones más ilustres y las doncellas más guapas; las cholas apuestas y los cholos viriles. Sucre, aún en las épocas de mayor calamidad, nunca pidió misericordia. En su corazón arde la llama de sus cuatro nombres, y algún día, sus hijos, iluminados por el saber, darán una sorpresa como ya le dieron en el pasado.

Amigos: ¡de este viejo solar, nació Bolivia!

F I N

EDITADO POR

"LIBRERIA SELECCIONES"

Av. Camacho

—

LA PAZ -- Bolivia

NOTA EDITORIAL

Este libro fué escrito hace más de diez años atrás. El autor ha querido perdurar escenas de la vida sucrense que el tiempo las ha borrado y desvanecido. El humorismo y lo risueño del anecdotario, dan a este relato, verdadero interés literario. Es posible que en algunas ficciones se note crudeza, pero el estilo y la forma narrativa son únicos y personales de Marof. El editor se complace en presentar al público, por primera vez, la novela de un pueblo o su vida íntima novelada, pidiendo excusas, si el azar o la malicia del escritor le hace encontrar coincidencias que pudieran dañar su aguda sensibilidad.

*Se terminó de imprimir el mes
de Noviembre de 1950 en los Ta-
lleres Gráficos — A. GAMARRA.*

TALLERES GRAF. A. GAMARRA